

Diócesis de Osma-Soria



BOLETÍN OFICIAL

AÑO CLV (155) N° 6

| noviembre - diciembre 2014 |

Edita: **OBISPADO DE OSMA-SORIA**

C/ Mayor, 52
42300 EL BURGO DE OSMA

C/ San Juan, 5
42002 SORIA

Imprime: GRAFICAL, S.L. Soria

D. Legal: SO-25/1959

Sumario

IGLESIA DIOCESANA	391
Obispo diocesano	393
Homilías	393
Homilía en la Misa con motivo del Día del voluntariado de Cáritas	393
Homilía en la Misa de la solemnidad de la Inmaculada Concepción	395
Homilía en la Misa de ordenación de diácono de Pedro L. Andaluz	397
Homilía en la Misa de Navidad (Media noche)	400
Homilía en la Misa de Navidad (Día)	401
Radiomensajes Cadena COPE	404
La santidad, meta a la que todos estamos llamados	404
La dedicación de la Basílica de Letrán	406
Día de la Iglesia diocesana 2014	407
La centralidad de la familia para todo ser humano	408
Tiempo de Adviento	410
Voces que gritan al hombre actual	411
La alegría del seguimiento de Cristo	412
María al servicio de los planes de Dios	414
La familia, realidad válida y valiosa para todos los tiempos	414
Decretos	416
Decreto para la constitución del VI Consejo pastoral en la Diócesis de Osma-Soria	416
Decreto para la implantación del Catecismo "Testigos del Señor"	417
Decreto de constitución del V Consejo de Asuntos Económicos	418
Decreto de constitución del VI Colegio de consultores	419
Vicaría General	421
Cartas	421
Elección de un sacerdote para el VI Consejo pastoral diocesano	421
Comunicado de prensa	421
Ante la absolución del sacerdote diocesano José Sebastián Tabernero	421
Secretaría General	423
Nombramientos	423
Sabradas Órdenes	423
Vida diocesana	424
Semana de la Iglesia necesitada y perseguida	424
Jornadas sobre «Testigos del Señor»	425
Primer encuentro de monaguillos	425

IX Día del voluntariado de Cáritas	426
Concluye la primera tanda de encuentros sacerdotales en Osma-Soria	426
La Diócesis vibra con la ordenación diaconal del seminarista Pedro L. Andaluz ...	426
IGLESIA EN ESPAÑA	429
Asamblea plenaria de la CEE	431
Nota pastoral “Una llamada a la solidaridad y a la esperanza”	431
IGLESIA UNIVERSAL	433
Santo Padre	435
Homilía en la Misa de la solemnidad de todos los santos	435
Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la vida consagrada	437
Discurso al Parlamento europeo	446
Carta a los cristianos de Oriente medio	453
Homilía en la Misa de nochebuena	455
Santa Sede	457
Penitenciaría Apostólica	457
Decreto con el cual se establece la obra a realizar para poder conseguir el don de las indulgencias con ocasión del Año de la vida consagrada.	457
Sínodo de los Obispos	459
<i>Lineamenta</i> para la XIV Asamblea general ordinaria: La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo	459



Iglesia
Diocesana



OBISPO DIOCESANO

HOMILÍAS

Homilía en la Misa con motivo del Día del voluntariado de Cáritas

Parroquia de San José (Soria), 29 de noviembre de 2014

Saludo en primer lugar a D. Javier como Director y Delegado de Cáritas diocesana, a D. Alberto Párroco de esta Parroquia y todos los demás sacerdotes concelebrantes que cuidan y animan las Cáritas en sus parroquias. Y os saludo con especial afecto a vosotros, queridos voluntarios de Cáritas, que día a día, con vuestra entrega, hacéis realidad la caridad y el amor al Señor en la persona y en la cara de los más pobres y necesitados, porque lo que hacéis con cada uno de esos hermanos más pobres, que acuden a vuestras Cáritas, es a Cristo a quien se lo hacéis, aunque su cara esté desfigurada por la pobreza y la exclusión.

Hoy el mensaje de este primer domingo de Adviento es una llamada a la expectación vigilante, y Jesús nos la explica con esa "parábola del portero" que debe estar en vigilante espera para que apenas llame el Señor le abra la puerta. El Señor ha dejado en nuestras manos una gran tarea que realizar con los hermanos por la que se nos preguntará cuando nos presentemos ante el Señor cara a cara. El Señor un día nos dijo en la persona de los apóstoles, ante aquella multitud que le seguía, "dadles vosotros de comer". Esto mismo nos dice también a nosotros hoy, "dad vosotros de comer" a tantos como han perdido su esperanza, ayudándoles a recobrarla, a que vean que la vida tiene sentido, acogiéndoles con su dignidad de personas, dignidad que las circunstancias de la vida han puesto en peligro. A tantas personas solas, cuya vida familiar está completamente rota y sólo se encuentran con soledad y fracaso. Dar vosotros de comer a muchos que un día salieron de su patria y de su casa en busca de una vida mejor, pero no la hallaron y se encuentran sumergidos en la pobreza, a tantos que tenían un trabajo digno, pero el egoísmo de los demás, la crisis económica o la pérdida de valores les ha dejado en una situación de absoluta necesidad incluso.

Nosotros tenemos que ser compañía, acogida y valoración de todas esas personas solas y fracasadas en la vida, con nuestra acogida respetuosa, con nuestra valoración personal y con nuestra ayuda. Tenemos entre manos una gran tarea que el Señor nos ha confiado y en la que tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos a favor de los que más lo necesitan, no sólo a nivel material, sino también a nivel de valoración de sus personas, de su dignidad, de crear en ellos un mínimo de esperanza de que Cristo sigue a su lado y se interesa por ellos, y todo ello a través de nuestro amor, de nuestro cariño, de nuestro respeto y de nuestra valoración personal.

El Señor nos ha confiado la misión de ser testigos de su amor ante todos y cada uno de los seres humanos, especialmente de los más pobres y necesitados, precisamente a través de nuestro amor y de nuestra entrega a ellos. Somos el instrumento vivo a través del cual el amor de Dios se hace presente en medio de nuestro mundo y especialmente en medio del mundo de la pobreza, porque él ha venido a llamar especialmente a los pobres, con toda clase de pobrezas, material, moral y espiritual. Ellos han de recibir de nosotros ese amor y esa entrega a través de la cual puedan descubrir el amor de Cristo por cada uno de ellos.

El Señor nos pone en guardia del peligro que tenemos de quedarnos dormidos en los laureles de nuestra sociedad que también en nosotros hace mella, impulsándonos a olvidar a los que nos necesitan o a conformarnos con hacer las cosas de la manera más cómoda o de conformarnos con lo que hacemos porque ante una sociedad insolidaria nuestra generosidad nos puede parecer más que suficiente. El Señor nos pide estar en vela siempre porque el Señor llega y es necesario que apenas llame se encuentre con alguien que le abra la puerta. ¡Qué imagen tan estupenda! El Señor llama a nuestra puerta, no sabemos cuándo ni dónde, pero llama y es necesario que nos encuentre prontos para abrirle, acogerle y cubrir sus necesidades.

El Señor llama de mil maneras a través de tantos y tantos que se acercan a nuestra puerta de la parroquia para pedir una ayuda material, moral o espiritual y es necesario que nosotros no nos relajemos ni nos quedemos dormidos en los laureles de este mundo egoísta y sin Dios y nos olvidemos de nuestra misión. Hemos de estar vigilantes para mantener la frescura de nuestra entrega en todo momento, para no cansarnos de tener ese contacto directo y diario con la pobreza y los pobres y tratarles como si fuera la primera vez que nos encontramos con ellos.

Y no sólo debemos mantenernos en vigilante espera nosotros, es necesario que concienciamos a los demás, a la comunidad entera, de que el Señor se dirige a todos y que todos como comunidad cristiana tenemos que mantener esta vigilancia durante toda nuestra vida, porque cuando lo hacemos estamos cumpliendo lo fundamental de nuestra fe, el resumen de todo cuanto el Señor nos ha mandado, y además nos estamos preparando para que el Señor venga cuando quiera a nuestra vida y nos llame para rendirle cuentas: *"porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber... venid benditos de mi Padre y heredad el Reino que os tengo preparado desde la creación del mundo..."*.

Queridos voluntarios, tanto desde lo que habéis estado reflexionando hoy en relación a la Exhortación apostólica del Papa Francisco *Evangelii gaudium*, como desde esta palabra de Dios que acabamos de escuchar en este tiempo litúrgico que hoy comenzamos, estamos recibiendo una nueva llamada a renovar nuestra identidad de voluntarios de Cáritas con una mayor compromiso, con mayor autenticidad, para que todo el que acuda a nosotros nos encuentre esperándole, para abrirle la puerta apenas llame, para ofrecerle nuestro amor, nuestra mirada de respeto y valoración personal y nuestra ayuda, conscientes de que a través de estas actitudes estamos haciendo presente el amor Dios y a Dios mismo.



Homilía en la Misa de la solemnidad de la Inmaculada Concepción

Catedral, 8 de diciembre de 2014

Queridos hermanos:

El 8 de diciembre de 1854, el beato Papa Pío IX definía en la Bula *Ineffabilis Deus* el dogma de la Inmaculada Concepción con estas palabras: “es doctrina revelada por Dios y por lo tanto ha de creerse firme y constantemente por todos los fieles que la Virgen María por gracia y privilegio de Dios todopoderoso, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su concepción” (DS 2803). La celebración de la festividad de la Inmaculada Concepción nos evoca y actualiza tres hitos importantes de una misma historia.

Evoca en primer lugar la historia de amor de Dios con el hombre. Dios crea al hombre por y para comunicarle su amor, lo crea en perfecta armonía interior consigo mismo y en perfecta armonía exterior con Dios y con toda la creación. Lo crea en estado de total felicidad. Su destino no era la muerte, sino la vida dichosa y feliz, dicha y felicidad que surgen y se manifiestan en esa perfecta armonía consigo mismo, con Dios y con toda la creación.

Nos evoca también la historia del hombre respecto a Dios que es una historia de rebelión y de desobediencia. El hombre, a pesar del estado de felicidad en el que Dios lo había creado, se empeña en buscar la felicidad por otros derroteros distintos a los caminos por los que Dios le ha marcado. Tentado por el maligno, rechaza seguir el plan de Dios para seguir el plan que el príncipe del mal le propone, y cae en la tentación de igualarse a Dios desobedeciendo sus mandatos. Se separa de Dios y cae en pecado, rompe aquella primera armonía en la que fue creado consigo mismo, con Dios y con toda la creación

Nos evoca una tercera historia: el plan de Dios para restañar las heridas y la ausencia de armonía que ha causado en él el pecado. Dios no se resigna a que el hombre quede condenado para siempre, y tras su pecado Dios piensa un plan para redimirlo. Es en este plan redentor de Dios en el que María va a entrar de lleno y va a jugar un papel importante, porque por medio de ella le va a llegar al hombre el Salvador; ella acepta dicho plan y se pone plenamente a su servicio, con una actitud de plena y absoluta disponibilidad.

Con su actitud se convierte en Colaboradora en devolver y rescatar para la humanidad aquel primer estado de felicidad y armonía en que el hombre había sido creado. Y porque iba a ser la criatura de la que Dios se sirviera para ser la Madre de Dios, ella en previsión de los méritos de su hijo es preservada del pecado, y desde el primer momento de su concepción es concebida sin pecado y llena de gracia, porque purísima había de ser la que fuera la Madre de Dios, purísima la que nos diera al que iba a quitar el pecado del mundo y devolver al hombre la salvación y la armonía.

Mientras que los demás seres humanos somos limpiados del pecado original por el bautismo, María, que como descendiente de Adán y Eva habría de ser sujeto de pecado, al ser la nueva Eva y Madre del Nuevo Adán, Cristo, por el eterno designio de Dios y por los méritos de su muerte, fue apartada de la ley general del pecado original. Su redención fue una verdadera obra maestra de la sabiduría redentora de Cristo.

La Iglesia al celebrar hoy la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen quiere poner ante nuestros ojos ese encanto especial de belleza y de inocencia de María, la llena de gracia, y la lucha que debemos mantener los humanos contra el pecado en nuestra vida. Ella es la mujer elegida para ser la Madre de Dios, la Madre del hijo de Dios, por eso la preserva del pecado y desde el mismo momento de su concepción la conserva inmaculada, porque purísima había de ser la que fuera la madre de quien quita el pecado del mundo y por eso nos la presenta como la inmaculada, la mujer a la que la gracia la envuelve plenamente desde su concepción en el seno de su madre.

La contemplación de María, la sin mancha y la facilidad con que nos dejamos corromper por el mal los humanos, nos llama a nosotros a reconocer la voluntad de Dios de que nosotros "seamos santos e inmaculados en su presencia", y a que luchemos en nuestra vida contra el pecado. También nosotros, por lo méritos de Cristo, que murió por nuestros pecados, si no ponemos obstáculos a la gracia de Dios, estaremos envueltos en la gracia de Dios. A María la preservó del pecado en previsión de los méritos de su hijo. A nosotros nos ha liberado del pecado por el bautismo. Tenemos que acoger como ella la gracia de Dios que nos fortalece y protege frente al pecado y nos llama a luchar contra el pecado en nuestra vida y a vivirla respondiendo a las exigencias de esta santidad a la que todos somos llamados.

Estamos viviendo el Adviento, y María es la figura clave de este tiempo litúrgico. En ella encontramos el modelo de cómo debe ser nuestra espera de Cristo, que quiere venir y nacer en nosotros y un día vendrá lleno de poder y majestad como juez. Nadie como ella supo esperar al Salvador y por eso es modelo para nosotros. María esperó al Salvador con unas actitudes importantes para nosotros también hoy.

Le esperó con alegría: *"Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava"*. Ella se sabe dichosa y alegre porque Dios la ha elegido para una sublime misión. Su espera es una espera activa; por ello ante alguien que la necesita, su prima Isabel, corre por las montañas y se presenta en su casa para ayudarle en ese momento importante de dar a luz a Juan el Bautista, el precursor de Jesús. La suya es una espera llena de fe: Ella sabe que el que va a nacer es el Hijo de Dios y, al tiempo que prepara las cosas para cuando llegue el momento, prepara sobre todo su corazón. El hijo de Dios ha nacido ya en su corazón.

En María Inmaculada podemos encontrar un auténtico modelo y un verdadero estímulo para nuestra vida cristiana y para vivir como debemos este tiempo de esperanza que es el adviento; luchando contra el mal y el pecado; imitándola a ella que es la sin pecado para que también nosotros podamos presentarnos ante Dios santos e inmaculados; preparando la venida del Señor con alegría, porque Él quiere venir a nosotros y nacer en nuestro corazón para sanar nuestras heridas y realizar en nosotros obras grandes como en ella; viviendo nuestra vida de espera con una esperanza activa, sirviendo y amando a los demás y luchando por hacer un mundo mejor y más de acuerdo con los planes de Dios; y siendo testigos de nuestra fe y haciéndola presente en los distintos ambientes en que nos movemos.

Que Santa María, la Virgen Inmaculada, nos acompañe siempre y nos proteja bajo su maternal manto protector a nosotros sus hijos pobres, débiles y pequeños, nos enseñe a luchar contra el pecado y a esperar al salvador con las mismas actitudes con las que ella lo esperó.



Homilía en la Misa de ordenación de diácono de Pedro L. Andaluz

Concatedral, 8 de diciembre de 2014

Queridos sacerdotes con celebrantes, queridos padres, hermana y familiares de Pedro; queridos religiosos y religiosas, miembros de vida consagrada; queridos seminaristas mayores y menores de nuestra Diócesis y de las diócesis de Burgos y Logroño; queridos hermanos todos, y de forma muy especial hoy, querido Pedro

Celebramos hoy la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, una fiesta singularmente española, aunque lo sea de toda la Iglesia, y que tiene mucho que decirnos a todos los cristianos. María es siempre para todos nosotros un modelo de entrega a Dios y a los hermanos, los dos grandes amores a los que María consagró y sirvió toda su vida. Dos amores a los que el Señor nos llama también a cada uno de nosotros: a que hagamos de Dios lo más importante de nuestra vida y de los demás el punto de mira de nuestra entrega y servicio, desde el amor y el servicio especialmente a los más necesitados.

Hoy es un día grande para nuestra Diócesis de Osma-Soria porque uno de sus hijos es elegido para el Orden del diaconado. Por eso, querido Pedro, hoy no podían faltar a la cita y aquí están todos cuantos están unidos a ti por los vínculos de la sangre, de la amistad y de la fe acompañándote, arropándote y animándote, dando gracias a Dios por la elección que Él ha hecho de tu persona y por la generosidad con que en todo momento estás tratando de responder a su llamada. Estamos contigo los sacerdotes de la Diócesis, nuestro Seminario al completo en el cual tú has ido madurando la llamada de Dios y tu respuesta, los seminaristas de Calahorra y Burgos que durante los años de formación han compartido su vida contigo, los rectores y formadores del Seminario de Burgos y de Calahorra y La Calzada-Logroño, tus familiares, fieles de tu pueblo, de los pueblos donde has vivido con tu familia, y feligreses de las parroquias de Santa Bárbara y de Ólvega, en la que estás realizando la etapa de pastoral; personas y amigos, especialmente jóvenes.

Todos queremos unirnos a tu acción de gracias al Señor por las maravillas que Él ha realizado y va a seguir realizando en ti y para orar por ti para que sepas siempre responder con la fidelidad que Él espera de ti y con la misma fidelidad con que siempre respondió la Virgen María cuya solemnidad hoy celebramos. Cuenta en todo momento con nuestro apoyo, nuestra oración y nuestra cercanía

El dogma de la Inmaculada Concepción fue proclamado por el beato Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854 con la bula *Ineffabilis Deus*: "es doctrina revelada por Dios y por lo tanto ha de creerse firme y constantemente por todos los fieles que la Virgen María por gracia y privilegio de Dios todopoderoso, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su concepción" (DS 2803).

María Inmaculada tiene una gran misión en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Elegida para ser la Madre del Salvador, ha sido dotada por Dios con dones a la medida de esta misión tan importante: así lo dice el Concilio en la Constitución sobre la Iglesia en el n.º. 56. En el momento de la anunciación, el ángel la saluda como la llena de gracia, y ella responde generosamente: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra", y es que para dar su asentimiento de fe, era necesario que estuviera totalmente

conducida por la gracia de Dios. Por eso, preservada inmune de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción, María es la “digna Morada” escogida por Dios para ser su Madre.

Purísima había de ser la que sería la Madre del Salvador, la Madre de quien quita el pecado del mundo, como diremos en el prefacio de esta solemnidad. María colaboró siempre con esa predilección y llamada de Dios, con la dedicación y la entrega plena y total de su vida a los planes de Dios, que en todo momento supo anteponerlos a todo lo demás.

La vida de la Virgen María fue un auténtico canto al servicio de dos amores: el amor a Dios y el amor y el servicio a los hermanos. Este doble canto a cuyo servicio estuvo dedicada María en su vida se corresponde plenamente con el ministerio del diácono, cuyo oficio es servir: servir a Dios a través del servicio a los hermanos. María es el instrumento dócil en todo momento en las manos de Dios y al servicio de sus planes, planes que ella tantas veces no entendía pero que aceptaba por obediencia y disponibilidad. En tu condición de diácono, querido Pedro, es decir, de servidor de Jesucristo, fija bien tu mirada en Él para imitarle. En Él encontrarás el verdadero modelo de servicio a los designios de Dios y al servicio a los hermanos.

En la contemplación de Jesús a través de la oración y el contacto íntimo con Él, te encontrarás con su persona y su ministerio, con un Jesús que se hizo el último siendo el primero, que se despojó de su categoría de Dios para ser uno de nosotros y desde el servicio fue fiel a lo que el Padre le pedía y el servicio a los hermanos le requería. En la oración y en el trato íntimo con el Señor le descubrirás a Él como el verdadero modelo de servicio.

Ten, igualmente, siempre muy presente en tu vida el testimonio de servicio de María. Ella dedicó toda su vida al servicio de los planes de Dios y al servicio de los hermanos. En ella encontrarás un verdadero modelo de servicio y un estímulo para que tú seas capaz de seguir su mismo camino sirviendo con amor y alegría tanto a Dios como a los hombres. Si fijas tu mirada en Jesús y en María como auténticos servidores, encontrarás en ellos siempre un reflejo inspirador de tu misión, el modelo por excelencia del diaconado que hoy recibes. No hay ningún ser humano que haya servido tanto al mundo como Aquél que vino a servir y no a ser servido y su Madre que se puso al servicio del Servidor por excelencia.

Mediante la imposición de mis manos y la oración de consagración, el Señor va a enviar sobre ti su Espíritu Santo y vas a quedar configurado para siempre con Cristo Siervo, que vino “no para ser servido, sino para servir”. Como diácono se te encomienda un triple ministerio: Palabra, Eucaristía y Caridad.

El ministerio de la Palabra. Para que tu proclamación y enseñanza de la Palabra sea creíble, has de acoger con fe viva el Evangelio que anuncias y convertirlo en vida, que dé frutos. El mensajero del Evangelio ha de leer, escuchar, estudiar, contemplar, asimilar y hacer vida propia la Palabra de Dios: él mismo ha de dejarse guiar por la Palabra, de modo que ésta sea luz para su vida, transforme sus propios criterios y le lleve a un estilo de vida evangélica.

El Ministerio de la Eucaristía. Como diácono serás también el primer colaborador del obispo y del sacerdote en la celebración de la Eucaristía, el gran “misterio de la fe”. Ser ministro del “*Mysterium fidei*” es un gran honor y la causa de un profundo gozo. Se te entrega el Cuerpo y la Sangre del Salvador para que lo reciban y se alimenten los fieles. Por eso deberás tratar siempre los santos misterios con íntima adoración, con recogimiento y con devoción de espíritu.



El Ministerio de la Caridad. Como diácono se te confía de modo particular el ministerio de la caridad que se encuentra en el origen de la institución de los diáconos (cfr. Hc 6, 1-7). El ministerio de la caridad brota de la Eucaristía, el sacramento del amor, fuente y cima de la vida de la Iglesia. Cuando la Eucaristía es el centro de la vida de todo cristiano y de la comunidad, no sólo lleva a los creyentes a la unión con Cristo, sino que también los lleva a la comunión con los hermanos, especialmente con los pobres.

Como sabes bien, en el servicio está tu identidad, la que asumes en esta ordenación de diácono. Eres signo de Cristo Servidor en favor del pueblo cristiano. Tu servicio es misión de la Iglesia. De un modo especial, habrás de impregnarte del olor a perfume misionero que vive la Iglesia en este tiempo y en estas circunstancias. Habrás de sentirte servidor de una Iglesia "en salida" en la que el mayor de los servicios es el anuncio de Jesucristo, para el cual es necesario que salgas de la comodidad para ofrecer a todos su mensaje, y de la cobardía para ofrecer a Cristo y su mensaje con valentía.

El celibato que acoges libremente y prometes observar durante toda la vida por causa del Reino de los cielos y para mejor servicio de Dios y de los hermanos, sea para ti, símbolo y, al mismo tiempo, estímulo de tu amor pastoral, fuente peculiar de fecundidad apostólica y signo de los valores del Reino en el mundo. A nadie se le oculta la dificultad real de cumplir esta promesa en estos tiempos en que tanto se ensalza el hedonismo y se promueve la "infracultura de las nuevas sensaciones". Pero no estás solo, el Señor que te ha llamado a vivirlo estará siempre contigo y te dará su gracia para que puedas ser fiel a tu promesa. No olvides que el celibato es un don de Cristo que tanto mejor vivirás, cuanto más cerca tengas al Dios que proporciona todo don. El celibato te hará más fácil el consagrarte con corazón indiviso al servicio de Dios y de los hombres, y con mayor facilidad serás ministro de la obra de regeneración sobrenatural.

Lo que Dios ha ido realizando y va a seguir haciendo en ti es algo realmente maravilloso. Seguro que al hacer una lectura creyente de tu vida, estás convencido de que realmente Él ha realizado grandes maravillas en ti y seguirá realizándolas de ahora en adelante. Que la historia de Dios contigo es una continua historia de amor y de gracia. Tu vida es esa historia bendita de gracia y de amor de Dios contigo. Por eso, te invito a sentirte rebosante de gozo por las obras grandes del Poderoso; y a decir con ella de nuevo: *"Cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas"*.

Para llegar a este momento has ido dando pequeños pero importantes pasos en esa entrega a la llamada del Señor, que con la ayuda de la formación recibida en el Seminario has ido discerniendo y clarificando, has ido descubriendo cada día con mayor claridad que Dios te llamaba por este camino y has ido decidiéndote y contestando al Señor: *"Aquí estoy, haz de mí lo que quieras"*.

Hoy es para mí un día muy indicado y este un momento propicio para hacer una llamada a todos a seguir trabajando juntos por las vocaciones: vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al compromiso cristiano de la vida laical. Necesitamos en la Iglesia y en nuestra Iglesia particular de todas ellas. Dios sigue llamando a jóvenes generosos, pero llama a través nuestro. Por eso, la propuesta abierta la tenemos que hacer nosotros sin miedos ni complejos. Dios es siempre el que llama, pero es necesario sintonizar con la emisora de Dios, que habla y llama en una onda determinada de desprendimiento y de

servicio. Por eso hemos de ayudar a los jóvenes y menos jóvenes a sintonizar con el Señor para que perciban su llamada y alentarles a ser generosos en su respuesta.

En la Eucaristía, que estamos celebrando, Cristo actualiza su sacrificio de servicio fiel a la voluntad del Padre y de entrega generosa a los hombres. Que la Virgen Inmaculada, Madre de Cristo, en su vocación de entrega y generosidad, sea espejo de vida y vocación. A Ella confiamos nuestro Seminario, a nuestros seminaristas, la obra de las vocaciones sacerdotales, y el ministerio de diácono que hoy empieza nuestro hermano Pedro. Que encuentres en la oración y en el trato con el Señor la fuerza necesaria y la gracia para entregarte plenamente a su servicio y al servicio de los hermanos siguiendo el modelo de Cristo y de María.

Homilía en la Misa de Navidad (Media noche)

Catedral, 24 de diciembre de 2014

Queridos hermanos y queridas familias:

Ésta es una noche muy entrañable para todos nosotros y para todas nuestras familias. Celebramos que Cristo, el Salvador del mundo, se hizo hombre y puso su tienda entre nosotros. Esta realidad la vivimos como hijos de Dios, pero también como miembros de una familia y, como familia, lo celebramos y vivimos la alegría del nacimiento de Cristo. Feliz nochebuena para todos cuantos creemos en Cristo, que su nacimiento sea para nosotros, luz, salvación y buena noticia.

En la Palabra de Dios que hemos escuchado se nos describe muy bien el significado de la Encarnación del Hijo de Dios para nosotros. En la primera lectura, para el pueblo que caminaba en la tiniebla, Cristo Salvador aparece como Luz que ilumina su camino, que llena de esperanza su vida y les llama a caminar como hijos de la luz. Nuestra vida cristiana está muchas veces llena de tiniebla y de oscuridad cada que nos alejamos del Señor; por eso el nacimiento de Cristo es para nosotros esa luz que alumbrá nuestras tinieblas, que nos muestra el camino de la salvación y nos invita a caminar como hijos de la Luz, esa luz que es Él y que ilumina toda nuestra vida. La luz que es Cristo a veces es molesta porque nos deja al descubierto nuestras oscuridades y nuestros pecados. Por eso, aceptar esa luz supone un cambio de vida para vivir nuestra vida no como hijos de las tinieblas sino como hijos de la luz.

En la segunda lectura se nos presenta un mundo que vive su vida con el estilo propio del mundo y no con el estilo del hijo de Dios. Frente a un mundo así Cristo aparece como salvación, como el Salvador que pide un cambio de vida.

Nuestro mundo es un mundo que piensa, vive y se configura desde los criterios mundanos del tener, el poder y el gozar como los valores supremos y únicos. Nuestro mundo es un mundo sin Dios, que no valora e incluso rechaza abiertamente todo lo que hable de Dios, de salvación, de vida eterna.

Como cristianos, muchas veces nuestra vida es mucho más una encarnación de los valores mundanos y de la mundanidad del siglo que de los valores cristianos y de la



vivencia del mensaje de Jesús. A nosotros también a veces nos pueden los criterios mundanos y prevalecen en nosotros por encima de los valores cristianos y del mensaje del Señor.

Frente a este mundo que se rige por los valores del mundo y rechaza los de Dios, para nosotros que, confesándonos teóricamente cristianos y seguidores de Cristo somos tal vez mucho más seguidores de las llamadas que el mundo nos hace, Cristo aparece en nuestro mundo como salvación, salvación que pide una conversión, un cambio de vida, un cambio radical.

Esta salvación que Cristo es y que se hace presente entre nosotros, pide de nosotros dos actitudes muy importantes: ser verdaderos discípulos y seguidores de Cristo y no de las llamadas del mundo y mostrar a otros el mismo camino para que por nuestra palabra y nuestro testimonio puedan seguirlo también ellos.

En el evangelio hemos escuchado cómo para los sencillos de corazón Cristo aparece en el mundo como buena noticia, como una gran alegría que llena el corazón de los sencillos. Frente a esta realidad que nos presenta el evangelio tenemos que preguntarnos algo muy importante: ¿Cristo es para nosotros una verdadera buena noticia? ¿Cristo es una buena noticia para nuestra familia y en nuestra familia?

En aquella primera nochebuena la llegada del Salvador supuso para los sencillos, para los que le recibieron con el corazón abierto y con sencillez, una gran alegría. Hoy Cristo quiere ser para nosotros el verdadero motivo de nuestra alegría, esa gran alegría que produce el encuentro con Él, una alegría contagiosa, una alegría que hemos de comunicar a todos los nuestros, a nuestras familias, a nuestros amigos, a nuestros vecinos. Es la alegría de alguien que estaba condenado para siempre y ha sido salvado por el Señor. Una alegría que no podemos callarla, que no podemos guardárnosla para nosotros solos, que hemos de comunicarla a este mundo que busca la alegría en otras cosas.

Nosotros nos sentimos alegres porque nos sentimos salvados, porque sentimos que Cristo se ha hecho realidad en nuestra vida y ya no estamos bajo el peso de la oscuridad de nuestro pecado sino que vivimos en la luz de Cristo y en su salvación. Vamos a sentir este gozo que nos comunica a nosotros también el Señor con su venida y viviendo desde lo que el Señor nos pide y la salvación nos exige, podamos ser un modelo, un verdadero testimonio para los demás de que Cristo ha nacido en el corazón de cada uno de nosotros y quiere nacer también en el corazón de los hermanos.

¡Feliz Nochebuena para todos!

Homilía en la Misa de Navidad (Día)

Catedral, 25 de diciembre de 2014

Queridos hermanos:

Celebramos en este día la solemnidad de la Natividad del Señor, la fiesta del comienzo de nuestra salvación, la presencia del Hijo de Dios entre nosotros, que siendo Dios se ha hecho hombre para que nosotros lleguemos a ser hijos de Dios. La Palabra de Dios

que existía desde el principio, creadora del mundo y de todo cuanto existe, ha puesto su tienda entre nosotros, haciéndose uno de nosotros y adquiriendo nuestra propia condición.

Hoy hacemos memoria de aquella primera venida de Cristo al mundo en Belén por amor a los hombres, para salvarnos de la condenación a la que nuestro pecado nos había llevado. Desde la perspectiva de esta primera venida de Cristo al mundo, celebramos la venida del Salvador a cada uno de nosotros. La Navidad no es sólo un hecho real acaecido hace 2015 años en Belén de Judá. Es un hecho que hoy se repite y se actualiza. El Salvador quiere nacer en cada uno de nosotros, en el corazón de cada ser humano, para ofrecernos su salvación. El Salvador quiere encontrarse con cada uno de nosotros y, a través de diversos medios, llama a las puertas del corazón de cada uno de los seres humanos actuales para que le abramos, le dejemos entrar en nosotros y nos pueda salvar.

El viene a nosotros como vida nuestra porque nos ofrece la auténtica vida de Dios. Viene a nosotros como Luz que nos muestra el verdadero camino para llegar a apropiarnos de la salvación que Él nos ofrece. Él es la luz que brilla en la tiniebla de nuestro mundo. Cuando vino por primera vez, vino también como luz en la tiniebla y la tiniebla lo rechazó porque dicha luz era molesta. Hoy la luz de Cristo sigue siendo molesta porque deja al descubierto nuestras miserias y nuestros pecados, porque nos enfrenta con nuestra vida de tiniebla, con un mundo sin Dios, porque denuncia nuestro materialismo y nuestro olvido de Él; por eso, nuestro mundo actual, como lo hiciera el mundo de su tiempo, no le recibe porque Él brilla en la tiniebla y pone al descubierto nuestros vicios y pecados.

La Palabra encarnada vino al mundo, es más, estaba en el mundo, porque por medio de ella se hizo el mundo y todo cuanto existe, pero el mundo no la conoció. Hoy el Señor se hace presente de diversos modos en la vida de los hombres de nuestro mundo actual, pero este mundo no lo conoce, porque no le interesa, porque sus intereses están puestos en lo material, en subir peldaños de poder, en gozar por encima de lo que sea, y Cristo con su salvación no interesa al hombre actual porque le lleva a interpelar su vida, a interrogarse por lo que Dios le puede pedir.

El hombre actual prefiere seguir viviendo su vida sin Dios, sin fe, marginando a Cristo de su vida, porque así vive más tranquilo. El hombre actual se ha constituido Dios de sí mismo y por ello se dicta sus propias normas y leyes y no obedece las normas de Dios. El hombre actual se niega a reconocer la presencia de Dios en los pobres, en los marginados de la sociedad, porque así sigue viviendo desde su egoísmo y para su egoísmo, sin preocuparse de ayudar a los que le necesitan. Se niega a reconocer la presencia del Salvador en la familia y en vez de hacer de su hogar un lugar privilegiado en el que Dios está presente, prefiere que Dios sea el gran ausente de su propia familia llegando a hacer de la misma una realidad sin Dios, en la que Dios está ausente.

Sigue siendo verdad lo que hemos leído en el evangelio: que la Palabra vino al mundo y en el mundo estaba pero este mundo no la conoció. Tampoco nuestro mundo reconoce hoy la presencia de Dios en medio de él. Por eso decía san Juan Pablo II que nuestra tarea como creyentes es llevar a Cristo al corazón del mundo, para que lo conozca



y, conociéndolo, le siga y le ame y obtenga así la salvación. Esta tarea hoy es especialmente urgente en una sociedad como la nuestra que no quiere reconocer a Dios en su propia vida, que se niega a descubrirle presente en medio de él como quien da vida y alegría auténticas.

En aquella primera venida el Salvador *“vino a su casa pero los suyos no lo recibieron, pero a los que lo recibieron les dio poder para ser hijos de Dios”* (Jn 1, 11-12). Los suyos eran los del pueblo de Dios que él había ido preparando con amor y misericordia durante mucho tiempo, pero cuando llega se niegan a recibirlo. Sólo un resto, unos pocos, los más sencillos de corazón, los que confiaban en las promesas de Dios a su pueblo, lo recibieron y a los que lo recibieron les dio poder para ser hijos de Dios. Su casa y los suyos hoy somos los cristianos bautizados que nos decimos discípulos y seguidores suyos, pero hemos de reconocer que se siguen dando las actitudes que se dieron en el pueblo elegido. También hoy se dan entre los cristianos esas dos actitudes ante la llegada de Cristo a nuestra vida.

Los que no lo reciben siendo de los suyos. Muchos que siendo bautizados son totalmente indiferentes a Dios, a la fe y a todo lo que les hable de salvación, viven al margen de Él como si Dios no existiera y como si el Salvador no hubiera llegado a ellos. Otros lo rechazan abiertamente porque no sirve a sus intereses materialistas y hedonistas. A estos sólo les importa el tener más, el gozar a costa de lo que sea y para eso no pueden admitir a Dios en su vida. Otros se confiesan seguidores del Salvador, pero su seguimiento es tan acomodado que no les distingue de los que lo rechazan, han hecho un cristianismo a la medida de sus intereses que no llama la atención a nadie ni significa cambio ninguno en su vida.

Los que le reciben intentan vivir su mensaje y transformar su vida y ser sus testigos en medio del mundo. Son los creyentes de verdad que se toman en serio su fe y tratan de vivir de acuerdo con las exigencias de la misma y son verdaderos hijos de Dios; los que no sólo viven su mensaje de salvación para ellos sino que son testigos del mismo Cristo y su mensaje, para que otros desde su testimonio cristiano se sientan llamados a vivir ese mismo estilo de vida.

En este día de alegría y gozo del nacimiento de Cristo tenemos que preguntarnos cada uno de nosotros dónde estamos situados: entre los que les molesta la luz de Cristo porque pone al descubierto nuestra vida pecaminosa, entre los que no le reconocen presente en el mundo actual, en los pobres, en los hermanos, en la familia, entre los que no lo recibieron a pesar de ser de los suyos por indiferencia, o porque se vive un cristianismo anodino y acomodado, o entre quienes sí lo recibieron y tratando e vivir de acuerdo con su mensaje, su vida y su estilo y son testigos de Cristo y su mensaje en la familia, en el trabajo, etc.

Tenemos que responder y respondernos a esta pregunta: ¿dónde estoy yo situado frente a este Salvador que viene a mí?, ¿le acepto en mi vida y soy consecuente con lo que mi fe me pide o tengo que reconocer que no lo acepto porque no estoy dispuesto a cambiar nada? *“Vino a su casa y a los suyos y los suyos no lo recibieron, pero a quienes le recibieron les dio poder para ser hijos de Dios”* (Jn 1, 11-12).

Que Él, que viene a nosotros, nos dé la gracia de recibirle y apropiarnos así de la salvación que nos ofrece. ¡Feliz Navidad para vosotros y para vuestras familias!

RADIOMENSAJES CADENA COPE

La santidad, meta a la que todos estamos llamados

2 de noviembre de 2014

Queridos diocesanos:

Con la Solemnidad de todos los santos inauguramos un mes hermoso en el que vamos a recordar a nuestros seres queridos y a todas aquellas personas que, en su vida mortal, hicieron del seguimiento de Cristo su primer criterio de actuación; a la vez, nos recordaremos a nosotros mismos que el Señor nos llama a todos a la santidad y a la posesión de su Reino.

El mes de noviembre pone ante nosotros el recuerdo de nuestros seres queridos que ya nos dejaron, que salieron de este mundo para encontrarse definitivamente con el Señor, y ya están gozando de Cristo y con Él en la gloria. **Un mes, por tanto, no de tristeza sino de alegría** para nosotros que todavía somos peregrinos en la tierra, acompañados por la memoria alegre de su recuerdo, el estímulo de su ejemplo, la dicha de su patrocinio y la esperanza de la corona de nuestro triunfo en la visión eterna de Dios.

La celebración de la Solemnidad de todos los santos nos recuerda que, mientras moramos en esta tierra, **somos peregrinos** cuya morada definitiva no es este mundo pues peregrinamos hacia la morada eterna, el Cielo y la Bienaventuranza eterna. Ser y sentirse peregrinos ha de llevarnos a vivir esta vida en la tierra sin que el barro del mundo se nos pegue; sí, **nuestra mirada debe sobrepasar las fronteras de esta vida terrena** para encontrarnos con la esperanza de una vida en plenitud y para ayudarnos a vivir la vida sabiendo que este mundo no es la patria definitiva aunque sea muy importante para nuestro destino eterno.

Hoy, en nuestra sociedad actual, descubrimos un sinnúmero de personas que quieren hacer de esta vida el único paraíso y luchan por conseguir su felicidad aquí en la tierra como si después de esta vida todo se terminara; personas para las que lo único importante es tener más y más, y a ello someten todas las demás aspiraciones; personas para quienes la aspiración de tener más es el único móvil que les empuja a actuar; personas a las que les molesta pensar en que esta vida se acaba y que todo aquello por lo que habían luchado aquí no sirve para la otra; personas alérgicas a plantearse y hacerse la pregunta sobre el *después* de esta vida terrena; personas a las que los árboles del bosque de una vida materialista cuyo máximo objetivo es pasarlo bien no les dejan ver la claridad que viene del otro lado del bosque, de la Vida, que se vislumbra con esperanza y que da sentido a todo aquello a lo que ni el tener, ni el poder, ni el gozar sin límite alguno jamás podrán dar sentido.

La celebración de todos los santos nos recuerda que **la vida del creyente en Jesús no termina con la muerte terrena** pues Cristo con su resurrección vive para siempre y venció definitivamente la muerte; su misma suerte correremos todos cuantos creemos en Él porque tampoco en nosotros tendrá la muerte la última palabra sino que esa última



palabra la tiene la Vida que el Señor nos dará tras la muerte. ¡Sí, hermanos y hermanas, con Cristo hemos vencido todos y todos estamos llamados a resucitar con Él en la gloria! **Nuestra fe y nuestra esperanza dan sentido auténtico incluso a este aparente contra-sentido humano que es la muerte** porque ésta, para quien cree en Jesús, no es el final del camino ni puede ser vivida como un derrotista *“aquí se acabó todo”*; no, la muerte sólo es la puerta que se nos abre para entrar en la Vida sin fin, junto a Dios, siendo felices para siempre y gozando de su eterna presencia. Allí están el incontable número de hermanos que convivieron con nosotros y que se esforzaron por vivir la vida terrena de acuerdo con lo que Dios les pedía pues Él siempre fue la norma suprema de su actuación.

Estos son los santos que el día 1 celebramos: una procesión interminable a los que la Iglesia reconoce sus virtudes y sus méritos, alaba su entrega a Cristo y a la Iglesia, y a los que pide su intercesión. Ellos cumplieron el espíritu de las bienaventuranzas en medio de las tribulaciones del mundo asistidos siempre por la gracia de Dios; fueron buenos hijos de Dios y de la Iglesia; hoy, por ello, cantan dichosos y felices para siempre las alabanzas de Dios en su presencia.

Los santos, hermanos, son un **hermoso estímulo para nosotros**. Su estilo de vida aquí en la tierra nos urge a vivir nuestra existencia de la misma manera; la felicidad de la que gozan es, además, estímulo para esperar con seguridad que también nosotros llegaremos a poseer esa misma Vida llena de plenitud y alegría. También nosotros, si vivimos nuestra vida desde los planes de Dios, recibiremos la corona del triunfo y gozaremos para siempre de la contemplación divina por toda la eternidad; entonces, la esperanza en la otra Vida desaparecerá para convertirse en una inenarrable realidad y en la suprema felicidad de la que gozaremos por siempre.

Pero los santos, además, **interceden por nosotros** para que no dejemos que el barro del mundo se nos pegue ni que el resplandor de los placeres pasajeros nos deslumbré y nos ciegue. Sí, ellos, nuestros hermanos mayores, interceden para que logremos vivir nuestra vida aquí en la tierra desde los valores del Evangelio y el estilo de las bienaventuranzas, de tal modo que también a nosotros nos pueda decir Cristo el día que nos llame: *“Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme”* (Mt 25, 34-36)

Que la procesión innumerable de santos que vivieron en este mundo como nosotros y ya gozan para siempre de la Bienaventuranza eterna nos estimule para mirar menos al suelo, a las cosas de este mundo, y elevar nuestros ojos y nuestro corazón un poco más al Cielo como auténticos hijos de Dios; que los santos sean nuestro modelo a seguir en esta vida para que podamos hacernos merecedores, como ellos, de su misma suerte; que sean nuestros intercesores para que sepamos vencer las tentaciones de olvidarnos de Dios y poner nuestro corazón en los placeres pasajeros como si todo terminara con esta vida. Nunca olvidemos que, lo mismo que a ellos si permanecemos fieles hasta el final, nos espera la Vida plena y feliz. Decía San Agustín: *“En la salvación no todo depende de nosotros pero sí hay algo que depende de nosotros”*. La salvación nos la regala Dios pero nos pide poner de nuestra parte; ojalá sepamos poner siempre *“nuestra parte”* para que Él pueda regalarnos la Vida eterna y podamos gozar por siempre con todos los santos en el Cielo.

La dedicación de la Basílica de Letrán

9 de noviembre de 2014

Queridos diocesanos:

Celebramos hoy una fiesta importante para los católicos: la dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán, la catedral del Obispo de Roma. Esta fiesta nos trae a la memoria con profundo agradecimiento la dedicación de nuestra Catedral, el primer templo de la Diócesis y la Iglesia madre para todas las demás iglesias, y el templo de nuestra parroquia. Pero ni la fiesta de la dedicación de la Basílica de Letrán, ni la de nuestra Catedral ni la de nuestra propia parroquia son la fiesta de unas piedras o de edificio, por precioso y artístico que éste sea. ¡No! Celebramos el significado del templo, un significado profundo y rico que nos viene dado por la misma Palabra de Dios.

El templo es signo de la presencia de Dios: el templo es el lugar por excelencia en el que Dios se hace presente; *“mi casa es casa de oración”* (Lc 19, 46) leemos en el Evangelio. En el templo se realiza y se da la presencia más real de Cristo en medio de nosotros, la presencia sacramental. Pero Cristo añade otro significado también importante: su presencia en la comunidad al recordarnos que *“cuando dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18, 20) Dios se hace presente en cada hombre y, sobre todo, en los pequeños, los pobres y necesitados: *“lo que hagáis con uno de estos mis pequeños hermanos a mí me lo hacéis”* (Mt 25, 41)

La celebración de la dedicación del templo en el que Dios se hace presente nos debe llevar también a saber descubrir y valorar la presencia de Dios en nuestra vida; a valorar mucho más la presencia real sacramental de Cristo en el sagrario y cultivar la adoración sacramental; a valorar, sentir y vivir mucho más la presencia de Cristo en la comunidad que se reúne, sobre todo en la comunidad que se reúne el Domingo en torno a la Eucaristía; en fin, a vivir y comprometernos personalmente en el cuidado, el servicio y el amor a los pequeños, a los pobres y necesitados, con los que Cristo se identifica.

El templo es el lugar y el centro del culto cristiano: es verdad que Cristo amplía su significado, que no habla tanto de lugar desde donde adorar a Dios sino de las actitudes interiores con que se debe hacer, *“en espíritu y en verdad”* (Jn 4, 24) El templo es el lugar en el que ofrecemos el culto por excelencia, la Eucaristía; las palabras de Cristo (adorarlo en *“espíritu y en verdad”*) nos están pidiendo que realicemos y vivamos el culto cristiano, sobre todo la Eucaristía, con gran dignidad, con gran esmero, cuidando su preparación y su realización.

Adorar a Dios en espíritu y en verdad nos compromete a que nuestro culto no sea algo vacío, como decían los profetas (*“realizáis vuestro culto entre disputas y puñetazos”*), y a que nuestro culto nos lleve a un compromiso serio de amor y perdón a los hermanos; así nos los recuerda Jesús al decir: *“si cuando vas a presentar tu ofrenda te acuerdas de que tienes algo contra tu hermano, deja la ofrenda al pie del altar, ve a reconciliarte con tu hermano y luego ven a ofrecer tu ofrenda”* (Mt 5, 23-24)



Día de la Iglesia diocesana 2014

16 de noviembre de 2014

Queridos diocesanos:

Celebramos este Domingo, 16 de noviembre, el Día de la Iglesia diocesana. Uno de los objetivos principales de esta jornada es concienciar a todos los cristianos que pertenecemos a la Iglesia universal y que lo hacemos a través de la pertenencia a una Diócesis particular; pertenencia que se concreta todavía más en la participación y construcción de nuestra parroquia en la que vivimos y celebramos la fe. Sí, es desde la parroquia y nuestra pertenencia a ella como nos sentimos parte de la Diócesis; por eso, este año la jornada de la Iglesia diocesana está enmarcada por el lema: *"Participar en tu parroquia es hacer una declaración de principios"*.

La parroquia es la concreción de la Iglesia en un determinado territorio donde los cristianos viven comunitariamente y alimentan su fe. La parroquia nos interroga e interpela para **vivir nuestra vida desde unos determinados postulados, los de las bienaventuranzas del Evangelio**, y nos envía a que cumplamos -como auténticos miembros activos y vivos de la misma- con la misión que el Señor le ha confiado a la Iglesia entera y, por tanto, a cada Diócesis y parroquia: llevar el mensaje salvador de Cristo al corazón de este mundo descreído al que Dios nos ha enviado a servir.

Participar en la parroquia como miembros activos, vivos y comprometidos es hacer, ante una sociedad que se ha olvidado de los valores cristianos, **una declaración de principios**; es declarar con la vida y el compromiso que nosotros nos regimos por los principios de la vida cristiana, por el espíritu de las bienaventuranzas y por el mensaje de Cristo. Esta jornada y su lema no dejan de ser una invitación a revisar nuestra pertenencia a la Iglesia, en la Diócesis y la parroquia, viendo si realmente somos miembros activos pues sólo así estaremos cumpliendo con la misión eclesial de la que participamos cada uno por el hecho de haber recibido el Bautismo.

La evangelización de nuestro mundo no sólo corresponde a los presbíteros y religiosos: todos, por el hecho de estar bautizados, tenemos una responsabilidad que desarrollar y a la que responder. Como escribieron los Obispos españoles en 1991 *"la nueva evangelización o se hace por los laicos o no se hará"*. Estamos viviendo -porque somos conscientes de que todos tenemos nuestra misión dentro de la Iglesia, de la Diócesis y de la parroquia- un **momento apasionante** en la tarea evangelizadora, el momento de la corresponsabilidad de todos los que formamos la Iglesia. Todos debemos sentirnos llamados a desarrollar nuestra misión con nuestro compromiso en la Iglesia a través de nuestro compromiso concreto con la Diócesis y con la parroquia. **Nadie puede sentirse excluido porque todos tenemos algo importante que aportar.**

Sí, todos somos importantes: unos tienen la misión de **animar** a los demás y **coordinar** la acción evangelizadora en las comunidades; a otros se les ha encomendado **rezar** desde los conventos por los que luchan por implantar el mensaje de Cristo en el mundo; otros -los que estamos en el mundo y ejercemos nuestra misión con el compromiso en la **familia**, como profesionales en el **trabajo**, como **ciudadanos**- luchamos por defender los

valores fundamentales del ser humano, la vida y el derecho a vivir; y todos siendo **testigos** de que somos portadores del único mensaje que puede salvar realmente al mundo, el mensaje de Cristo que da sentido a quienes lo buscan, esperanza a los que la han perdido, y aliento y fuerza para ser sus testigos en medio del mundo.

La celebración del Día del Iglesia diocesana es una invitación y una llamada al compromiso de todos los cristianos. La Diócesis es la familia de los hijos de Dios que, con su acción y compromiso, hacen presente a Cristo. En una familia todos colaboran: unos con la aportación de sus medios económicos para que la familia pueda salir adelante y cumplir con su misión; otros con su dedicación y su tiempo a las distintas tareas específicas del anuncio del Reino de Dios; otros con su testimonio de vivencia cristiana que estimula a los demás a buscar y valorar la fe en Cristo. Cuando somos parte integrante, viva y activa de nuestra parroquia estamos siendo testigos del estilo de vida de Jesús, del espíritu de las bienaventuranzas, y estamos haciendo ante el mundo una declaración de que creemos en Jesucristo, en sus valores y actuamos en consecuencia.

Comprometámonos en la tarea evangelizadora de la Iglesia, de la Diócesis y de nuestra parroquia; seamos valientes en testimoniar nuestra declaración de principios desde nuestra pertenencia a la Iglesia católica a través de nuestra pertenencia auténtica a la Diócesis y a la parroquia; y colaboremos con ella económicamente para sostenerla entre todos. Hermanos, seamos miembros vivos, activos y comprometidos de la Iglesia.

La centralidad de la familia para todo ser humano

23 de noviembre de 2014

Queridos diocesanos:

El 19 de octubre concluía en Roma la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la familia, en la que -entre otras cosas- se ha puesto nuevamente de manifiesto que la familia ocupa una **centralidad absoluta** para todo ser humano. Esta centralidad es tan real y de tal importancia que da lugar a dos situaciones que el hombre vive de forma totalmente distinta: **1.** Cuando la familia "funciona", es decir, cuando existe un clima propicio para que el ser humano viva y se desarrolle armónicamente en todos los aspectos más importantes de su vida, éste sueña, al final del día y del trabajo, con encontrarse con los suyos pues, con ellos, el corazón se le llena de satisfacción y alegría. La familia, en este caso, es como el vino bueno que anticipa en los días del hombre la fiesta sin ocaso. **2.** Pero cuando la familia "no funciona", es decir, cuando no existe ese clima propicio para sentirse a gusto o se ha roto del todo, el ser humano se encuentra inevitablemente con su propia soledad, con el crepúsculo amargo de sus sueños, de sus proyectos rotos y las jornadas son un callejón sin salida llenas de resignación inevitable, de abandono y de rencor. Así expresaba el Papa Francisco esta centralidad al terminar una de las jornadas de esta Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos.

La familia es una **verdadera escuela de humanidad** (GS 52) de la que se tiene auténtica necesidad. A pesar de las diversas crisis por las que ha atravesado la familia, el



deseo de la misma permanece vivo en el corazón de cada ser humano, especialmente en el de los jóvenes. Es también una **auténtica escuela de fe y de evangelización** en la que se reciben las primeras enseñanzas sobre la fe, sobre Dios Creador, Jesucristo Redentor, sobre un Dios cercano; en ella se recibe una cosmovisión cristiana en un clima de normalidad, con la misma naturalidad con la que, por ejemplo, se aprende a convivir o a respetar las normas de urbanidad. Por esto, la Iglesia **no debe cansarse** -y así lo hace- **de anunciar el Evangelio de la familia como una buena noticia para todos**: para los que no creen como escuela de humanidad y personalización; para los creyentes como el lugar privilegiado en el que Dios está presente y en el que se reciben insustituibles lecciones de fe que nunca se van a olvidar en la madurez.

En nuestra Diócesis tenemos como **objetivos prioritarios para este Curso pastoral** dos campos que nos proponemos cultivar y evangelizar de manera especial: **la familia y los jóvenes**. Permitidme que, con esta carta, os hable de la primera realidad, la familia, y su necesidad de evangelización. La familia, pese a las crisis por las que ha pasado históricamente, es una de las instituciones más necesarias y valoradas por el ser humano; sin ella se le hace difícil su maduración humana, social, personal y cristiana.

Si miramos a la familia como agente de evangelización descubrimos que es absolutamente **necesaria e imprescindible para la transmisión de la fe de unas generaciones a otras**. Por eso, la familia es una realidad que preocupa a toda la Iglesia, como lo demuestra, por ejemplo, la dedicación del Sínodo de los Obispos a esta temática o como nos preocupa también a nosotros como Iglesia particular de Osma Soria. Queriendo responder a esta preocupación, **hemos tomado la familia como campo prioritario a acompañar y a evangelizar** en esta nueva etapa de evangelización que iniciamos después de los tres años de Misión diocesana: queremos no sólo descubrir la problemática de la familia actual sino, sobre todo, **poner de manifiesto y hacer entender a todos la belleza, la dignidad y la misión de la familia**.

En un ambiente social descristianizado, también nuestras familias han perdido la frescura evangelizadora y se han convertido -muchas de ellas- en **familias sin Dios**, sin fe y sin esfuerzo por valorarla y transmitirla. Por eso, como Iglesia diocesana, sentimos la necesidad de devolver a esta institución la frescura creyente y evangelizadora que le corresponde para que pueda cumplir con la misión que tiene de ser lugar privilegiado donde se vive la fe y se transmite de unos a otros.

¿Cómo lo haremos? La acción pastoral con la familia vamos a centrarla en algunos momentos más importantes:

a. la formación de los padres que piden el Bautismo para sus hijos: para que no sólo pidan su Bautismo sino que asuman realmente todos los compromisos creyentes que adquieren respecto a la vivencia de su fe y a la transmisión de la misma a sus hijos. Para ello queremos impartir unánimemente en todas las parroquias de la Diócesis, a cada matrimonio en particular y en sus propias casas, algunas catequesis sobre la fe, el significado del Bautismo, la transmisión de la fe a los hijos, el compromiso que adquieren como padres de educarles en la fe, el rito del Bautismo, etc.

b. el acompañamiento de los novios: entendiéndolo por noviazgo no sólo la situación de los novios meses antes de casarse sino ampliándolo a todas las parejas de chico-chica que comienzan a salir juntos, a aquellas parejas que llevan ya un tiempo, a aquellas

que ya tienen un noviazgo "formal". A todos estos queremos ayudarles a elegir acertadamente, a conocerse realmente, a elaborar su proyecto común de pareja, a revisar y planearse su fe como pareja.

c. **acompañar a los matrimonios constituidos** en dos facetas importantes de la vida del matrimonio: 1. ayudarles a lograr un verdadero entendimiento y un **planteamiento auténtico** del matrimonio cristiano y 2. facilitarles cómo **educar en valores/virtudes a sus hijos** desde sus principios y sus convicciones creyentes más profundas.

Es mucha la tarea que tenemos por delante. Rememos juntos mar adentro y pongamos cada uno todo lo que podamos para lograr, de verdad, una auténtica evangelización de nuestras familias.

Tiempo de Adviento

30 de noviembre de 2014

Queridos diocesanos:

Hoy, 30 de noviembre, comenzamos el tiempo de Adviento, el tiempo de la espera de la acción divina y del gesto de Dios que viene a nosotros. Es éste un tiempo para hacer memoria de la primera y humilde venida del Salvador en nuestra carne mortal; son días de preparación para acoger en nuestra vida a Cristo que quiere nacer en todos y pide de nosotros acogida desde la fe y el amor; es, además, tiempo de preparar la última y definitiva venida de Cristo.

Nuestra espera en el Adviento no es la espera de aquellos que, en la antigua alianza, aún no habían recibido al Salvador; nosotros ya hemos conocido su venida hace dos mil años en Belén. Ahora preparamos, llenos de esperanza, la última y gloriosa venida de Cristo, Señor de la historia y Juez universal, acogiéndole ya en nuestro corazón porque Él quiere encarnarse en la vida real, cotidiana, de cada uno de nosotros.

El Adviento es el tiempo litúrgico de **hacer memoria**, de **esperanza** y de **conversión**. En efecto, es momento de hacer memoria de la primera venida en carne mortal; es tiempo de esperanza, de aquella que trabaja para que Cristo nazca y se encarne en cada uno de nosotros; y es tiempo de conversión porque, para recibirle ahora en nosotros y preparar su última venida, hemos de transformar nuestra vida desde los valores y criterios del Evangelio. Estos días que hoy inauguramos son propicios para **mirarnos interiormente** y ver si nuestro estilo de vivir está preparando la venida de Cristo a nuestro corazón, si la apertura de nuestra vida al Salvador es algo que nos preocupa y nos pone en un camino de vivencia de sus valores o, por el contrario, nuestra vida está anclada en las llamadas de la sociedad a luchar exclusivamente por tener más y vivir mejor sin esperar nada ni a nadie más.

Cristo, que ya vino hace veinte siglos en carne mortal, quiere encarnarse y nacer en el corazón del hombre actual; un hombre encerrado tantas veces en la mundanidad, en el *aquí* y el *ahora* como lo único importante, sin pararse a pensar que un día habrá de presentarse ante este mismo Señor para ofrecerle el resumen de su vida. Jesucristo nos pide **apertura de corazón**, que le dejemos entrar en nuestra vida, que le permitamos *hacerse*



carne en nosotros hoy para ofrecernos su salvación, transformarnos y ayudarnos a ponerlo como la base de nuestra existencia, único camino que nos llenará plenamente y nos ayudará a encontrar la verdadera felicidad.

El mismo Cristo que nació en Belén quiere nacer en nuestro corazón y en nuestra vida, en cada corazón y en cada vida, en el tuyo y en el mío; sí, el Hijo de Dios quiere que, los que ya le conocemos aunque tengamos fallos, le señalemos como Juan el Bautista en medio de un mundo ofuscado por lo material y por el hedonismo sin límite alguno. No lo olvidemos nunca: Cristo quiere que todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente los de nuestro entorno, puedan descubrir a través de nuestro testimonio de vida que Él ama a todos y sólo busca la humilde posada de nuestro corazón.

¡Feliz Adviento para todos!

Voces que gritan al hombre actual

7 de diciembre de 2014

Queridos diocesanos:

Nos encontramos en un momento de nuestra historia en el que continuamente escuchamos voces que, con potencia e insistencia, gritan a nuestros oídos y a nuestra conciencia mensajes contradictorios; estas voces nos hacen estar continuamente en vela para saber hacer un discernimiento y poder decidirnos acertadamente por las que están de acuerdo con nuestros principios más profundos y personales, con las creencias más arraigadas en nosotros.

En una **sociedad materializada y materialista** como la nuestra recibimos constantemente voces que gritan mensajes de esta misma naturaleza, ancladas en lo material como el mayor o el único valor por el cual luchar; voces que proponen estilos de vida y modelos existenciales basados en tener más, enriquecerse fácilmente a costa de lo que sea, olvidando los principios morales y las convicciones religiosas más profundas. También nos acosan las voces que gritan la preocupación por nosotros mismos como lo más importante orientándonos hacia el más radical de los **individualismos** y de los **egoísmos**, haciéndonos olvidar que, junto a nosotros, hay otros -con la misma dignidad- que lo están pasando mal, muy mal.

Nos aturden las voces de **un mundo sin Dios** que tantas veces lo infravalora y desprecia la fe, la transcendencia, etc.; un mundo que proclama al hombre como *dios de sí mismo* que crea y se da a sí mismo todas sus leyes; un ser humano autosuficiente que, con su poder y su dinero, se vale a sí mismo sin necesitar de nadie; un modelo de hombre que lucha por una felicidad exclusivamente terrenal y efímera como la única felicidad que puede lograr; un hombre, en definitiva, que cree en la Vida eterna y no aspira a conseguirla pues cree que todo lo que existe se limita a este mundo.

Voces que embotan nuestra mente con una **llamada al placer sin límites, a pasarlo bien a costa de lo que sea**. ¡Cuántos pasan por encima de los demás, de los mínimos valores fundamentales, del respeto a la persona y a sus derechos más básicos! ¡Cuántos pisotean la dignidad del otro con tal de lograr la comodidad, unos momentos de aparente felicidad o de placer aunque luego queden profundamente vacíos! Son tantas las voces y los gritos que se han

empeñado en hacer olvidar al hombre su origen y su destino: en hacer olvidar al ser humano que viene de Dios y que a Dios -que lo ha creado, redimido, lo ama y lo perdona- vuelve.

Junto a estas voces recibimos también, aunque sea en medio de la espesura de un bosque mundano que hace lo posible por silenciarlas, las voces que nos vienen del Evangelio, la **voz del que grita en el desierto**: *"Preparad el camino al Señor"* (Mc 1, 1-2). Sí, es la **voz que nos llega de la Iglesia que nos llama a dejar entrar a Dios en nuestra vida**: en nuestra vida personal y familiar, en nuestros negocios y en nuestras diversiones, en nuestras aspiraciones, en nuestras tristezas y en nuestras alegrías, en nuestros momentos de dolor y en nuestros momentos de gozo, porque sólo en Él podemos encontrar la verdadera respuesta a nuestras aspiraciones más íntimas, el sentido a nuestra vida.

Es la voz de tantos **mártires actuales**, de tantos perseguidos por creer en Jesús, que defienden su fe frente a quienes quieren acallarla; voces que gritan al corazón del hombre y le están diciendo que sólo el encuentro con Jesús da sentido a la vida y no están dispuestos a renunciar a Él por nada ni por nadie. Es la voz de tantos cristianos actuales que, junto a nosotros, gritan con su sencillo testimonio de vida que la fe en Cristo es lo más importante para ellos y demuestran, con su vida y el cultivo de la fe, que ser creyente y ser feliz -en contra de lo que algunos piensan- es posible.

Es el grito de tantísimas personas que luchan por la **defensa de la vida**, por la **justicia** en medio de un mundo injusto, por la **honradez** en medio de un mundo de trapicheos, por la **autenticidad** en medio de un mundo de corrupción. Todos ellos gritan al corazón del hombre actual que la paz del alma, la lucha por la verdad y la transparencia, la vivencia del amor a los demás y la salida del egoísmo, la vivencia de los valores cristianos y la fe en el Señor dan paz, armonía y pleno sentido a la vida.

Todas estas voces nos hacen, como cristianos, una **llamada a discernir dónde estamos nosotros y dónde queremos estar**: si queremos vivir una Navidad tan pagana como la vive gran parte de nuestro mundo o queremos obedecer la voz de quien nos invita a preparar el camino al Señor que viene; si queremos que Dios nazca en nuestro corazón o siga siendo el gran ausente de nuestra vida. *"Nadie puede servir a dos señores porque aborrecerá a uno y amará al otro o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero"* (Lc 16, 13) nos recuerda Jesús: debemos decidirnos por Dios o por el mundo sabiendo que, dependiendo del lado que escojamos, obtendremos la salvación para siempre o seguiremos la quimera de una felicidad que no tiene futuro ni porvenir porque termina con esta vida.

La alegría del seguimiento de Cristo

14 de diciembre de 2014

Queridos diocesanos:

El testimonio de la alegría es necesario, especialmente en nuestros días, en un mundo en crisis de valores, angustiado por tantas situaciones. Nuestro mundo, hemos de reconocerlo con pesar, es un mundo triste.



El **paro** produce angustia en el corazón de tantas personas que carecen de un trabajo que dignifique sus vidas y les proporcione los recursos necesarios para vivir. La **corrupción**, que aparece como un fenómeno generalizado en los estamentos con poder sean éstos de la clase que sean, ha ido creando un ambiente de desconfianza, de rabia y repulsa. La proliferación de las **rupturas matrimoniales y familiares** llena de amargura el corazón de tantas personas que las sufren en sus propias carnes, produciendo soledad, desesperanza y odio. Estas y otras muchas situaciones han ido creando un ambiente lleno de tristeza, de egoísmo, de soledad, de discordia y de insatisfacción en la sociedad.

Lo único que puede vencer esta insatisfacción del hombre actual es el testimonio - personal y comunitario de alegría y esperanza oxigenantes- fundado en la fe en Cristo; testimonio liberador, vivo y presente entre los hombres que sufren por cualquier motivo. Es el testimonio de alegría de los creyentes el que debe suscitar en los demás la pregunta y el interrogante: *“¿qué secreta esperanza alegra la vida de esta persona o de este grupo?”*. Ésta es la pregunta que surge espontánea cuando uno se acerca, por ejemplo, a un convento de religiosas de clausura en el que, lo primero que sorprende, es su profunda alegría; muchos, al contemplarlas, se interrogan: *“¿qué tienen estas mujeres que, sin tener nada de lo que en el mundo hace feliz a la gente, se les ve mucho más felices y mucho más alegres que al común de los mortales?”*.

La respuesta es sencilla: la fe en Cristo es el origen y la motivación de esta alegría. Seguir a Cristo produce alegría, da sentido a todo cuanto nos sucede en la vida y es la respuesta a los interrogantes más profundos del hombre. San Pablo, en la segunda lectura de este *Domingo laetare*, Domingo de la alegría, invita a los cristianos de Tesalónica a **estar siempre alegres**. Invitación que tenemos que recoger cada uno de nosotros como cristianos: debemos estar y ser testigos de la alegría en la que vivimos siendo seguidores de Cristo porque el seguimiento del Señor llena de alegría, de paz y de sentido la vida del hombre. Escribe el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *“Evangelii gaudium”*: *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con el Señor. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Cristo siempre nace y renace la alegría”* (EG 1).

El cristiano debe **vivir su vida de fe con verdadera alegría** porque ésta surge de la conciencia del amor y del perdón de Dios. **Fe y tristeza son dos polos opuestos que no pueden darse en el cristiano**. El cristiano debe ser una persona alegre porque, por encima de sus fallos, siente en él el amor y el perdón de Dios. La fe lleva a la alegría que brota del encuentro con Jesucristo y, a la vez, nos impulsa a comunicarla a los demás; de este modo, al comunicarla a los demás, la alegría se renueva en nosotros: es la alegría de la evangelización, de la entrega a los demás y de la comunicación de la Buena Noticia de Jesús.

Muchas veces los cristianos decaemos en la alegría porque caemos en el fango del mundo y nuestras actitudes son más mundanas que evangélicas; ahora bien, cuando vivimos desde el Evangelio, cuando comunicamos a los demás la Buena Noticia de Jesús con nuestra palabra y nuestro testimonio, aunque lo hagamos con dolor y sufrimiento, nos sentimos realmente contentos y alegres. El Señor está cerca. Él quiere nacer en el corazón y en la vida de cada uno de nosotros en esta Navidad; preparemos nuestra casa, nuestro corazón, todo nuestro ser. Hagámosle un hueco, un sitio para que Él entre en nosotros, nos transforme y nos alegre demostrándonos lo mucho que nos quiere.

María al servicio de los planes de Dios

21 de diciembre de 2014

Queridos diocesanos:

En el tiempo litúrgico del Adviento, la Liturgia nos ha ido presentando a los principales personajes que esperaron de una manera extraordinaria al Señor. Así, nos ha presentado a los **profetas** que, ante la venida inminente de Cristo al mundo, denunciaron el pecado del pueblo y llamaron a la conversión ante la llegada del Salvador; nos ha presentado a **Juan el Bautista** que viene como precursor para preparar el camino al Señor que ya llega. En este último Domingo nos presenta al personaje más importante del Adviento que vivió como nadie la llegada del Salvador: la **Virgen Santísima**.

María se preparó a la llegada del Salvador al mundo con una actitud de plena disponibilidad y colaboración con los planes de Dios. Por boca del ángel, Dios le anuncia que va a ser la Madre del Salvador y ella, que no acaba de entender los planes divinos, se fía de Él y se involucra plenamente en hacerlos realidad con su "sí": *"hágase en mí según tu palabra"*.

Sí, María es un modelo auténtico de la espera del Salvador: ella lo espera **con fe** deseando que se cumpla el plan de Dios de salvar a la humanidad caída; ella lo espera **llena de alegría** porque sabe que, a través de su colaboración, Dios va a realizar la maravillosa obra de la salvación; ella lo espera **poniéndose plena y totalmente al servicio del plan de Dios**, incluso cuando este plan le lleva a renunciar a sus propios planes.

Son estas tres actitudes las que debemos encarnar nosotros como seguidores de Cristo: **profunda fe** para dejar que Cristo nazca en cada uno de nosotros y nos salve; una fe que debe llevarnos a abrirle nuestro corazón para dejar que entre en nuestra vida y viva en nosotros. **Alegría** porque, con la llegada de Dios a nosotros, sentimos hecho vida y realidad palpable el gran amor que Dios nos tiene; sí, cuando uno se siente amado por el Señor necesariamente se siente alegre y comunica esa misma alegría a los demás. Finalmente, **disponibilidad** para seguir los caminos y los planes de Dios sobre cada uno de nosotros.

Vivamos esta Navidad con estas tres actitudes importantes tan maravillosamente encarnadas por la Virgen: fe total, alegría desbordante y disponibilidad absoluta.

¡Feliz y Santa Navidad para todos!

La familia, realidad válida y valiosa para todos los tiempos

28 de diciembre de 2014

Queridos diocesanos:

El domingo 28 de diciembre celebraremos la fiesta de la Sagrada Familia. No podemos olvidar, en modo alguno, que la familia es una **institución válida y valiosa, absolutamente necesaria** para el auténtico desarrollo de la persona y del cristiano. La familia es el **lugar privilegiado para vivir y transmitir** la fe de una generación a otra de una



forma totalmente normal. Este ideal, esta misión encomendada a la familia, entra en contradicción con la realidad actual de la misma produciéndose un verdadero **contraste y una auténtica distancia entre el ideal y la realidad**; sí, podemos decir con dolor que la familia actual no responde o tiene muchas dificultades para responder a la misión que tiene asignada.

San Juan Pablo II, en su visita a España en 1994, ya hablaba de **“familia deteriorada”**: *“el alejamiento de Dios, el eclipse de los valores morales, ha favorecido el deterioro de la vida familiar, profundamente desgarrada por el aumento de separaciones y divorcios, por el descenso de la natalidad, el aumento del número de abortos y el abandono creciente de los ancianos, tantas veces separados del calor familiar y de la necesaria comunión intergeneracional”*. A su vez, Benedicto XVI hablaba, refiriéndose a la situación por la que pasa la familia en la actualidad, de **“situación de emergencia”**. **El ideal sigue siendo válido y es el mismo de siempre**: ser lugar privilegiado de humanización y evangelización; lugar privilegiado de transmisión de valores humanos y cristianos; ámbito privilegiado para el primer anuncio del mensaje cristiano, para tener la primera experiencia de Dios, la primera experiencia de oración.

Pero **la realidad de la familia actual es otra**. Hoy la familia no está cumpliendo con la sublime misión que tiene encomendada: nos encontramos con tantas familias donde no preocupa, ni poco ni mucho, la vivencia y la transmisión de los valores humanos más importantes como la verdad, la honradez, la solidaridad, el respeto, etc. Si de vivencia y de transmisión de la fe se trata, tampoco la familia está siendo el medio natural a través del cual se tiene una primera experiencia creyente. Nos encontramos, más bien, con familias descristianizadas desde su raíz, en las que Dios es el gran ausente, por indiferencia hacia Él; padres que no transmiten la fe porque ellos no la viven o es muy débil. Hay, es verdad, **honrosas excepciones** y éstas son una luz en la oscuridad, una esperanza en el futuro: familias que tratan de vivir su realidad desde la fe, tratando de hacer realidad la misión que tienen confiada.

La realidad de la descristianización y paganización de nuestras familias es una realidad muy generalizada; por eso, es **urgente evangelizarlas** si queremos que cumplan su misión insustituible. En la Sagrada Familia de Nazaret se dan todos los ingredientes más importantes que debe tener una familia y, por lo mismo, podemos encontrar en ella un **modelo a imitar** en la nuestra: en la familia de Nazaret, a pesar de las estrecheces económicas en las que vivió y las circunstancias por las que atravesó desde el comienzo, reinaba ese ambiente propicio en el que aquel Hijo, el Hijo de Dios, *“crecía en estatura, en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres”* (Lc 2, 52). Era una familia en la que los planes de Dios ocupaban un puesto central, donde los padres se preguntaban cuál era el plan de Dios sobre aquel Hijo y le acompañaron en todo desde el principio; una familia en la que reinaba un clima propicio para sentirse a gusto; una familia en la que el respeto, la autenticidad, la solidaridad, el amor a fondo perdido eran los valores que la definían; una familia que inició a su hijo en la relación con Dios; una familia donde el Hijo aprendió el valor del trabajo y lo importante que era para sus padres el servicio a quien le necesitaba en cada momento.

Nuestras familias necesitan recuperar el cultivo de los grandes valores: el respeto, la autenticidad, la verdad, el respeto a la vida de los demás, la responsabilidad, el buen uso de

la libertad, la dignidad de toda persona, etc. pero **desde la vivencia, en primera persona, de los padres** para que los hijos los entiendan y vivan de la misma forma. Nuestras familias, que se llaman cristianas porque tuvieron su origen en el Sacramento del matrimonio, no pueden ser indiferentes a Dios y su mensaje; no pueden seguir siendo lugares de infravaloración o desprecio de todo lo que sea religioso. Hemos de recuperar la oración en familia, la práctica de la vida cristiana en familia, acudir a la Eucaristía los Domingos en familia... ¡Dios tiene que ser el centro de la vida familiar!

Una sociedad sin familia camina sin rumbo, sin la transmisión de los grandes valores humanos y cristianos. ¡Ajustemos nuestra familia a las exigencias de la misión que Dios le ha encomendado! Si lo hacemos saldrá fortificada en lo humano y se fundará verdaderamente en la vida divina.

DECRETOS

Decreto para la constitución del VI Consejo pastoral en la Diócesis de Osma-Soria

Gerardo Melgar Viciosa
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Obispo de Osma-Soria

Finalizado el plazo para el que fue constituido el V Consejo pastoral diocesano a tenor del art. 20º § 1 de los Estatutos de dicho Consejo, por el presente

DECRETO la constitución del VI CONSEJO PASTORAL DIOCESANO en esta Diócesis de Osma-Soria. Para su realización DISPONGO:

- Prorrogar la duración del V Consejo pastoral diocesano, que continuará en sus funciones hasta la fecha de la constitución del VI Consejo Pastoral.
- La constitución del VI Consejo pastoral diocesano se regirá por las normas de los actuales Estatutos del Consejo (art. 5)
- Serán miembros del VI Consejo pastoral diocesano los especificados en el art. 4 de los Estatutos, modificado por decreto de 31 de enero de 2012.
- Todos los miembros electivos tienen derecho activo y pasivo en sus respectivos grupos. Las elecciones se regirán por lo dispuesto en el Código de Derecho Canónico en los cc 119 y 166-178, y se realizarán según las normas que se recogen en el art. 5 de los Estatutos.



- Verificada la elección y aceptada por el elegido, el secretario levantará Acta, que firmada por el Presidente de Mesa, y refrendada por el mismo Secretario, enviarán al Señor Obispo.
- Las elecciones se verificarán entre el 5 y el 30 de noviembre de este año en curso.
- Realizados estos requisitos se procederá por decreto a la Constitución del VI Consejo pastoral en la Diócesis de Osma-Soria.

Publíquese en el Boletín Oficial del Obispado.

Dado en El Burgo de Osma a, 3 noviembre de 2014.

† GERARDO MELGAR VICIOSA
Obispo de Osma-Soria

Por mandato del Sr. Obispo,
Tomás Otero Lázaro
Secretario General

Decreto para la implantación del Catecismo “Testigos del Señor”

417

Gerardo Melgar Viciosa
por la Gracia de Dios y de la Santa Sede
Obispo de Osma-Soria

En su CI Asamblea Plenaria, que se celebró del 15 al 19 de abril de 2013, la Conferencia Episcopal Española aprobó el Catecismo *Testigos del Señor*, cumpliendo de esta forma lo dispuesto por el derecho: “*Compete a la Conferencia Episcopal, si se considera útil, procurar la edición de catecismos para su territorio, previa aprobación de la Sede Apostólica*» (c.775 § 2). Con la publicación del nuevo catecismo para niños y adolescentes de entre 10 y 14 años, se completa la renovación de los catecismos de la Conferencia Episcopal Española según las enseñanzas del *Catecismo de la Iglesia Católica* y las necesidades actuales en el campo de la evangelización y de la catequesis. Este catecismo tiene como objetivo dar continuidad a la catequesis después de la primera Comunión, preparar para la Confirmación y, de esta manera, ayudar a profundizar en la fe a los adolescentes.

Teniendo en cuenta cuanto antecede, y particularmente cuanto dispone el c. 775 del CIC, dispongo lo siguiente para nuestra Diócesis de Osma-Soria:

1°. Junto con el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el *Catecismo Testigos del Señor* será obligatorio para la catequesis de postcomuni3n de ni1os y adolescentes entre los 10 y 14 a1os.

2°. Se pide a todos los sacerdotes, y muy especialmente a los p1rrocos, conocer este catecismo y realizar una tarea de profundizaci3n y formaci3n de los catequistas en torno al mismo. En las sesiones de catequesis, los materiales complementarios de tipo pedag3gico no podr1n sustituir en ning3n caso el uso directo del catecismo por parte de los catequistas y adolescentes.

Confiando en la acogida generosa y los frutos pastorales de estas disposiciones, dispongo que las mismas entren en v3gor desde el momento de su publicaci3n en el Bolet3n oficial del Obispado.

Dado en El Burgo de Osma, a cuatro de diciembre de dos mil catorce.

† GERARDO MELGAR VICIOSA
Obispo de Osma-Soria

Por mandato del Sr. Obispo,
David Gonzalo Mill1n
Secretario General, a. i.

Decreto de constituci3n del V Consejo de Asuntos Econ3micos

Gerardo Melgar Vicioso
por la Gracia de Dios y de la Santa Sede
Obispo de Osma-Soria

Habi3ndose cumplido el tiempo para el que fue constituido el IV Consejo de Asuntos Econ3micos, y despu3s de haber procedido a las preceptivas consultas; por el presente y por el per3odo de cinco a1os desde su sesi3n constitutiva, NOMBRE miembros del V Consejo de Asuntos Econ3micos a tenor del c. 492 § 1 CIC y del art. 5° de los *Estatutos* de dicho Consejo a las siguientes personas:

- a) Miembros natos
- D. Gabriel-1ngel Rodr3guez Mill1n
 - D. Juan Ignacio Yag3e Dur1n
 - D. Juan Carlos Atienza Ballano



D. Víctor Sanz Sanz
D. Felicísimo Martínez Hernández

b) Sacerdotes elegidos

D. Alejandro García Torre
D. José Sala Pérez
D. Jesús F. Hernández Peña

c) Seglares designados

D. Emiliano Borobio García
D. Raúl Stoduto García

Comuníquese a los interesados y publíquese en el Boletín Oficial del Obispado.

Dado en El Burgo de Osma, a cuatro de diciembre de dos mil catorce.

† GERARDO MELGAR VICIOSA
Obispo de Osma-Soria

Por mandato del Sr. Obispo,
David Gonzalo Millán
Secretario General, a. i.

Decreto de constitución del VI Colegio de consultores

Gerardo Melgar Viciosa
por la Gracia de Dios y de la Santa Sede
Obispo de Osma-Soria

“Entre los miembros del Consejo presbiteral, el Obispo nombra libremente algunos sacerdotes, en número no inferior a seis ni superior a doce, que constituyan durante cinco años el colegio de consultores, al que competen las funciones determinadas por el Derecho. La erección del Colegio mira a garantizar una cualificada asistencia al Obispo, dando su consenso y parecer según cuanto está establecido en el Derecho, al momento de tomar disposiciones importantes de *naturaleza económica* y, en caso de *vacación o impedimento* de la sede, para asegurar la continuidad del gobierno episcopal y una ordenada sucesión” (Directorio *Apostolorum successores*, n. 183).

Habiéndose cumplido el período de cinco años para el que fue constituido el V Colegio de Consultores de la Diócesis de Osma-Soria, con fecha 24 de diciembre de 2009 (BOO noviembre-diciembre [2009] 393-394). Habiéndose procedido a la constitución del XII Consejo presbiteral de la Diócesis de Osma-Soria por Decreto de fecha 1 de julio de 2014 (BOO julio-agosto [2014] 273-274); para dar cumplimiento a lo dispuesto por el c. 502

CONSTITUYO el VI COLEGIO DE CONSULTORES de la Diócesis de Osma-Soria y nombro miembros del mismo por el período de cinco años a partir de la fecha del presente Decreto a los siguientes miembros del XII Consejo presbiteral:

- D. Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
- D. Juan Carlos Atienza Ballano
- D. Ángel Hernández Ayllón
- D. Jesús Florencio Hernández Peña
- D. Mario Muñoz Barranco
- D. Manuel Peñalba Zayas
- D. Alberto Dueña Ocón

En relación con su presidencia, competencias y actuación, se regirá por las normas del Derecho universal y por los *Estatutos* del Colegio de Consultores (BOO marzo-abril [1985] 114-120). Se dé traslado del presente Decreto a los miembros designados y publíquese en el Boletín Oficial del Obispado.

Dado en El Burgo de Osma (Soria), a 24 de diciembre de 2014.

† GERARDO MELGAR VICIOSA
Obispo de Osma-Soria

Por mandato del Sr. Obispo,
David Gonzalo Millán
Secretario General, a. i.



VICARÍA GENERAL

CARTA

Elección de un sacerdote para el VI Consejo pastoral diocesano

Soria, 3 de noviembre de 2014

Queridos hermanos:

Con fecha 15 de abril de 2009 el Sr. Obispo firmó el decreto de constitución del V Consejo diocesano de pastoral (cf. BOO marzo-abril [2009] 87-88), consejo que, transcurridos los cinco años de funcionamiento previstos por los Estatutos (cf. art. 20º.1), es preciso renovar.

El art. 4º.2 de los Estatutos prevé la elección de un sacerdote representante del presbiterio diocesano y el art. 5º.1.d establece que tal elección "se realizará recabando, mediante carta, el voto de todos los sacerdote diocesanos en activo, residentes en la Diócesis, los cuales enviarán por correo su voto al Vicario General quien, junto con el Secretario del Obispado, realizará el escrutinio".

Por todo lo cual, os envío la presente para que, antes del 17 de noviembre, me hagáis llegar vuestro voto. Os recuerdo, finalmente, que no son elegibles los miembros natos del Consejo, es decir, el Vicario general, los Vicarios episcopales y los sacerdotes delegados.

Saludos cordiales,

El Vicario General
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

COMUNICADO DE PRENSA

Ante la absolución del sacerdote diocesano José Sebastián Tabernero

Con fecha 9 de diciembre de 2014 la Audiencia provincial de Soria, sección n. 1, ha hecho pública la sentencia que declara absuelto a José Sebastián Tabernero, sacerdote de la diócesis de Osma-Soria, en relación a dos supuestos delitos de abusos sexuales y del supuesto delito continuado de abusos sexuales de los que venía siendo acusado.

Recibida la denuncia en marzo de 2013, el Obispo de la Diócesis, al tiempo que manifestaba su disponibilidad para colaborar con la Fiscalía y la administración de justicia, procedió a tomar las medidas cautelares previstas por la legislación eclesiástica emanadas tanto de la Santa Sede como de la Conferencia episcopal española, consistentes en la suspensión cautelar de las tareas parroquiales y docentes que venía desarrollando el sacerdote.

La Diócesis de Osma-Soria se congratula profundamente con esta noticia que exonera a dicho sacerdote de los cargos injustamente imputados, lamentando las tergiversaciones que en algunos medios de comunicación se han hecho sobre este asunto y los daños ocasionados al buen honor y honra de José Sebastián Tabernero.

Finalmente, la Diócesis de Osma-Soria comunica que, al igual que desde el primer momento el sacerdote fue suspendido de sus tareas ministeriales para facilitar la tarea de la justicia y dar cumplimiento a lo dispuesto por la normativa canónica, de forma inmediata y una vez exonerado de los cargos que se le imputaban será rehabilitado para la normal prosecución de las mismas.

Obispado de Osma-Soria
11 de diciembre de 2014



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo ha firmado los siguientes nombramientos:

3 de diciembre

Secretario general *ad interim*

David Gonzalo Millán

4 de diciembre

Miembros del Consejo de asuntos económicos

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Juan Ignacio Yagüe Durán

Juan Carlos Atienza Ballano

Víctor Sanz Sanz

Felicísimo Martínez Hernández

Alejandro García Torre

José Sala Pérez

Jesús F. Hernández Peña

Emiliano Borobio García

Raúl Stoduto García

24 de diciembre

Miembros del VI Colegio de consultores

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Juan Carlos Atienza Ballano

Ángel Hernández Ayllón

Jesús Florencio Hernández Peña

Mario Muñoz Barranco

Manuel Peñalba Zayas

Alberto Dueña Ocón

SAGRADAS ÓRDENES

El día 8 de diciembre de 2014, a las 17.00h., en la Santa Iglesia Concatedral de Soria el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Osma-Soria, confirió el Sagrado Orden del Diaconado a Pedro Luis Andaluz Andrés.

VIDA DIOCESANA

Semana de la Iglesia necesitada y perseguida

Del 10 al 16 de noviembre tuvo lugar en el arciprestazgo de Soria la Semana de la Iglesia necesitada y perseguida; las actividades que tuvieron lugar se entroncaron dentro de las acciones propuestas en la programación pastoral diocesana a desarrollar en la calle, una vez al mes. Se trata de mostrar en público, con nuevo lenguaje, nuevas formas y nuevo método la actitud de la alegría que «nos lleva a compartir que hemos encontrado el tesoro (Mt 13, 44; Hch 4, 20) y que supone un cambio radical para nuestras vidas», ha asegurado el Vicario episcopal de pastoral, Ángel Hernández Ayllón.

La Semana buscó rezar, concienciar e informar a los sorianos (creyentes o no) sobre la realidad de la Iglesia perseguida y necesitada en el mundo entero, a través de diversas conferencias, películas, encuentros de oración o celebración, etc.

El lunes, 10 de noviembre, a las 17 h., arrancó la Semana con la proyección de la película «De dioses y hombres» en el coro de la parroquia de Santa María La Mayor (Soria). El film, basado en hechos reales, narra el martirio de siete de los ocho monjes de la comunidad cisterciense de «Nuestra Señora de Atlas» de Tibhirene (Argelia), secuestrados y decapitados por miembros del grupo terrorista islámico GIA en 1996. Ese mismo día, a las 19.15 h., tuvo lugar una concentración-oración en la Plaza de San Esteban.

El cine fue el protagonista del segundo día de la Semana, el martes 11 de noviembre. Así, a las 17 h., fue proyectada en la Casa diocesana la película «Popieluszko. La libertad está entre nosotros», que narra la vida del beato Jerzy Popieluszko, sacerdote católico polaco vinculado al Sindicato Solidarnosc, brutalmente asesinado en Varsovia en 1984 con 37 años (tres agentes del régimen comunista secuestraron al sacerdote en un coche y, después de recorrer 100 kilómetros, le torturaron brutalmente y le arrojaron todavía con vida -con pesos atados en todo su cuerpo- al río Vístula para que muriera ahogado). A las 19.30 h. se pudo ver la película «Érase una fe» en los salones parroquiales de El Espino (Soria); el film narra el viaje que, durante un año, realizan dos jóvenes en bicicleta por las rutas de la fe para llegar a conocer a los cristianos olvidados o perseguidos del mundo entero.

El miércoles 12 y el jueves 13 de noviembre se ofrecieron tres conferencias en otros tantos lugares de la ciudad: el miércoles 12, en la parroquia de El Salvador (Soria), a las 19 h; el jueves 13, a las 17 h., en la Casa diocesana y a las 19.30 h. en la parroquia de San José.

Un Vía-crucis recorrió la ciudad entera de Soria el viernes 14 de noviembre desde las 17 h.; se inició en la iglesia del Carmen y finalizó en la Plaza Mayor. Al día siguiente, sábado 15 de noviembre, los fieles recorrieron las calles de la ciudad rezando el Santo Rosario; se partió a las 12 h. desde la ermita de la Soledad para concluir en la iglesia del Carmen. Ya por la tarde, a las 17 h., se tuvo la Adoración Eucarística en la parroquia de San José.

La Semana concluyó el Domingo 16 de noviembre con una celebración y la lectura de un manifiesto a las 13.30 h. en la Plaza de San Esteban (Soria). Además, durante toda la



semana, se pudieron visionar algunos cortos para sensibilizar en torno al enorme drama de la Iglesia perseguida o necesitada en el mundo entero; se pudieron ver en el coro de la parroquia de La Mayor (Soria).

Jornadas sobre «Testigos del Señor»

La Delegación episcopal de catequesis organizó varios encuentros a lo largo del curso pastoral con el objetivo de conocer y profundizar en el nuevo Catecismo de la Conferencia episcopal «Testigos del Señor». Los destinatarios de estas sesiones son aquellos que trabajan con niños y adolescentes de 10 a 14 años, es decir, los sacerdotes y los catequistas de esta etapa; «estamos convencidos de que si aprovechamos estas jornadas, nuestra catequesis contribuirá de forma eficaz a que los chavales crezcan en la fe, creída, celebrada, vivida y orada», ha escrito el delegado episcopal, Mario Muñoz Barranco.

La primera jornada se celebró el sábado 22 de noviembre de 10:30 a 13:30 h. en la Casa diocesana de Soria. «Este libro de la fe (el nuevo Catecismo «Testigos del Señor»), junto con su respectiva guía, ofrecen grandes posibilidades para la última etapa del itinerario catequético de infancia y juventud que ofrece la CEE. Se trata de un momento fundamental para nuestros niños y jóvenes, ya que durante estos años les tenemos que ofrecer la posibilidad de crecer en la fe, gustar la gracia recibida en los sacramentos, incorporarse a la misión de la Iglesia y llevar una vida en el Espíritu», recordó el delegado episcopal.

Primer encuentro de monaguillos

El sábado 29 de noviembre se desarrolló en el Seminario diocesano «Santo Domingo de Guzmán» el primero de los encuentros de monaguillos de la Diócesis programados para este curso pastoral. Veintidós chavales de las parroquias de El Salvador (de la ciudad de Soria) así como de El Burgo de Osma, San Esteban de Gormaz y Osma tomaron parte en la jornada.

Los chavales compartieron diversión, reflexión y oración con los quince seminaristas menores de la Diócesis así como con los seminaristas mayores en una jornada que comenzó a las once de la mañana. La primera parte de la mañana estuvo dedicada a la reflexión sobre el servicio de los monaguillos. A mediodía, el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, recibió a los monaguillos y seminaristas en la residencia episcopal donde charló animadamente con ellos, les explicó la vocación al sacerdocio y les planteó algunos interrogantes vocacionales, y rezó con ellos en su capilla; antes de marchar, el Obispo les invitó a tomar algunos dulces.

Pasadas las dos del mediodía todos compartieron la comida junto con los formadores del Seminario. Al terminar, seminaristas y monaguillos disputaron un torneo de ping-pong y de fútbolín, y participaron en un cine-fórum vocacional.

IX Día del voluntariado de Cáritas

El sábado 29 de noviembre Cáritas diocesana celebró el IX Día del voluntariado en el Centro de formación que la ONGD tiene en el Polígono industrial Las Casas II, C/ L – parc. 240 (Soria). El encuentro comenzó a las 10.30h.; a las 11.00h. se tuvo un tiempo de oración para, seguidamente, asistir a la charla «La dimensión social de la evangelización en *Evangelii gaudium*» a cargo de Vicente Altaba Gargallo, delegado episcopal en Cáritas española, que presentó también su libro que lleva el mismo título. A las 14.00h. se compartió la comida en los comedores del Centro tras la que tuvo lugar un concierto didáctico a cargo de Fernando Óscar Pérez y Raúl Mateo del grupo «Sochantría». La jornada concluyó con la Santa Misa que presidió Mons. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Osma-Soria, a las 17.00h. en la Parroquia de San José (Soria).

Concluye la primera tanda de encuentros sacerdotales en Osma-Soria

Con la celebración de la Santa Misa y la comida de fraternidad posterior, el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, clausuraba el martes 2 de diciembre la primera tanda de encuentros sacerdotales del presente curso pastoral que se desarrolló en la Casa de espiritualidad del Seminario diocesano los días 24-25 de noviembre y 1-2 de diciembre.

Más de cincuenta presbíteros tomaron parte en estos encuentros en los que se reflexionó sobre la Carta pastoral del prelado diocesano «Itinerario para la evangelización de la familia»; el propio Obispo fue el encargado de la formación y de coordinar la reflexión posterior.

La Diócesis vibra con la ordenación diaconal del seminarista Pedro L. Andaluz

La Concatedral de Soria fue testigo -en la tarde del lunes 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción- de la ordenación diaconal del seminarista Pedro L. Andaluz Andrés. Centenares de personas quisieron acompañar al joven neodiácono con su presencia y oración en la ceremonia que dio comienzo a las cinco de la tarde y que presidió Mons. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Osma-Soria.

Con el Obispo oxomense-soriano concelebraron, entre otros, los rectores de los Seminarios de Osma-Soria, Burgos y Calahorra y La Calzada-Logroño, junto con medio centenar de sacerdotes diocesanos. Tras la escucha de la Palabra de Dios, el rector del Seminario diocesano llamó a Pedro y solicitó al Obispo la ordenación, expresando la idoneidad del



candidato. A continuación, Mons. Melgar Viciosa dirigió la homilía; tras unos momentos de silencio, Pedro se colocó ante el Obispo y emitió sus promesas como elegido al ministerio diaconal; se entonaron las letanías y el seminarista se postró en el suelo poniendo toda su vida en las manos de Dios y en la compañía de los santos.

Terminada la invocación a los santos, el Obispo impuso sus manos sobre la cabeza de Pedro; luego, Mons. Melgar Viciosa pronunció la oración de ordenación diaconal. Terminada la oración, el neodiácono fue revestido por dos sacerdotes con la estola al estilo diaconal y la dalmática. El rito de la ordenación concluía, a continuación, con la entrega de los Evangelios y el abrazo de paz del prelado oxomense-soriano. A partir de este momento, Pedro se colocó a la derecha del Obispo para el resto de la Santa Misa.

Antes de que Mons. Melgar Viciosa impartiese la bendición con indulgencia plenaria en nombre del Santo Padre, tomó la palabra el ordenado para dirigirse a los presentes. La Santa Misa concluyó y todos los fieles y presbíteros pudieron saludar y felicitar a Pedro. A las 19 h. los asistentes compartieron un vino español en el Colegio del Sagrado Corazón.



Iglesia
en España



ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE

Nota pastoral “Una llamada a la solidaridad y a la esperanza”

21 de noviembre de 2014

Los Obispos de la Conferencia Episcopal Española, reunidos en Madrid en nuestra CIV Asamblea Plenaria, hemos iniciado el estudio del borrador del documento “Iglesia servidora de los pobres”, sobre la realidad social de nuestro país, que esperamos poder publicar lo antes posible. Por esto no queremos dejar pasar esta ocasión sin dirigir con humildad a nuestro pueblo un mensaje de aliento y cercanía en estos momentos en los que percibimos una compleja realidad social, que genera en no pocas personas inquietud e incluso desesperanza, especialmente en las más perjudicadas por la crisis económica.

Conocemos de primera mano el sufrimiento de numerosas personas en nuestra sociedad, y también las respuestas solidarias de miles y miles de voluntarios de nuestras diócesis, parroquias y comunidades, que sirven en muchas instituciones de la Iglesia, especialmente Cáritas, ayudando y atendiendo a los más débiles de la sociedad.

Son hombres y mujeres, ancianos y niños, jóvenes y adultos, con nombres y rostros concretos, víctimas de situaciones de pobreza real, de exclusión social, del drama de la inmigración, de precariedad laboral y de la plaga del desempleo, sobre todo juvenil, junto a otras carencias no sólo materiales, sino también afectivas y espirituales, a las que todavía no ha llegado -a pesar del inicio de la recuperación económica- el alivio necesario que aminore la cada vez más

extensa franja de desigualdad, así como el aporte ético que neutralice o imposibilite los comportamientos perversos que agravan este sufrimiento. Para ellas nuestra mayor cercanía y solidaridad.

El devenir de la crisis económica y sus causas, las fallidas previsiones y insuficientes respuestas dadas, los errores cometidos en la gestión política y económica de sus consecuencias, hacen aún más acertadas las palabras del Papa Francisco que señala que “ya no podemos confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado. El crecimiento en equidad exige algo más que el crecimiento económico, aunque lo supone, requiere decisiones, programas, mecanismos y procesos específicamente orientados a una mejor distribución del ingreso, a una creación de fuentes de trabajo, a una promoción integral de los pobres que supere el mero asistencialismo” (Evangelii Gaudium, 203).

Junto a eficaces políticas de concertación social y de desarrollo sostenible, necesitamos una verdadera regeneración moral a escala personal y social y con ella la recuperación de un mayor aprecio por el bien común, que sea verdadero soporte para la solidaridad con los más pobres y favorezca la auténtica cohesión social de la que tan necesitados estamos.

La regeneración moral nace de las virtudes morales y sociales, y para un cristiano viene a fortalecerse con la fe en Dios

y la visión trascendente de la existencia, lo que conlleva un irrenunciable compromiso social en el amor al prójimo, verdadero distintivo de los discípulos de Cristo (cfr. Jn. 13. 34-35).

A todos nos es necesario recordar que “sin conducta moral, sin honradez, sin respeto a los demás, sin servicio al bien común, sin solidaridad con los necesitados nuestra sociedad se degrada. La calidad de una sociedad tiene que ver fundamentalmente con su calidad moral. Sin valores morales se apodera de nosotros el malestar al contemplar el presente y la pesadumbre al proyectar nuestro futuro. ¡Cuánto despiertan, vigorizan y rearmen moralmente la conciencia, el reconocimiento y el respeto de Dios!” (Mons. Ricardo Blázquez. Discurso inaugural. 17-11-2014).

La vida democrática que, en paz y en libertad vive nuestro pueblo desde la Transición política, se verá así reforzada en el respeto de los derechos que nacen de la dignidad inalienable de la persona, creada a imagen y semejanza de Dios. La ejemplaridad de los responsables políticos, sociales, económicos y eclesiales, constituirá siempre un elemento imprescindible para lograr una justa sociedad civil y una verdadera comunidad eclesial.

También es necesario para ello el aprecio y fortalecimiento de la verdadera institución familiar, escuela de humanidad y núcleo de la sociedad, además de “Iglesia doméstica”. La unidad y amor de los esposos, la apertura a la vida y su defensa irrenunciable desde la concepción hasta su fin natural, la educación y amor de los hijos, el afecto y respeto a los ancianos, serán siempre una de las mayores garantías para una

sociedad justa y la convivencia ciudadana en paz y libertad.

A generar este clima social esperanzado, que contribuya al bien común integral de nuestra sociedad, quiere ayudar la Iglesia en la acción evangelizadora de sus pastores y fieles y en la de sus numerosas instituciones sociales, educativas y caritativas, que muestran a los demás el rostro de una Iglesia servidora de nuestro pueblo, especialmente de los más pobres y desvalidos.

Para lograr esta labor samaritana, las sugerentes palabras del Apóstol S. Pablo nos son de especial ayuda en estos momentos: “Que la esperanza os tenga alegres, manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración: compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad... Alegraos con los que están alegres; llorad con los lloran... No os dejéis vencer por el mal, antes bien venced al mal con el bien” (Rom 12, 12-21).

A todos cuantos trabajan en esta noble misión les aseguramos nuestro apoyo y oración a Dios y les ponemos bajo la protección de la Virgen María. Ella “es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás «sin demora» (cfr. Lc 1,39). Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo” (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 288).



Iglesia
Universal



SANTO PADRE

Homilía en la Misa de la solemnidad de todos los santos

Cementerio de Verano (Roma), 1 de noviembre de 2014

«El hombre se adueña de todo, se cree Dios, se cree el rey» y devasta toda la creación: lo destacó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el 1 de noviembre en el cementerio monumental romano del Verano en la solemnidad de Todos los santos. «¿Pero quién paga la fiesta? –continuó el Pontífice– ¡Ellos! Los pequeños, los pobres, quienes en persona acabaron en el descarte. Y esto no es historia antigua: sucede hoy».

Cuando en la primera lectura escuchamos esta voz del Ángel que gritó con voz potente a los cuatro Ángeles que se les había encargado devastar la tierra y el mar y destruir todo: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles» (Ap 7, 3) a mí me vino a la memoria una frase que no está aquí, pero está en el corazón de todos nosotros: «Los hombres son capaces de hacerlo mejor que vosotros». Nosotros somos capaces de devastar la tierra mejor que los Ángeles. Y esto lo estamos haciendo, esto lo hacemos: devastar la Creación, devastar la vida, devastar las culturas, devastar los valores, devastar la esperanza. ¡Cuánta necesidad tenemos de la fuerza del Señor para que nos selle con su amor y con su fuerza, para detener esta descabellada carrera de destrucción! Destrucción de lo que Él nos ha dado, de las cosas más hermosas que Él hizo por nosotros, para que nosotros las llevásemos adelante, las hiciésemos crecer, para dar frutos. Cuando miraba en la sacristía las fotografías de hace 71 años (bombardeo del

Verano del 19 de julio de 1943), pensé: «Esto ha sido grave, muy doloroso. Esto es nada en comparación con lo que sucede hoy». El hombre se adueña de todo, se cree Dios, se cree el rey. Y las guerras: las guerras que continúan, no precisamente sembrando semilla de vida, sino destruyendo. Es la industria de la destrucción. Es un sistema, incluso de vida, que cuando las cosas no se pueden acomodar, se descartan: se descartan los niños, se descartan los ancianos, se descartan los jóvenes sin trabajo. Esta devastación ha construido esta cultura del descarte: se descartan pueblos... Esta es la primera imagen que se me ocurrió cuando escuché esta lectura.

La segunda imagen, en la misma lectura: esta «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (7, 9). Los pueblos, la gente... Ahora empieza el frío: estos pobres que para salvar su vida tienen que huir de sus casas, de sus pueblos, de sus aldeas, hacia el desierto... y viven en tiendas, sienten el frío, sin medicinas, hambrientos, porque el «dios-hombre» se adueñó de la Creación, de todo lo hermoso que Dios hizo por nosotros. ¿Pero quién paga la fiesta? ¡Ellos! Los pequeños, los pobres, quienes en persona acabaron en el descarte. Y esto no es historia antigua: sucede hoy. «Pero, padre, es lejano...» — También aquí, en todas partes. Sucede hoy. Diré aún más: parece que esta gente, estos niños hambrientos, enfermos, parece que no cuentan, que

son de otra especie, que no son humanos. Y esta multitud está ante Dios y pide: «¡Por favor, salvación! ¡Por favor, paz! ¡Por favor, pan! ¡Por favor, trabajo! ¡Por favor, hijos y abuelos! ¡Por favor, jóvenes con la dignidad de poder trabajar!». Entre estos perseguidos, están también los que son perseguidos por la fe. «Uno de los ancianos me dijo: “Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?”... “Son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero”» (7, 13-14). Y hoy, sin exagerar, hoy, en el día de Todos los santos, quisiera que pensáramos en todos ellos, los santos desconocidos. Pecadores como nosotros, peor que nosotros, pero destruidos. A esta tan numerosa gente que viene de la gran tribulación. La mayor parte del mundo vive en la tribulación. Y el Señor santifica a este pueblo, pecador como nosotros, pero lo santifica con la tribulación.

Y al final, la tercera imagen: Dios. La primera, la devastación; la segunda, las víctimas; la tercera, Dios. En la segunda lectura hemos escuchado: «Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2): es decir la esperanza. Y esta es la bendición del Señor que aún tenemos: la esperanza. La esperanza de que tenga piedad de su pueblo, que tenga piedad de estos que están en la gran tribulación, que tenga piedad también de los destructores, a fin de que se conviertan.

Así, la santidad de la Iglesia sigue adelante: con esta gente, con nosotros que veremos a Dios como Él es. ¿Cuál debe ser nuestra actitud si queremos entrar en este pueblo y caminar hacia el Padre, en este mundo de devastación, en este mundo de guerras, en este mundo de tribulaciones? Nuestra actitud, lo hemos escuchado en el Evangelio, es la actitud de las Bienaventuranzas. Sólo ese camino nos llevará al encuentro con Dios. Sólo ese camino nos salvará de la destrucción, de la devastación de la tierra, de la creación, de la moral, de la historia, de la familia, de todo. Sólo ese camino: ¡pero nos hará pasar por cosas desagradables! Nos traerá problemas, persecuciones. Pero sólo ese camino nos llevará hacia adelante. Y así, este pueblo que hoy sufre tanto por el egoísmo de los devastadores, de nuestros hermanos devastadores, este pueblo sigue adelante con las Bienaventuranzas, con la esperanza de encontrar a Dios, de encontrar cara a cara al Señor, con la esperanza de llegar a ser santos, en ese momento del encuentro definitivo con Él.

Que el Señor nos ayude y nos dé la gracia de esta esperanza, pero también la gracia de la valentía de salir de todo lo que es destrucción, devastación, relativismo de vida, exclusión de los demás, exclusión de los valores, exclusión de todo lo que el Señor nos ha dado: exclusión de la paz. Que nos libre de esto y nos done la gracia de caminar con la esperanza de encontrarnos un día cara a cara con Él. Y esta esperanza, hermanos y hermanas, no defrauda.



Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la vida consagrada

21 de noviembre de 2014

Queridas consagradas y queridos consagrados:

Os escribo como Sucesor de Pedro, a quien el Señor Jesús confió la tarea de confirmar a sus hermanos en la fe (cf. Lc 22,32), y me dirijo a vosotros como hermano vuestro, consagrado a Dios como vosotros.

Demos gracias juntos al Padre, que nos ha llamado a seguir a Jesús en plena adhesión a su Evangelio y en el servicio de la Iglesia, y que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo que nos da alegría y nos hace testimoniar al mundo su amor y su misericordia.

He decidido convocar un Año de la Vida Consagrada haciéndome eco del sentir de muchos y de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, con motivo del 50 aniversario de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, que en el capítulo sexto trata de los religiosos, así como del Decreto *Perfectae caritatis* sobre la renovación de la vida religiosa. Dicho Año comenzará el próximo 30 de noviembre, primer Domingo de Adviento, y terminará con la fiesta de la Presentación del Señor, el 2 de febrero de 2016.

Después de escuchar a la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, he indicado como objetivos para este Año los mismos que san Juan Pablo II propuso a la Iglesia a comienzos del tercer milenio, retomando en cierto modo lo que ya había dicho en la Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*: «Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para

recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas» (n. 110).

I. Objetivos para el Año de la Vida Consagrada.

1. El primer objetivo es mirar al pasado con gratitud. Cada Instituto viene de una rica historia carismática. En sus orígenes se hace presente la acción de Dios que, en su Espíritu, llama a algunas personas a seguir de cerca a Cristo, para traducir el Evangelio en una particular forma de vida, a leer con los ojos de la fe los signos de los tiempos, a responder creativamente a las necesidades de la Iglesia. La experiencia de los comienzos ha ido después creciendo y desarrollándose, incorporando otros miembros en nuevos contextos geográficos y culturales, dando vida a nuevos modos de actuar el carisma, a nuevas iniciativas y formas de caridad apostólica. Es como la semilla que se convierte en un árbol que expande sus ramas.

Es oportuno que cada familia carismática recuerde este Año sus inicios y su desarrollo histórico, para dar gracias a Dios, que ha dado a la Iglesia tantos dones, que la embellecen y la preparan para toda obra buena (cf. *Lumen gentium*, 12).

Poner atención en la propia historia es indispensable para mantener viva la identidad y fortalecer la unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros. No se trata de hacer arqueología o cultivar

inútiles nostalgias, sino de recorrer el camino de las generaciones pasadas para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado, partiendo de los fundadores y fundadoras y de las primeras comunidades. También es una manera de tomar conciencia de cómo se ha vivido el carisma a través de los tiempos, la creatividad que ha desplegado, las dificultades que ha debido afrontar y cómo fueron superadas. Se podrán descubrir incoherencias, fruto de la debilidad humana, y a veces hasta el olvido de algunos aspectos esenciales del carisma. Todo es instructivo y se convierte a la vez en una llamada a la conversión. Recorrer la propia historia es alabar a Dios y darle gracias por todos sus dones.

Le damos gracias de manera especial por estos últimos 50 años desde el *Concilio Vaticano II*, que ha representado un «soplo» del Espíritu Santo para toda la Iglesia. Gracias a él, la vida consagrada ha puesto en marcha un fructífero proceso de renovación, con sus luces y sombras, ha sido un tiempo de gracia, marcado por la presencia del Espíritu.

Que este Año de la Vida Consagrada sea también una ocasión para confesar con humildad, y a la vez con gran confianza en el Dios amor (cf. 1 Jn 4,8), la propia fragilidad, y para vivirlo como una experiencia del amor misericordioso del Señor; una ocasión para proclamar al mundo con entusiasmo y dar testimonio con gozo de la santidad y vitalidad que hay en la mayor parte de los que han sido llamados a seguir a Cristo en la vida consagrada.

2. Este Año nos llama también a vivir el presente con pasión. La memoria agradecida del pasado nos impulsa, escuchando atentamente lo que el Espíritu dice a la Iglesia de hoy, a poner en práctica de manera cada vez más profunda los aspectos constitutivos de nuestra vida consagrada.

Desde los comienzos del primer monacato, hasta las actuales «nuevas comunidades», toda forma de vida consagrada ha nacido de la llamada del Espíritu a seguir a Cristo como se enseña en el Evangelio (cf. *Perfectae caritatis*, 2). Para los fundadores y fundadoras, la regla en absoluto ha sido el Evangelio, cualquier otra norma quería ser únicamente una expresión del Evangelio y un instrumento para vivirlo en plenitud. Su ideal era Cristo, unirse a él totalmente, hasta poder decir con Pablo: «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21); los votos tenían sentido sólo para realizar este amor apasionado.

La pregunta que hemos de plantearnos en este Año es si, y cómo, nos dejamos interpelar por el Evangelio; si este es realmente el vademecum para la vida cotidiana y para las opciones que estamos llamados a tomar. El Evangelio es exigente y requiere ser vivido con radicalidad y sinceridad. No basta leerlo (aunque la lectura y el estudio siguen siendo de extrema importancia), no es suficiente meditarlo (y lo hacemos con alegría todos los días). Jesús nos pide ponerlo en práctica, vivir sus palabras.

Jesús, hemos de preguntarnos aún, ¿es realmente el primero y único amor, como nos hemos propuesto cuando profesamos nuestros votos? Sólo si es así, podemos y debemos amar en la verdad y la misericordia a toda persona que encontramos en nuestro camino, porque habremos aprendido de él lo que es el amor y cómo amar: sabremos amar porque tendremos su mismo corazón.

Nuestros fundadores y fundadoras han sentido en sí la compasión que embargaba a Jesús al ver a la multitud como ovejas extraviadas, sin pastor. Así como Jesús, movido por esta compasión, ofreció su palabra, curó a los enfermos, dio pan para comer, entregó su propia vida, así también los fundadores se han puesto al servicio de la humanidad allá donde el Espíritu les enviaba, y de las más diversas maneras: la in-



tercesión, la predicación del Evangelio, la catequesis, la educación, el servicio a los pobres, a los enfermos... La fantasía de la caridad no ha conocido límites y ha sido capaz de abrir innumerables sendas para llevar el aliento del Evangelio a las culturas y a los más diversos ámbitos de la sociedad.

El Año de la Vida Consagrada nos interpela sobre la fidelidad a la misión que se nos ha confiado. Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy? ¿Hay algo que hemos de cambiar? ¿Tenemos la misma pasión por nuestro pueblo, somos cercanos a él hasta compartir sus penas y alegrías, así como para comprender verdaderamente sus necesidades y poder ofrecer nuestra contribución para responder a ellas? «La misma generosidad y abnegación que impulsaron a los fundadores –decía san Juan Pablo II– deben moveros a vosotros, sus hijos espirituales, a mantener vivos sus carismas que, con la misma fuerza del Espíritu que los ha suscitado, siguen enriqueciéndose y adaptándose, sin perder su carácter genuino, para ponerse al servicio de la Iglesia y llevar a plenitud la implantación de su Reino»¹.

Al hacer memoria de los orígenes sale a luz otra dimensión más del proyecto de vida consagrada. Los fundadores y fundadoras estaban fascinados por la unidad de los Doce en torno a Jesús, de la comunión que caracterizaba a la primera comunidad de Jerusalén. Cuando han dado vida a la propia comunidad, todos ellos han preten-

dido reproducir aquel modelo evangélico, ser un sólo corazón y una sola alma, gozar de la presencia del Señor (cf. *Perfectae caritatis*, 15).

Vivir el presente con pasión es hacerse «expertos en comunión», «testigos y artífices de aquel “proyecto de comunión” que constituye la cima de la historia del hombre según Dios»². En una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas.

Sed, pues, mujeres y hombres de comunión, haceos presentes con decisión allí donde hay diferencias y tensiones, y sed un signo creíble de la presencia del Espíritu, que infunde en los corazones la pasión de que todos sean uno (cf. Jn 17,21). Vivid la mística del encuentro: «la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método»³, dejándoos iluminar por la relación de amor que recorre las tres Personas Divinas (cf. 1 Jn 4,8) como modelo de toda relación interpersonal.

3. Abrazar el futuro con esperanza quiere ser el tercer objetivo de este Año. Conocemos las dificultades que afronta la vida consagrada en sus diversas formas: la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en el mundo occidental, los problemas económicos como consecuen-

1 Carta ap. *Los caminos del Evangelio*, a los religiosos y religiosas de América Latina con motivo del V centenario de la evangelización del Nuevo Mundo (29 junio 1990), 26.

2 Sagrada Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares, *Religiosos y promoción humana* (12 agosto 1980), 24: L'Osservatore Romano, ed. en lengua española, 14 diciembre 1980, p. 16.

3 *A los estudiantes de los colegios pontificios y residencias sacerdotales de Roma*, 12 mayo 2014.

cia de la grave crisis financiera mundial, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social... Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (Jr 1,8).

La esperanza de la que hablamos no se basa en los números o en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. 2 Tm 1,12) y para quien «nada es imposible» (Lc 1,37). Esta es la esperanza que no defrauda y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, al que debemos seguir mirando, conscientes de que hacia él es donde nos conduce el Espíritu Santo para continuar haciendo cosas grandes con nosotros.

No hay que ceder a la tentación de los números y de la eficiencia, y menos aún a la de confiar en las propias fuerzas. Examinad los horizontes de la vida y el momento presente en vigilante vela. Con Benedicto XVI, repito: «No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz –como exhorta san Pablo (cf. Rm 13,11-14)–, permaneciendo despiertos y vigilantes»⁴. Continuemos y reemprendamos siempre nuestro camino con confianza en el Señor.

Me dirijo sobre todo a vosotros, jóvenes. Sois el presente porque ya vivís activamente en el seno de vuestros Institutos, ofreciendo una contribución determinante con la frescura y la generosidad de vuestra opción. Sois al mismo tiempo el futuro, porque pronto seréis llamados a tomar en vues-

tras manos la guía de la animación, la formación, el servicio y la misión. Este año tendréis un protagonismo en el diálogo con la generación que os precede. En comunión fraterna, podréis enriqueceros con su experiencia y sabiduría, y al mismo tiempo tendréis ocasión de volver a proponerle los ideales que ha vivido en sus inicios, ofrecer la pujanza y lozanía de vuestro entusiasmo, y así desarrollar juntos nuevos modos de vivir el Evangelio y respuestas cada vez más adecuadas a las exigencias del testimonio y del anuncio.

Me alegra saber que tendréis oportunidades para reunirnos entre vosotros, jóvenes de diferentes Institutos. Que el encuentro se haga el camino habitual de la comunión, del apoyo mutuo, de la unidad.

II- Expectativas para el Año de la Vida Consagrada

¿Qué espero en particular de este Año de gracia de la Vida Consagrada?

1. Que sea siempre verdad lo que dije una vez: «Donde hay religiosos hay alegría». Estamos llamados a experimentar y demostrar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices, sin necesidad de buscar nuestra felicidad en otro lado; que la auténtica fraternidad vivida en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, las familias, los jóvenes, los ancianos, los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestra vida.

Que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas e insatisfechas, porque «un seguimiento triste es un triste seguimiento». También nosotros, al igual que todos los otros hombres y muje-



res, sentimos las dificultades, las noches del espíritu, la decepción, la enfermedad, la pérdida de fuerzas debido a la vejez. Precisamente en esto deberíamos encontrar la «perfecta alegría», aprender a reconocer el rostro de Cristo, que se hizo en todo semejante a nosotros, y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro.

En una sociedad que ostenta el culto a la eficiencia, al estado plétórico de salud, al éxito, y que margina a los pobres y excluye a los «perdedores», podemos testimoniar mediante nuestras vidas la verdad de las palabras de la Escritura: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12,10).

Bien podemos aplicar a la vida consagrada lo que escribí en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, citando una homilía de **Benedicto XVI**: «La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción» (n. 14). Sí, la vida consagrada no crece cuando organizamos bellas campañas vocacionales, sino cuando los jóvenes que nos conocen se sienten atraídos por nosotros, cuando nos ven hombres y mujeres felices. Tampoco su eficacia apostólica depende de la eficiencia y el poderío de sus medios. Es vuestra vida la que debe hablar, una vida en la que se trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo.

Repito a vosotros lo que dije en la **última Vigilia de Pentecostés a los Movimientos eclesiales**: «El valor de la Iglesia, fundamentalmente, es vivir el Evangelio y dar testimonio de nuestra fe. La Iglesia es la sal de la tierra, es luz del mundo, está llamada a hacer presente en la sociedad la levadura del Reino de Dios y lo hace ante todo con su testimonio, el testimonio del amor fraterno, de la solidaridad, del compartir» (18 mayo 2013).

2. Espero que «despertéis al mundo», porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía. Como dije a los Su-

periores Generales, «la radicalidad evangélica no es sólo de los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético». Esta es la prioridad que ahora se nos pide: «Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra... Un religioso nunca debe renunciar a la profecía» (29 noviembre 2013).

El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuándo llega el alba (cf. Is 21,11-12). Conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir, y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses sino los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte.

Espero, pues, que mantengáis vivas las «utopías», pero que sepáis crear «otros lugares» donde se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo. Los monasterios, comunidades, centros de espiritualidad, «ciudades», escuelas, hospitales, casas de acogida y todos esos lugares que la caridad y la creatividad carismática han fundado, y que fundarán con mayor creatividad aún, deben ser cada vez más la levadura para una sociedad inspirada en el Evangelio, la «ciudad sobre un monte» que habla de la verdad y el poder de las palabras de Jesús.

A veces, como sucedió a Elías y Jonás, se puede tener la tentación de huir, de evitar el cometido del profeta, porque es demasiado exigente, porque se está cansado, decepcionado de los resultados. Pero el profeta sabe que nunca está solo. También a nosotros, como a Jeremías, Dios nos asegura: «No tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte» (1,8).

3. Los religiosos y las religiosas, al igual que todas las demás personas consagradas, están llamadas a ser «expertos en comunión». Espero, por tanto, que la «espiritualidad de comunión», indicada por **san Juan Pablo II**, se haga realidad y que vosotros estéis en primera línea para acoger «el gran desafío que tenemos ante nosotros» en este nuevo milenio: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión»⁵. Estoy seguro de que este Año trabajaréis con seriedad para que el ideal de fraternidad perseguido por los fundadores y fundadoras crezca en los más diversos niveles, como en círculos concéntricos.

La comunión se practica ante todo en las respectivas comunidades del Instituto. A este respecto, invito a releer mis frecuentes intervenciones en las que no me canso de repetir que la crítica, el chisme, la envidia, los celos, los antagonismos, son actitudes que no tienen derecho a vivir en nuestras casas. Pero, sentada esta premisa, el camino de la caridad que se abre ante nosotros es casi infinito, pues se trata de buscar la acogida y la atención recíproca, de practicar la comunión de bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna, el respeto para con los más débiles... Es «la mística de vivir juntos» que hace de nuestra vida «una santa peregrinación»⁶. También debemos preguntarnos sobre la relación entre personas de diferentes culturas, teniendo en cuenta que nuestras comunidades se hacen cada vez más internacionales. ¿Cómo permitir a cada uno expresarse, ser aceptado con sus dones específicos, ser plenamente corresponsable?

También espero que crezca la comunión entre los miembros de los distintos Ins-

titutos. ¿No podría ser este Año la ocasión para salir con más valor de los confines del propio Instituto para desarrollar juntos, en el ámbito local y global, proyectos comunes de formación, evangelización, intervenciones sociales? Así se podrá ofrecer más eficazmente un auténtico testimonio profético. La comunión y el encuentro entre diferentes carismas y vocaciones es un camino de esperanza. Nadie construye el futuro aislándose, ni sólo con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua, y nos preserva de la enfermedad de la autoreferencialidad.

Al mismo tiempo, la vida consagrada está llamada a buscar una sincera sinergia entre todas las vocaciones en la Iglesia, comenzando por los presbíteros y los laicos, así como a «fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines»⁷.

4. Espero de vosotros, además, lo que pido a todos los miembros de la Iglesia: salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales. «Id al mundo entero», fue la última palabra que Jesús dirigió a los suyos, y que sigue dirigiéndonos hoy a todos nosotros (cf. Mc 16,15). Hay toda una humanidad que espera: personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo divino...

No os repleguéis en vosotros mismos, no dejéis que las pequeñas peleas de casa os asfixien, no quedéis prisioneros de vues-

5 Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 6 enero 2001, 43

6 Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013, 87.

7 Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal. *Vita consecrata*, 25 marzo 1996, 51.



tros problemas. Estos se resolverán si vais fuera a ayudar a otros a resolver sus problemas y anunciar la Buena Nueva. Encontraréis la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor amando.

Espero de vosotros gestos concretos de acogida a los refugiados, de cercanía a los pobres, de creatividad en la catequesis, en el anuncio del Evangelio, en la iniciación a la vida de oración. Por tanto, espero que se aligeren las estructuras, se reutilicen las grandes casas en favor de obras más acordes a las necesidades actuales de evangelización y de caridad, se adapten las obras a las nuevas necesidades.

5. Espero que toda forma de vida consagrada se pregunte sobre lo que Dios y la humanidad de hoy piden.

Los monasterios y los grupos de orientación contemplativa podrían reunirse entre sí, o estar en contacto de algún modo, para intercambiar experiencias sobre la vida de oración, sobre el modo de crecer en la comunión con toda la Iglesia, sobre cómo apoyar a los cristianos perseguidos, sobre la forma de acoger y acompañar a los que están en busca de una vida espiritual más intensa o tienen necesidad de apoyo moral o material.

Lo mismo pueden hacer los Institutos dedicados a la caridad, a la enseñanza, a la promoción de la cultura, los que se lanzan al anuncio del Evangelio o desarrollan determinados ministerios pastorales, los Institutos seculares en su presencia capilar en las estructuras sociales. La fantasía del Espíritu ha creado formas de vida y obras tan diferentes, que no podemos fácilmente catalogarlas o encajarlas en esquemas prefabricados. No me es posible, pues, referirme a cada una de las formas carismáticas en particular. No obstante, nadie debería eludir este Año una verificación seria sobre su presencia en la vida de la Iglesia y su mane-

ra de responder a los continuos y nuevos interrogantes que se suscitan en nuestro alrededor, al grito de los pobres.

Sólo con esta atención a las necesidades del mundo y con la docilidad al Espíritu, este Año de la Vida Consagrada se transformará en un auténtico *kairòs*, un tiempo de Dios lleno de gracia y de transformación.

III- Horizontes del Año de la Vida Consagrada

1. Con esta carta me dirijo, además de a las personas consagradas, a los laicos que comparten con ellas ideales, espíritu y misión. Algunos Institutos religiosos tienen una larga tradición en este sentido, otros tienen una experiencia más reciente. En efecto, alrededor de cada familia religiosa, y también de las Sociedades de vida apostólica y de los mismos Institutos seculares, existe una familia más grande, la «familia carismática», que comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático.

También os animo a vosotros, fieles laicos, a vivir este Año de la Vida Consagrada como una gracia que os puede hacer más conscientes del don recibido. Celebradlo con toda la «familia» para crecer y responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual. En algunas ocasiones, cuando los consagrados de diversos Institutos se reúnan entre ellos este Año, procurad estar presentes también vosotros, como expresión del único don de Dios, con el fin de conocer las experiencias de otras familias carismáticas, de los otros grupos laicos y enriqueceros y ayudaros recíprocamente.

2. El Año de la Vida Consagrada no sólo afecta a las personas consagradas, sino

a toda la Iglesia. Me dirijo, pues, a todo el pueblo cristiano, para que tome conciencia cada vez más del don de tantos consagrados y consagradas, herederos de grandes santos que han fraguado la historia del cristianismo. ¿Qué sería la Iglesia sin san Benito y san Basilio, san Agustín y san Bernardo, san Francisco y santo Domingo, sin san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Ávila, santa Ángela Merici y san Vicente de Paúl? La lista sería casi infinita, hasta san Juan Bosco, la beata Teresa de Calcuta. El beato **Pablo VI** decía: «Sin este signo concreto, la caridad que anima la Iglesia entera correría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvífica del Evangelio de perder garra, la “sal” de la fe de disolverse en un mundo de secularización» (*Evangelica testificatio*, 3).

Invito por tanto a todas las comunidades cristianas a vivir este Año, ante todo dando gracias al Señor y haciendo memoria reconocida de los dones recibidos, y que todavía recibimos, a través de la santidad de los fundadores y fundadoras, y de la fidelidad de tantos consagrados al propio carisma. Invito a todos a unirse en torno a las personas consagradas, a alegrarse con ellas, a compartir sus dificultades, a colaborar con ellas en la medida de lo posible, para la realización de su ministerio y sus obras, que son también las de toda la Iglesia. Hacedles sentir el afecto y el calor de todo el pueblo cristiano.

Bendigo al Señor por la feliz coincidencia del Año de la Vida Consagrada con el Sínodo sobre la familia. Familia y vida consagrada son vocaciones portadoras de riqueza y gracia para todos, ámbitos de humanización en la construcción de relaciones vitales, lugares de evangelización. Se pueden ayudar unos a otros.

3. Con esta carta me atrevo a dirigirle también a las personas consagradas y a los miembros de las fraternidades y comunidades pertenecientes a Iglesias de tradi-

ción diferente a la católica. El monacato es un patrimonio de la Iglesia indivisa, todavía muy vivo tanto en las Iglesias ortodoxas como en la Iglesia Católica. En él, como otras experiencias posteriores al tiempo en el que la Iglesia de Occidente todavía estaba unida, se han inspirado iniciativas análogas surgidas en el ámbito de las Comunidades eclesiales de la Reforma, que luego han continuado a generar en su seno otras expresiones de comunidades fraternas y de servicio.

La Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica ha programado iniciativas para propiciar encuentros entre miembros pertenecientes a experiencias de la vida consagrada y fraterna de las diversas Iglesias. Aliento vivamente estas reuniones, para que crezca el conocimiento recíproco, la estima, la mutua colaboración, de manera que el ecumenismo de la vida consagrada sea una ayuda en el proyecto más amplio hacia la unidad entre todas las Iglesias.

4. Tampoco podemos olvidar que el fenómeno de la vida monástica y de otras expresiones de fraternidad religiosa existe también en todas las grandes religiones. No faltan experiencias, también consolidadas, de diálogo inter-monástico entre la Iglesia Católica y algunas de las grandes tradiciones religiosas. Espero que el Año de la Vida Consagrada sea la ocasión para evaluar el camino recorrido, para sensibilizar a las personas consagradas en este campo, para preguntarnos sobre nuevos pasos a dar hacia una recíproca comprensión cada vez más profunda y para una colaboración en muchos ámbitos comunes de servicio a la vida humana.

Caminar juntos es siempre un enriquecimiento, y puede abrir nuevas vías a las relaciones entre pueblos y culturas, que en este período aparecen plagadas de dificultades.



5. Por último, me dirijo a mis hermanos en el episcopado. Que este Año sea una oportunidad para acoger cordialmente y con alegría la vida consagrada como un capital espiritual para el bien de todo el Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 43), y no sólo de las familias religiosas. «La vida consagrada es un don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, está totalmente orientada a la Iglesia»⁸. De aquí que, como don a la Iglesia, no es una realidad aislada o marginal, sino que pertenece íntimamente a ella, está en el corazón de la Iglesia como elemento decisivo de su misión, en cuanto expresa la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la tensión de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo; por tanto, «pertenece sin discusión a su vida y a su santidad» (ibíd., 44).

En este contexto, invito a los Pastores de las Iglesias particulares a una solicitud especial para promover en sus comuni-

dades los distintos carismas, sean históricos, sean carismas nuevos, sosteniendo, animando, ayudando en el discernimiento, haciéndose cercanos con ternura y amor a las situaciones de dolor y debilidad en las que puedan encontrarse algunos consagrados y, en especial, iluminando con su enseñanza al Pueblo de Dios el valor de la vida consagrada, para hacer brillar su belleza y santidad en la Iglesia.

Encomiendo a María, la Virgen de la escucha y la contemplación, la primera discípula de su amado Hijo, este Año de la Vida Consagrada. A ella, hija predilecta del Padre y revestida de todos los dones de la gracia, nos dirigimos como modelo incomparable de seguimiento en el amor a Dios y en el servicio al prójimo.

Agradecido desde ahora con todos vosotros por los dones de gracia y de luz con los que el Señor nos quiera enriquecer, acompaño a todos con la Bendición Apostólica.

⁸ J. M. Bergoglio, Intervención en el Sínodo sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo, XVI Congregación general, 13 octubre 1994.

Discurso al Parlamento europeo

Estrasburgo (Francia), 25 de noviembre de 2014

Señor Presidente, Señoras y Señores Vicepresidentes

Señoras y Señores Eurodiputados

Trabajadores en los distintos ámbitos de este hemisferio

Queridos amigos

Les agradezco que me hayan invitado a tomar la palabra ante esta institución fundamental de la vida de la Unión Europea, y por la oportunidad que me ofrecen de dirigirme, a través de ustedes, a los más de quinientos millones de ciudadanos de los 28 Estados miembros a quienes representan. Agradezco particularmente a usted, Señor Presidente del Parlamento, las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todos los miembros de la Asamblea.

Mi visita tiene lugar más de un cuarto de siglo después de la del Papa Juan Pablo II. Muchas cosas han cambiado desde entonces, en Europa y en todo el mundo. No existen los bloques contrapuestos que antes dividían el Continente en dos, y se está cumpliendo lentamente el deseo de que «Europa, dándose soberanamente instituciones libres, pueda un día ampliarse a las dimensiones que le han dado la geografía y aún más la historia»¹.

Junto a una Unión Europea más amplia, existe un mundo más complejo y en rápido movimiento. Un mundo cada vez más interconectado y global, y, por eso, siempre menos «eurocéntrico». Sin embargo, una Unión más amplia, más influyente, parece ir acompañada de la imagen de una Europa un poco envejecida y reducida, que tiende a

sentirse menos protagonista en un contexto que la contempla a menudo con distancia, desconfianza y, tal vez, con sospecha.

Al dirigirme hoy a ustedes desde mi vocación de Pastor, deseo enviar a todos los ciudadanos europeos un mensaje de esperanza y de aliento.

Un mensaje de esperanza basado en la confianza de que las dificultades puedan convertirse en fuertes promotoras de unidad, para vencer todos los miedos que Europa –junto a todo el mundo– está atravesando. Esperanza en el Señor, que transforma el mal en bien y la muerte en vida.

Un mensaje de aliento para volver a la firme convicción de los Padres fundadores de la Unión Europea, los cuales deseaban un futuro basado en la capacidad de trabajar juntos para superar las divisiones, favoreciendo la paz y la comunión entre todos los pueblos del Continente. En el centro de este ambicioso proyecto político se encontraba la confianza en el hombre, no tanto como ciudadano o sujeto económico, sino en el hombre como persona dotada de una dignidad trascendente.

Quisiera subrayar, ante todo, el estrecho vínculo que existe entre estas dos palabras: «dignidad» y «trascendente».

La «dignidad» es una palabra clave que ha caracterizado el proceso de recuperación en la segunda postguerra. Nuestra historia reciente se distingue por la indudable centralidad de la promoción de la dignidad humana contra las múltiples violencias y discriminaciones, que no han faltado, tampoco en Europa, a lo largo de los siglos. La

¹ Juan Pablo II, *Discurso al Parlamento Europeo*, 11 octubre 1988, 5.



percepción de la importancia de los derechos humanos nace precisamente como resultado de un largo camino, hecho también de muchos sufrimientos y sacrificios, que ha contribuido a formar la conciencia del valor de cada persona humana, única e irrepetible. Esta conciencia cultural encuentra su fundamento no sólo en los eventos históricos, sino, sobre todo, en el pensamiento europeo, caracterizado por un rico encuentro, cuyas múltiples y lejanas fuentes provienen de Grecia y Roma, de los ambientes celtas, germánicos y eslavos, y del cristianismo que los marcó profundamente², dando lugar al concepto de «persona».

Hoy, la promoción de los derechos humanos desempeña un papel central en el compromiso de la Unión Europea, con el fin de favorecer la dignidad de la persona, tanto en su seno como en las relaciones con los otros países. Se trata de un compromiso importante y admirable, pues persisten demasiadas situaciones en las que los seres humanos son tratados como objetos, de los cuales se puede programar la concepción, la configuración y la utilidad, y que después pueden ser desechados cuando ya no sirven, por ser débiles, enfermos o ancianos.

Efectivamente, ¿qué dignidad existe cuando falta la posibilidad de expresar libremente el propio pensamiento o de profesar sin constricción la propia fe religiosa? ¿Qué dignidad es posible sin un marco jurídico claro, que limite el dominio de la fuerza y haga prevalecer la ley sobre la tiranía del poder? ¿Qué dignidad puede tener un hombre o una mujer cuando es objeto de todo tipo de discriminación? ¿Qué dignidad podrá encontrar una persona que no tiene que comer o el mínimo necesario para vivir

o, todavía peor, que no tiene el trabajo que le otorga dignidad?

Promover la dignidad de la persona significa reconocer que posee derechos inalienables, de los cuales no puede ser privada arbitrariamente por nadie y, menos aún, en beneficio de intereses económicos.

Es necesario prestar atención para no caer en algunos errores que pueden nacer de una mala comprensión de los derechos humanos y de un paradójico mal uso de los mismos. Existe hoy, en efecto, la tendencia hacia una reivindicación siempre más amplia de los derechos individuales –estoy tentado de decir individualistas–, que esconde una concepción de persona humana desligada de todo contexto social y antropológico, casi como una «mónada», cada vez más insensible a las otras «mónadas» de su alrededor. Parece que el concepto de derecho ya no se asocia al deber, igualmente esencial y complementario, de modo que se afirman los derechos del individuo sin tener en cuenta que cada ser humano está unido a un contexto social, en el cual sus derechos y deberes están conectados a los de los demás y al bien común de la sociedad misma.

Considero por esto que es vital profundizar hoy en una cultura de los derechos humanos que pueda unir sabiamente la dimensión individual, o mejor, personal, con la del bien común, con ese «todos nosotros» formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social³. En efecto, si el derecho de cada uno no está armónicamente ordenado al bien grande, termina por concebirse sin limitaciones y, consecuentemente, se transforma en fuente de conflictos y de violencias.

2 Cf. Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa*, 8 octubre 1988, 3.

3 Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 7; Con. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 26.

Así, hablar de la dignidad trascendente del hombre, significa apelarse a su naturaleza, a su innata capacidad de distinguir el bien del mal, a esa «brújula» inscrita en nuestros corazones y que Dios ha impreso en el universo creado⁴; significa sobre todo mirar al hombre no como un absoluto, sino como un ser relacional. Una de las enfermedades que veo más extendidas hoy en Europa es la soledad, propia de quien no tiene lazo alguno. Se ve particularmente en los ancianos, a menudo abandonados a su destino, como también en los jóvenes sin puntos de referencia y de oportunidades para el futuro; se ve igualmente en los numerosos pobres que pueblan nuestras ciudades y en los ojos perdidos de los inmigrantes que han venido aquí en busca de un futuro mejor.

Esta soledad se ha agudizado por la crisis económica, cuyos efectos perduran todavía con consecuencias dramáticas desde el punto de vista social. Se puede constatar que, en el curso de los últimos años, junto al proceso de ampliación de la Unión Europea, ha ido creciendo la desconfianza de los ciudadanos respecto a instituciones consideradas distantes, dedicadas a establecer reglas que se sienten lejanas de la sensibilidad de cada pueblo, e incluso dañinas. Desde muchas partes se recibe una impresión general de cansancio, de envejecimiento, de una Europa anciana que ya no es fértil ni vivaz. Por lo que los grandes ideales que han inspirado Europa parecen haber perdido fuerza de atracción, en favor de los tecnicismos burocráticos de sus instituciones.

A eso se asocian algunos estilos de vida un tanto egoístas, caracterizados por

una opulencia insostenible y a menudo indiferente respecto al mundo circunstante, y sobre todo a los más pobres. Se constata amargamente el predominio de las cuestiones técnicas y económicas en el centro del debate político, en detrimento de una orientación antropológica auténtica⁵. El ser humano corre el riesgo de ser reducido a un mero engranaje de un mecanismo que lo trata como un simple bien de consumo para ser utilizado, de modo que – lamentablemente lo percibimos a menudo –, cuando la vida ya no sirve a dicho mecanismo se la descarta sin tantos reparos, como en el caso de los enfermos, los enfermos terminales, de los ancianos abandonados y sin atenciones, o de los niños asesinados antes de nacer.

Este es el gran equívoco que se produce «cuando prevalece la absolutización de la técnica»⁶, que termina por causar «una confusión entre los fines y los medios»⁷. Es el resultado inevitable de la «cultura del descarte» y del «consumismo exasperado». Al contrario, afirmar la dignidad de la persona significa reconocer el valor de la vida humana, que se nos da gratuitamente y, por eso, no puede ser objeto de intercambio o de comercio. Ustedes, en su vocación de parlamentarios, están llamados también a una gran misión, aunque pueda parecer inútil: Preocuparse de la fragilidad, de la fragilidad de los pueblos y de las personas. Cuidar la fragilidad quiere decir fuerza y ternura, lucha y fecundidad, en medio de un modelo funcionalista y privatista que conduce inexorablemente a la «cultura del descarte». Cuidar de la fragilidad de las personas y de los pueblos significa proteger la memoria y la esperanza; significa hacerse

4 Cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 37, 37.

5 Cf. *Evangelii gaudium*, 55.

6 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 71.

7 *Ibíd.*



cargo del presente en su situación más marginal y angustiante, y ser capaz de dotarlo de dignidad⁸.

Por lo tanto, ¿cómo devolver la esperanza al futuro, de manera que, partiendo de las jóvenes generaciones, se encuentre la confianza para perseguir el gran ideal de una Europa unida y en paz, creativa y emprendedora, respetuosa de los derechos y consciente de los propios deberes?

Para responder a esta pregunta, permítanme recurrir a una imagen. Uno de los más célebres frescos de Rafael que se encuentra en el Vaticano representa la Escuela de Atenas. En el centro están Platón y Aristóteles. El primero con el dedo apunta hacia lo alto, hacia el mundo de las ideas, podríamos decir hacia el cielo; el segundo tiende la mano hacia delante, hacia el observador, hacia la tierra, la realidad concreta. Me parece una imagen que describe bien a Europa en su historia, hecha de un permanente encuentro entre el cielo y la tierra, donde el cielo indica la apertura a lo trascendente, a Dios, que ha caracterizado desde siempre al hombre europeo, y la tierra representa su capacidad práctica y concreta de afrontar las situaciones y los problemas.

El futuro de Europa depende del redescubrimiento del nexo vital e inseparable entre estos dos elementos. Una Europa que no es capaz de abrirse a la dimensión trascendente de la vida es una Europa que corre el riesgo de perder lentamente la propia alma y también aquel «espíritu humanista» que, sin embargo, ama y defiende.

Precisamente a partir de la necesidad de una apertura a la trascendencia, deseo afirmar la centralidad de la persona humana, que de otro modo estaría en manos

de las modas y poderes del momento. En este sentido, considero fundamental no sólo el patrimonio que el cristianismo ha dejado en el pasado para la formación cultural del continente, sino, sobre todo, la contribución que pretende dar hoy y en el futuro para su crecimiento. Dicha contribución no constituye un peligro para la laicidad de los Estados y para la independencia de las instituciones de la Unión, sino que es un enriquecimiento. Nos lo indican los ideales que la han formado desde el principio, como son: la paz, la subsidiariedad, la solidaridad recíproca y un humanismo centrado sobre el respeto de la dignidad de la persona.

Por ello, quisiera renovar la disponibilidad de la Santa Sede y de la Iglesia Católica, a través de la Comisión de las Conferencias Episcopales Europeas (COMECE), para mantener un diálogo provechoso, abierto y transparente con las instituciones de la Unión Europea. Estoy igualmente convencido de que una Europa capaz de apreciar las propias raíces religiosas, sabiendo aprovechar su riqueza y potencialidad, puede ser también más fácilmente inmune a tantos extremismos que se expanden en el mundo actual, también por el gran vacío en el ámbito de los ideales, como lo vemos en el así llamado Occidente, porque «es precisamente este olvido de Dios, en lugar de su glorificación, lo que engendra la violencia»⁹.

A este respecto, no podemos olvidar aquí las numerosas injusticias y persecuciones que sufren cotidianamente las minorías religiosas, y particularmente cristianas, en diversas partes del mundo. Comunidades y personas que son objeto de crueles violencias: expulsadas de sus propias casas y patrias; vendidas como esclavas; asesinadas,

8 Cf. *Evangelii gaudium*, 209.

9 Benedicto XVI, *Discurso a los Miembros del Cuerpo diplomático*, 7 enero 2013.

decapitadas, crucificadas y quemadas vivas, bajo el vergonzoso y cómplice silencio de tantos.

El lema de la Unión Europea es Unidad en la diversidad, pero la unidad no significa uniformidad política, económica, cultural, o de pensamiento. En realidad, toda auténtica unidad vive de la riqueza de la diversidad que la compone: como una familia, que está tanto más unida cuanto cada uno de sus miembros puede ser más plenamente sí mismo sin temor. En este sentido, considero que Europa es una familia de pueblos, que podrán sentir cercanas las instituciones de la Unión si estas saben conjugar sabiamente el anhelado ideal de la unidad, con la diversidad propia de cada uno, valorando todas las tradiciones; tomando conciencia de su historia y de sus raíces; liberándose de tantas manipulaciones y fobias. Poner en el centro la persona humana significa sobre todo dejar que muestre libremente el propio rostro y la propia creatividad, sea en el ámbito particular que como pueblo.

Por otra parte, las peculiaridades de cada uno constituyen una auténtica riqueza en la medida en que se ponen al servicio de todos. Es preciso recordar siempre la arquitectura propia de la Unión Europea, construida sobre los principios de solidaridad y subsidiariedad, de modo que prevalezca la ayuda mutua y se pueda caminar, animados por la confianza recíproca.

En esta dinámica de unidad-particularidad, se les plantea también, Señores y Señoras Eurodiputados, la exigencia de hacerse cargo de mantener viva la democracia, la democracia de los pueblos de Europa. No se nos oculta que una concepción uniformadora de la globalidad daña la vitalidad del sistema democrático, debilitando

el contraste rico, fecundo y constructivo, de las organizaciones y de los partidos políticos entre sí. De esta manera se corre el riesgo de vivir en el reino de la idea, de la mera palabra, de la imagen, del sofisma... y se termina por confundir la realidad de la democracia con un nuevo nominalismo político. Mantener viva la democracia en Europa exige evitar tantas «maneras globalizantes» de diluir la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría¹⁰.

Mantener viva la realidad de las democracias es un reto de este momento histórico, evitando que su fuerza real –fuerza política expresiva de los pueblos– sea desplazada ante las presiones de intereses multinacionales no universales, que las hacen más débiles y las trasforman en sistemas uniformadores de poder financiero al servicio de imperios desconocidos. Este es un reto que hoy la historia nos ofrece.

Dar esperanza a Europa no significa sólo reconocer la centralidad de la persona humana, sino que implica también favorecer sus cualidades. Se trata por eso de invertir en ella y en todos los ámbitos en los que sus talentos se forman y dan fruto. El primer ámbito es seguramente el de la educación, a partir de la familia, célula fundamental y elemento precioso de toda sociedad. La familia unida, fértil e indisoluble trae consigo los elementos fundamentales para dar esperanza al futuro. Sin esta solidez se acaba construyendo sobre arena, con graves consecuencias sociales. Por otra parte, subrayar la importancia de la familia, no sólo ayuda a dar prospectivas y esperanza a las nuevas generaciones, sino también a los numerosos ancianos, muchas

10 Cf. *Evangelii gaudium*, 231.



veces obligados a vivir en condiciones de soledad y de abandono porque no existe el calor de un hogar familiar capaz de acompañarles y sostenerles.

Junto a la familia están las instituciones educativas: las escuelas y universidades. La educación no puede limitarse a ofrecer un conjunto de conocimientos técnicos, sino que debe favorecer un proceso más complejo de crecimiento de la persona humana en su totalidad. Los jóvenes de hoy piden poder tener una formación adecuada y completa para mirar al futuro con esperanza, y no con desilusión. Numerosas son las potencialidades creativas de Europa en varios campos de la investigación científica, algunos de los cuales no están explorados todavía completamente. Baste pensar, por ejemplo, en las fuentes alternativas de energía, cuyo desarrollo contribuiría mucho a la defensa del ambiente.

Europa ha estado siempre en primera línea de un loable compromiso en favor de la ecología. En efecto, esta tierra nuestra necesita de continuos cuidados y atenciones, y cada uno tiene una responsabilidad personal en la custodia de la creación, don precioso que Dios ha puesto en las manos de los hombres. Esto significa, por una parte, que la naturaleza está a nuestra disposición, podemos disfrutarla y hacer buen uso de ella; por otra parte, significa que no somos los dueños. Custodios, pero no dueños. Por eso la debemos amar y respetar. «Nosotros en cambio nos guiamos a menudo por la soberbia de dominar, de poseer, de manipular, de explotar; no la “custodiamos”, no la respetamos, no la consideramos como un don gratuito que hay que cuidar»¹¹.

Respetar el ambiente no significa sólo limitarse a evitar estropearlo, sino también utilizarlo para el bien. Pienso sobre todo en

el sector agrícola, llamado a dar sustento y alimento al hombre. No se puede tolerar que millones de personas en el mundo mueran de hambre, mientras toneladas de restos de alimentos se desechan cada día de nuestras mesas. Además, el respeto por la naturaleza nos recuerda que el hombre mismo es parte fundamental de ella. Junto a una ecología ambiental, se necesita una ecología humana, hecha del respeto de la persona, que hoy he querido recordar dirigiéndome a ustedes.

El segundo ámbito en el que florecen los talentos de la persona humana es el trabajo. Es hora de favorecer las políticas de empleo, pero es necesario sobre todo volver a dar dignidad al trabajo, garantizando también las condiciones adecuadas para su desarrollo. Esto implica, por un lado, buscar nuevos modos para conjugar la flexibilidad del mercado con la necesaria estabilidad y seguridad de las perspectivas laborales, indispensables para el desarrollo humano de los trabajadores; por otro lado, significa favorecer un adecuado contexto social, que no apunte a la explotación de las personas, sino a garantizar, a través del trabajo, la posibilidad de construir una familia y de educar los hijos.

Es igualmente necesario afrontar juntos la cuestión migratoria. No se puede tolerar que el mar Mediterráneo se convierta en un gran cementerio. En las barcas que llegan cotidianamente a las costas europeas hay hombres y mujeres que necesitan acogida y ayuda. La ausencia de un apoyo recíproco dentro de la Unión Europea corre el riesgo de incentivar soluciones particularistas del problema, que no tienen en cuenta la dignidad humana de los inmigrantes, favoreciendo el trabajo esclavo y continuas tensiones sociales. Europa será capaz de hacer frente a las problemáticas asociadas a

11 Audiencia General, 5 junio 2013.

la inmigración si es capaz de proponer con claridad su propia identidad cultural y poner en práctica legislaciones adecuadas que sean capaces de tutelar los derechos de los ciudadanos europeos y de garantizar al mismo tiempo la acogida a los inmigrantes; si es capaz de adoptar políticas correctas, valientes y concretas que ayuden a los países de origen en su desarrollo sociopolítico y a la superación de sus conflictos internos –causa principal de este fenómeno–, en lugar de políticas de interés, que aumentan y alimentan estos conflictos. Es necesario actuar sobre las causas y no solamente sobre los efectos.

Señor Presidente, Excelencias, Señoras y Señores Diputados:

Ser conscientes de la propia identidad es necesario también para dialogar en modo propositivo con los Estados que han solicitado entrar a formar parte de la Unión en el futuro. Pienso sobre todo en los del área balcánica, para los que el ingreso en la Unión Europea puede responder al ideal de paz en una región que ha sufrido mucho por los conflictos del pasado. Por último, la conciencia de la propia identidad es indispensable en las relaciones con los otros países vecinos, particularmente con aquellos de la cuenca mediterránea, muchos de los cuales sufren a causa de conflictos internos y por la presión del fundamentalismo religioso y del terrorismo internacional.

A ustedes, legisladores, les corresponde la tarea de custodiar y hacer crecer la identidad europea, de modo que los ciudadanos encuentren de nuevo la confianza en las instituciones de la Unión y en el proyecto de paz y de amistad en el que se fundamentan. Sabiendo que «cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplía es su responsabilidad individual y colecti-

va»¹². Les exhorto, pues, a trabajar para que Europa redescubra su alma buena.

Un autor anónimo del s. II escribió que «los cristianos representan en el mundo lo que el alma al cuerpo»¹³. La función del alma es la de sostener el cuerpo, ser su conciencia y la memoria histórica. Y dos mil años de historia unen a Europa y al cristianismo. Una historia en la que no han faltado conflictos y errores, también pecados, pero siempre animada por el deseo de construir para el bien. Lo vemos en la belleza de nuestras ciudades, y más aún, en la de múltiples obras de caridad y de edificación humana común que constelan el Continente. Esta historia, en gran parte, debe ser todavía escrita. Es nuestro presente y también nuestro futuro. Es nuestra identidad. Europa tiene una gran necesidad de redescubrir su rostro para crecer, según el espíritu de sus Padres fundadores, en la paz y en la concordia, porque ella misma no está todavía libre de conflictos.

Queridos Eurodiputados, ha llegado la hora de construir juntos la Europa que no gire en torno a la economía, sino a la sacralidad de la persona humana, de los valores inalienables; la Europa que abrace con valentía su pasado, y mire con confianza su futuro para vivir plenamente y con esperanza su presente. Ha llegado el momento de abandonar la idea de una Europa atemorizada y replegada sobre sí misma, para suscitar y promover una Europa protagonista, transmisora de ciencia, arte, música, valores humanos y también de fe. La Europa que contempla el cielo y persigue ideales; la Europa que mira y defiende y tutela al hombre; la Europa que camina sobre la tierra segura y firme, precioso punto de referencia para toda la humanidad.

Gracias.

12 *Gaudium et spes*, 34.

13 Carta a Diogneto, 6.



Carta a los cristianos de Oriente medio

21 de diciembre de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

«*¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios!*» (2 Co 1,3-4).

Fueron estas palabras del apóstol Pablo las que se me vinieron a la mente cuando pensaba dirigirme a vosotros, hermanos cristianos de Oriente Medio. Lo hago a las puertas de la Navidad, a sabiendas de que para muchos de vosotros las notas de los villancicos estarán mezcladas con lágrimas y suspiros. Sin embargo, el nacimiento del Hijo de Dios en nuestra carne humana es un misterio inefable de consolación: «*Pues se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres*» (Tt 2,11).

Por desgracia, nunca han faltado tribulación ni aflicción en Oriente Medio tanto en el pasado como recientemente. En los últimos meses se han agravado debido a los conflictos que afligen a la Región, pero especialmente por la actividad de una reciente y preocupante organización terrorista, de unas dimensiones nunca antes vistas, que comete todo tipo de abusos y prácticas inhumanas, golpeando especialmente a aquellos de vosotros que han sido brutalmente expulsados de sus tierras, en las que los cristianos están presentes desde la época apostólica.

Al dirigirme a vosotros, no puedo olvidarme de otros grupos religiosos y étnicos que sufren también la persecución y las consecuencias de estos conflictos. Sigo cada día las noticias del inmenso sufrimiento de tantas personas en Oriente Medio. Pienso especialmente en los niños, las madres, los ancianos, los desplazados y refugiados, los que pasan hambre, los que tienen que soportar la dureza del invierno sin un

techo bajo el que protegerse. Este sufrimiento clama a Dios y apela al compromiso de todos nosotros, con la oración y todo tipo de iniciativas. Deseo hacer llegar a todos mi cercanía y solidaridad, así como la de la Iglesia, y dar una palabra de consuelo y esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, que con valentía dais testimonio de Jesús en vuestra tierra bendecida por el Señor, nuestro consuelo y nuestra esperanza es Cristo. Por tanto, os animo a permanecer unidos a Él, como los sarmientos a la vid, seguros de que ni la tribulación, la angustia o la persecución podrán separarnos de Él (cf. Rm 8,35). Que la prueba que estáis atravesando fortalezca vuestra fe y fidelidad.

Rezo para que viváis la comunión fraterna a ejemplo de la primera comunidad de Jerusalén. La unidad querida por nuestro Señor es más necesaria que nunca en estos tiempos difíciles; es un don de Dios que interpela a nuestra libertad y espera nuestra respuesta. Que la Palabra de Dios, los sacramentos, la oración y la fraternidad, alimenten y renueven continuamente vuestras comunidades.

La situación en que vivís es una fuerte llamada a la santidad de vida, como así lo han atestiguado los santos y mártires de diversa pertenencia eclesial. Recuerdo con afecto y veneración a los Pastores y fieles a los que en los últimos tiempos se les ha pedido el sacrificio de la vida, a menudo por el mero hecho de ser cristianos. También pienso en las personas secuestradas, entre las cuales se encuentran algunos Obispos ortodoxos y sacerdotes de diversos ritos. ¡Ojalá puedan volver pronto sanos y salvos a sus casas y comunidades! Le pido a Dios que tanto sufrimiento unido a la cruz del Señor dé frutos abundantes para la Iglesia y los pueblos de Oriente Medio.

En medio de las enemistades y los conflictos, la comunión vivida entre vosotros, con fraternidad y sencillez, es un signo del Reino

de Dios. Me alegro de las buenas relaciones y la cooperación entre los Patriarcas de las Iglesias orientales católicas y los Ortodoxos, así como entre los fieles de las diversas Iglesias. El sufrimiento que padecen los cristianos constituye una aportación inestimable a la causa de la unidad. Se trata del ecumenismo de la sangre, que requiere abandonarse confiadamente a la acción del Espíritu Santo.

¡Que podáis dar siempre testimonio de Jesús en medio de las dificultades! Vuestra presencia es valiosa para Oriente Medio. Sois un pequeño rebaño, pero con una gran responsabilidad en la tierra en que nació y se extendió el cristianismo. Sois como la levadura en la masa. Antes que cualquiera de las actividades de la Iglesia en el ámbito de educativo, sanitario o asistencial, tan valoradas por todos, la mayor riqueza para la región son los cristianos, sois vosotros. Gracias por vuestra perseverancia.

Vuestros intentos por colaborar con personas de otras religiones, con judíos y musulmanes, es otro signo del Reino de Dios. El diálogo interreligioso es tanto más necesario cuanto más difícil es la situación. No hay otro camino. El diálogo basado en una actitud de apertura, en la verdad y el amor, es también el mejor antídoto contra la tentación del fundamentalismo religioso, que es una amenaza para los creyentes de todas las religiones. El diálogo es a la vez un servicio a la justicia y una condición necesaria para la tan deseada paz.

La mayor parte de vosotros vive en un ambiente de mayoría musulmana. Podéis ayudar a vuestros conciudadanos musulmanes a presentar con discernimiento una imagen más auténtica del Islam, como quieren muchos de ellos, que repiten que el Islam es una religión de paz, que se puede armonizar con el respeto de los derechos humanos y favorecer la convivencia de todos. Será algo bueno para ellos y para toda la sociedad. La dramática situación que viven nuestros hermanos cristianos en Irak, y también los yazidíes y los miembros de otras comunidades religiosas y étnicas, exige por parte de todos los líderes religiosos una postura clara y valiente, para condenar unánimemente y sin

rodeos esos crimines, y denunciar la práctica de invocar la religión para justificarlos.

Queridos hermanos, casi todos vosotros sois ciudadanos nativos de vuestros países y, por lo tanto, tenéis el deber y el derecho de participar plenamente en la vida y crecimiento de vuestra nación. En la Región estáis llamados a ser constructores de paz, de reconciliación y desarrollo, a promover el diálogo, construir puentes, según el espíritu de las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12), a proclamar el evangelio de la paz, dispuestos a colaborar con todas las autoridades nacionales e internacionales.

Deseo expresar mi especial reconocimiento y gratitud a todos vosotros, queridos hermanos Patriarcas, Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, que acompañáis con solicitud el camino de vuestras comunidades. ¡Qué preciosa es la presencia y actividad de los que se han consagrado totalmente al Señor y lo sirven en los hermanos, especialmente en los más necesitados, testimoniando su grandeza y su amor infinito! ¡Qué importante es la presencia de los Pastores junto a su rebaño, especialmente en los momentos de dificultad!

A vosotros, jóvenes, os mando un abrazo paternal. Rezo por vuestra fe, por vuestro crecimiento humano y cristiano, y para que vuestros mejores proyectos se cumplan. Y os repito: «No tengáis miedo ni vergüenza de ser cristianos. La relación con Jesús os hará disponibles para colaborar sin reservas con vuestros conciudadanos, con independencia de su afiliación religiosa» (Exh. ap. *Ecclesia in Medio Oriente*, 63).

A vosotros, ancianos, os hago llegar mis sentimientos de aprecio. Sois la memoria de vuestros pueblos; espero que esta memoria sea semilla de crecimiento para las nuevas generaciones.

Me gustaría alentar a aquellos de vosotros que trabajan en las áreas tan importantes de la caridad y de la educación. Admiro el trabajo que estáis haciendo, especialmente a través de Cáritas y con la ayuda de otras organizaciones caritativas católicas de dife-



rentes países, ayudando a todos sin distinción. A través del testimonio de la caridad, ofrecéis el apoyo más valioso a la vida social y también contribuís a la paz, de la que la Región está tan hambrienta como de pan. Pero también en el ámbito de la educación está en juego el futuro de la sociedad. Qué importante es la educación en la cultura del encuentro, del respeto de la dignidad de la persona y del valor absoluto de todo ser humano.

Queridos hermanos, aunque pocos en número, sois protagonistas de la vida de la Iglesia y de los países en los que vivís. Toda la Iglesia está con vosotros y os apoya, con gran afecto y estima por vuestras comunidades y vuestra misión. Vamos a seguir ayudándoos con la oración y otros medios disponibles.

Al mismo tiempo, sigo instando a la Comunidad internacional para que venga en ayuda de vuestras necesidades y de las otras minorías que sufren; en primer lugar, promoviendo la paz a través de la negociación y la actividad diplomática, tratando de atajar y detener cuanto antes la violencia que ya ha causado demasiado daño. Reitero la más firme condena del tráfico de armas. Necesitamos en cambio proyectos e iniciativas de paz, para promover una solución global a los problemas de la Región. ¿Hasta cuándo tendrá que seguir sufriendo Oriente Medio por la falta de paz? No podemos resignarnos a los conflictos como si no fuera posible un cambio. En sinto-

nía con mi peregrinación a Tierra Santa y el posterior encuentro de oración en el Vaticano con los Presidentes israelita y palestino, os invito a seguir orando por la paz en Oriente Medio. Que quien se vio obligado a abandonar sus tierras, pueda regresar y vivir con dignidad y seguridad. Que la asistencia humanitaria se incremente, siempre buscando el bien de la persona y de cada país, respetando su propia identidad, sin anteponer otros intereses. Que toda la Iglesia y la Comunidad internacional sean cada vez más conscientes de la importancia de vuestra presencia en la Región.

Queridos hermanas y hermanos cristianos de Oriente Medio, tenéis una gran responsabilidad y no estáis solos frente a ella. Por eso he querido escribiros para animaros y para deciros lo valiosa que es vuestra presencia y vuestra misión en esta tierra bendecida por el Señor. Vuestro testimonio me hace mucho bien. Gracias. Todos los días rezo por vosotros y vuestras intenciones. Os doy las gracias porque sé que vosotros, en vuestros sufrimientos, rezáis por mí y por mi servicio a la Iglesia. Realmente espero tener la gracia de ir en persona a visitaros y confortaros. Que la Virgen María, la Santísima Madre de Dios y Madre nuestra, os acompañe y proteja siempre con su ternura. A todos vosotros y a vuestras familias imparto la Bendición Apostólica con el deseo de que viváis la Santa Navidad en el amor y la paz de Cristo Salvador.

Homilía en la Misa de nochebuena

Basílica Vaticana, 24 de diciembre de 2014

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló» (Is 9,1). «Un ángel del Señor se les presentó [a los pastores]: la gloria del Señor los envolvió de claridad» (Lc 2,9). De este modo, la liturgia de la santa noche de Navidad nos presenta el nacimiento del Salvador como luz que irrumpe y disipa la más densa oscuridad. La presencia del

Señor en medio de su pueblo libera del peso de la derrota y de la tristeza de la esclavitud, e instaura el gozo y la alegría.

También nosotros, en esta noche bendita, hemos venido a la casa de Dios atravesando las tinieblas que envuelven la tierra, guiados por la llama de la fe que ilumina nuestros pasos y animados por la esperanza de encontrar la «luz grande». Abriendo nues-

tro corazón, tenemos también nosotros la posibilidad de contemplar el milagro de ese niño-sol que, viniendo de lo alto, ilumina el horizonte.

El origen de las tinieblas que envuelven al mundo se pierde en la noche de los tiempos. Pensemos en aquel oscuro momento en que fue cometido el primer crimen de la humanidad, cuando la mano de Caín, cegado por la envidia, hirió de muerte a su hermano Abel (cf. Gn 4,8). También el curso de los siglos ha estado marcado por la violencia, las guerras, el odio, la opresión. Pero Dios, que había puesto sus esperanzas en el hombre hecho a su imagen y semejanza, aguardaba pacientemente. Dios esperaba. Esperó durante tanto tiempo, que quizás en un cierto momento hubiera tenido que renunciar. En cambio, no podía renunciar, no podía negarse a sí mismo (cf. 2 Tm 2,13). Por eso ha seguido esperando con paciencia frente a la corrupción de los hombres y de los pueblos. La paciencia de Dios. Qué difícil es entender esto: la paciencia de Dios con nosotros.

A lo largo del camino de la historia, la luz que disipa la oscuridad nos revela que Dios es Padre y que su paciente fidelidad es más fuerte que las tinieblas y que la corrupción. En esto consiste el anuncio de la noche de Navidad. Dios no conoce los arrebatos de ira y la impaciencia; está siempre ahí, como el padre de la parábola del hijo pródigo, esperando atisbar a lo lejos el retorno del hijo perdido; y todos los días, pacientemente. La paciencia de Dios.

La profecía de Isaías anuncia la aparición de una gran luz que disipa la oscuridad. Esa luz nació en Belén y fue recibida por las manos tiernas de María, por el cariño de José, por el asombro de los pastores. Cuando los ángeles anunciaron a los pastores el nacimiento del Redentor, lo hicieron con estas palabras: «*Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre*» (Lc 2,12). La «*señal*» es precisamente la humildad de Dios, la humildad de Dios llevada hasta el extremo; es el amor con el que, aquella noche, asumió nuestra fragilidad, nuestros sufrimientos, nuestras angustias, nuestros anhelos y nuestras limitaciones. El mensaje que todos espera-

ban, que buscaban en lo más profundo de su alma, no era otro que la ternura de Dios: Dios que nos mira con ojos llenos de afecto, que acepta nuestra miseria, Dios enamorado de nuestra pequeñez.

Esta noche santa, en la que contemplamos al Niño Jesús apenas nacido y acostado en un pesebre, nos invita a reflexionar. ¿Cómo acogemos la ternura de Dios? ¿Me dejó alcanzar por él, me dejó abrazar por él, o le impido que se acerque? «Pero, si yo busco al Señor» –podríamos responder–. Sin embargo, lo más importante no es buscarlo, sino dejar que sea él quien me busque, quien me encuentre y me acaricie con cariño. Ésta es la pregunta que el Niño nos hace con su sola presencia: ¿permito a Dios que me quiera?

Y más aún: ¿tenemos el coraje de acoger con ternura las situaciones difíciles y los problemas de quien está a nuestro lado, o bien preferimos soluciones impersonales, quizás eficaces pero sin el calor del Evangelio? ¡Cuánta necesidad de ternura tiene el mundo de hoy! Paciencia de Dios, cercanía de Dios, ternura de Dios.

La respuesta del cristiano no puede ser más que aquella que Dios da a nuestra pequeñez. La vida tiene que ser vivida con bondad, con mansedumbre. Cuando nos damos cuenta de que Dios está enamorado de nuestra pequeñez, que él mismo se hace pequeño para propiciar el encuentro con nosotros, no podemos no abrirle nuestro corazón y suplicarle: «Señor, ayúdame a ser como tú, dame la gracia de la ternura en las circunstancias más duras de la vida, concédeme la gracia de la cercanía en las necesidades de los demás, de la humildad en cualquier conflicto».

Queridos hermanos y hermanas, en esta noche santa contemplemos el misterio: allí «*el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande*» (Is 9,1). La vio la gente sencilla, dispuesta a acoger el don de Dios. En cambio, no la vieron los arrogantes, los soberbios, los que establecen las leyes según sus propios criterios personales, los que adoptan actitudes de cerrazón. Miremos al misterio y recemos, pidiendo a la Virgen Madre: «María, muéstranos a Jesús».



SANTA SEDE

PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

Decreto con el cual se establece la obra a realizar para poder conseguir el don de las Indulgencias con ocasión del Año de la vida consagrada.

Tras haber solicitado hace un tiempo el cardenal prefecto de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica a esta Penitenciaría apostólica que se determinase debidamente el requisito para poder conseguir el don de las Indulgencias, que el Santo Padre Francisco, con ocasión del inminente Año de la vida consagrada, quiere conceder para el crecimiento espiritual de los institutos religiosos, con la máxima fidelidad al carisma del fundador y, para ofrecer a los fieles de todo el mundo una feliz ocasión para fortalecer la fe, la esperanza y la caridad, en comunión con la santa Iglesia, por especialísimo mandato del Romano Pontífice, esta Penitenciaría apostólica concede de buen grado la indulgencia plenaria, con las acostumbradas condiciones (confesión sacramental, comunión eucarística y oración según las intenciones del Santo Padre) a todos los miembros de los institutos de vida consagrada y a los demás fieles verdaderamente arrepentidos y movidos por espíritu de caridad, a lucrar desde el primer Domingo de Adviento del corriente año hasta el 2 de febrero de 2016, pudiéndose aplicar a modo de sufragio también para las almas del Purgatorio:

a) En Roma, cada vez que participan en los encuentros internacionales y celebraciones establecidas en el calen-

dario de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, y por un período de tiempo apropiado mediten con piedad, concluyendo con el Padrenuestro, la Profesión de fe con cualquier forma legítimamente aprobada y piadosas invocaciones a la bienaventurada Virgen María;

b) En todas las Iglesias particulares, cada vez que, en los días diocesanos dedicados a la vida consagrada y en las celebraciones diocesanas convocadas para el Año de la vida consagrada, visiten piadosamente la iglesia catedral u otro lugar sagrado designado con el consentimiento del Ordinario del lugar, o una iglesia conventual o el oratorio de un monasterio de clausura y recen públicamente allí la Liturgia de las Horas o dediquen un período de tiempo apropiado para meditar con piedad, concluyendo con el Padrenuestro, la Profesión de fe en cualquier forma legítimamente aprobada y piadosas invocaciones a la bienaventurada Virgen María.

Los miembros de los institutos de vida consagrada que, por enfermedad u otra causa grave no puedan visitar esos lugares sagrados, podrán igualmente lucrar la indulgencia plenaria si, con total desapego del corazón de cualquier pecado y con la intención de poder cumplir tan pronto como sea posible las tres condiciones habituales, efectúen la visita espiritual con pro-

fundo deseo y ofrezcan las enfermedades y los sufrimientos de su vida a Dios misericordioso a través de María, añadiendo las oraciones anteriormente indicadas.

Para facilitar la consecución de la gracia divina por medio de las llaves de la Iglesia, y se realice más fácilmente por medio de la caridad pastoral, la Penitenciaría apostólica exhorta vivamente a los canónigos penitenciaríos, a los miembros del cabildo, a los sacerdotes de los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica y a todos los que tienen facultades para escuchar confesiones, que se dispongan con ánimo disponible y generoso a celebrar el sacramento de la Penitencia y administren

con frecuencia la sagrada Comunión a los enfermos.

El presente decreto tiene validez para el Año de la vida consagrada, no obstante cualquier disposición contraria.

Emitido en Roma, en la sede de la Penitenciaría apostólica, el 23 de noviembre de 2014, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

Cardenal Mauro Piacenza
Penitenciarío mayor

Krzysztof Nykiel
Regente



SÍNODO DE LOS OBISPOS

Lineamenta para la XIV Asamblea general ordinaria

La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo

PREFACIO

Al terminar la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización*, celebrada en el 2014, el Papa Francisco decidió dar a conocer públicamente la *Relatio Synodi*, documento con el cual se concluyeron los trabajos sinodales. Al mismo tiempo, el Santo Padre indicó que este documento constituirá los *Lineamenta* para la XIV Asamblea General Ordinaria sobre el tema *La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo*, que tendrá lugar del 4 al 25 de octubre de 2015.

La *Relatio Synodi*, que se envía como *Lineamenta*, termina con estas palabras: "Las reflexiones propuestas, fruto del trabajo sinodal que tuvo lugar en un clima de gran libertad y en un estilo de escucha mutua, desean plantear cuestiones e indicar perspectivas que deberán ser maduras y precisadas por la reflexión de las Iglesias locales durante el año que nos separa de la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos prevista para octubre de 2015" (*Relatio Synodi*, n. 62).

A los *Lineamenta* se agrega una serie de preguntas para conocer la recepción del documento y para estimular la profundización del trabajo iniciado en el curso de la Asamblea Extraordinaria. Se trata de "repensar con renovada frescura y entusiasmo lo que la revelación, transmitida en la fe de la Iglesia, nos dice sobre la belleza y sobre la dignidad de la familia" (*Relatio Synodi*, n. 4). En esta perspectiva, estamos llamados a vivir un año "para madurar, con verdadero discernimiento espiritual, las ideas propuestas y encontrar soluciones concretas a tantas dificultades e innumerables desafíos que las familias deben afrontar" (Papa Francisco, *Discurso conclusivo*, 18 de octubre de 2014). El resultado de esta consultación junto con la *Relatio Synodi* constituirá el material para el *Instrumentum laboris* de la XIV Asamblea General Ordinaria del 2015.

Se invita a las Conferencias Episcopales a elegir las modalidades adecuadas para tal finalidad implicando a todos los componentes de las iglesias particulares e instituciones académicas, organizaciones, agregaciones laicas y otras instancias eclesiales.

RELATIO SYNODI de la III Asamblea General Extraordinaria

(5–19 de octubre de 2014)

Introducción

1. El Sínodo de los Obispos reunido en torno al Papa dirige su pensamiento a

todas las familias del mundo con sus alegrías, fatigas y esperanzas. En particular, siente el deber de agradecer al Señor la ge-

nerosa fidelidad con la cual tantas familias cristianas responden a su vocación y misión. Lo hacen con alegría y con fe incluso cuando en el camino familiar encuentran obstáculos, incomprendidos y sufrimientos. A estas familias va el aprecio, el agradecimiento y el aliento de toda la Iglesia y de este Sínodo. En la vigilia de oración celebrada en la Plaza de San Pedro el sábado 4 de octubre de 2014 en preparación al Sínodo de la familia, el Papa Francisco evocó de manera simple y concreta la centralidad de la experiencia familiar en la vida de todos, expresándose así: «Cae ya la noche en nuestra asamblea. Es la hora en la que se regresa a casa de buen grado para encontrarse en la misma mesa, en el espesor de los afectos, del bien realizado y recibido, de los encuentros que enardecen el corazón y lo hacen crecer, buen vino que anticipa en los días del hombre la fiesta sin ocaso. Es también la hora más fuerte para quien se encuentra cara a cara con su propia soledad, en el crepúsculo amargo de sueños y proyectos destrozados: cuántas personas arrastran sus días en el callejón ciego de la resignación, del abandono, si no del rencor; en cuántas casas ha faltado el vino de la alegría y, por lo tanto, el sabor –la sabiduría misma– de la vida... De unos y de otros nos hacemos voz esta noche con nuestra oración, una oración para todos».

2. Regazo de alegrías y pruebas, de afectos profundos y de relaciones a veces heridas, la familia es una auténtica “escuela de humanidad” (cfr. *Gaudium et Spes*, 52), de la que se percibe fuertemente la necesidad. A pesar de las numerosas señales de crisis de la institución familiar en los diversos contextos de la “aldea global”, el deseo de familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes, y esto motiva a la Iglesia, experta en humanidad y fiel a su misión, a anunciar sin descanso y con profunda convicción el “Evangelio de la familia”

que le fue encomendado con la revelación del amor de Dios en Jesucristo e ininterrumpidamente enseñado por los Padres, los Maestros de espiritualidad y el Magisterio de la Iglesia. La familia asume para la Iglesia una importancia del todo particular y en un momento en que se invita a todos los creyentes a salir de sí mismos es necesario redescubrir la familia como sujeto imprescindible para la evangelización. El pensamiento va al testimonio misionero de tantas familias.

3. El Obispo de Roma invitó al Sínodo de los Obispos, reunido en su Asamblea General Extraordinaria de octubre de 2014, a reflexionar sobre la realidad de la familia, decisiva y preciosa, para profundizar después la reflexión en la Asamblea General Ordinaria que tendrá lugar en octubre de 2015, así como durante todo el año que transcurrirá entre los dos eventos sinodales. «El *convenire in unum* alrededor del Obispo de Roma ya es un evento de gracia, en el cual la colegialidad episcopal se manifiesta en un camino de discernimiento espiritual y pastoral»: así describió el Papa Francisco la experiencia sinodal, indicando como tarea escuchar tanto los signos de Dios como los de la historia de los hombres, y vivir la consiguiente doble y única fidelidad a ambos.

4. A la luz de este mismo discurso, hemos reunido los resultados de nuestras reflexiones y conversaciones en las tres partes siguientes: la escucha, para mirar la realidad de la familia hoy, en la complejidad de sus luces y sombras; la mirada fija en Cristo para repensar con renovada frescura y entusiasmo lo que la revelación, transmitida en la fe de la Iglesia, nos dice sobre la belleza y sobre la dignidad de la familia; la confrontación con el Señor Jesús a fin de discernir los caminos para renovar la Iglesia y la sociedad en su compromiso por la familia basada en el matrimonio entre hombre y mujer.



Primera parte

La escucha: el contexto y los desafíos de la familia

El contexto sociocultural

5. Fieles a las enseñanzas de Cristo miramos a la realidad de la familia hoy en toda su complejidad, en sus luces y sombras. Pensamos en los padres, los abuelos, los hermanos y hermanas, los familiares próximos y lejanos, y en el vínculo entre dos familias que se crea con cada matrimonio. El cambio antropológico-cultural hoy influye en todos los aspectos de la vida y requiere un enfoque analítico y diversificado. Hay que subrayar ante todo los aspectos positivos: la mayor libertad de expresión y el reconocimiento más amplio de los derechos de la mujer y de los niños, al menos en algunas regiones. Pero, por otra parte, también hay que considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto. A esto se añade la crisis de la fe que afecta a tantos católicos y que a menudo está en el origen de las crisis del matrimonio y de la familia.

6. Una de las mayores pobreza de la cultura actual es la soledad, fruto de la ausencia de Dios en la vida de las personas y de la fragilidad de las relaciones. Asimismo, hay una sensación general de impotencia frente a la realidad socioeconómica que a menudo acaba por aplastar a las familias. Esto se debe a la creciente pobreza y precariedad laboral que a veces se vive como una auténtica pesadilla, o a una fiscalidad demasiado alta que ciertamente no alienta a los jóvenes a contraer matrimonio. Con frecuencia las familias se sienten abandonadas por el desinterés y

la poca atención de las instituciones. Las consecuencias negativas desde el punto de vista de la organización social son evidentes: de la crisis demográfica a las dificultades educativas, de la fatiga a la hora de acoger la vida naciente al sentir la presencia de los ancianos como un peso, hasta el difundirse de un malestar afectivo que a veces llega a la violencia. El Estado tiene la responsabilidad de crear las condiciones legislativas y laborales para garantizar el futuro de los jóvenes y ayudarlos a realizar su proyecto de formar una familia.

7. Existen contextos culturales y religiosos que plantean desafíos particulares. En algunas sociedades todavía está en vigor la práctica de la poligamia y en algunos contextos tradicionales la costumbre del "matrimonio por etapas". En otros contextos permanece la práctica de los matrimonios combinados. En los países en que la presencia de la Iglesia Católica es minoritaria son numerosos los matrimonios mixtos y de disparidad de culto, con todas las dificultades que conllevan respecto a la configuración jurídica, al bautismo y a la educación de los hijos y al respeto mutuo desde el punto de vista de la diversidad de la fe. Estos matrimonios corren el riesgo del relativismo o de la indiferencia, pero a su vez pueden representar una buena posibilidad para favorecer el espíritu ecuménico y el diálogo interreligioso en una armoniosa convivencia de comunidades que viven en el mismo lugar. En numerosos contextos, y no sólo occidentales, se está ampliamente difundiendo la praxis de la convivencia que precede al matrimonio, así como convivencias no orientadas a asumir la forma de un vínculo institucional. A esto se añade a menudo una legislación civil que compromete el matrimonio y la familia. A causa de la secularización en muchas partes del mundo la referencia a Dios ha disminuido fuertemente y la fe ya no es un hecho socialmente compartido.

462

8. Son muchos los niños que nacen fuera del matrimonio, especialmente en algunos países, y muchos los que después crecen con uno solo de los padres o en un contexto familiar ampliado o reconstituido. El número de divorcios es creciente y no es raro el caso de opciones determinadas únicamente por factores de orden económico. Con frecuencia los niños son motivo de contienda entre los padres y además los hijos son las verdaderas víctimas de las laceraciones familiares. Los padres a menudo están ausentes –no sólo por causas económicas– precisamente allí donde se percibe la necesidad de que ellos asuman más claramente la responsabilidad de los hijos y de la familia. Todavía es preciso defender y promover la dignidad de la mujer. En efecto, hoy en muchos contextos ser mujer es objeto de discriminación, y con frecuencia se penaliza el don de la maternidad en lugar de presentarlo como un valor. Tampoco hay que olvidar los crecientes fenómenos de violencia de los que son víctimas las mujeres, a veces lamentablemente también en el seno de las familias, ni la grave y difundida mutilación genital de la mujer en algunas culturas. Por otro lado, la explotación sexual de la infancia constituye una de las realidades más escandalosas y perversas de la sociedad actual. Asimismo, en las sociedades golpeadas por la violencia a causa de la guerra, del terrorismo o de la presencia del crimen organizado, se dan situaciones familiares deterioradas y sobre todo en las grandes metrópolis y en sus periferias crece el llamado fenómeno de los niños de la calle. Las migraciones, por su parte, representan otro signo de los tiempos que hay que afrontar y comprender con toda la carga de consecuencias sobre la vida familiar.

La importancia de la vida afectiva

9. Frente al cuadro social delineado, en muchas partes del mundo, se observa en los individuos una mayor necesidad de cuidar la propia persona, de conocerse inte-

riormente, de vivir mejor en sintonía con las propias emociones y los propios sentimientos, de buscar relaciones afectivas de calidad. Esta justa aspiración puede abrir al deseo de comprometerse en construir relaciones de entrega y reciprocidad creativas, solidarias y que responsabilicen, como las familiares. El peligro individualista y el riesgo de vivir en clave egoísta son relevantes. El desafío para la Iglesia es ayudar a los esposos a una maduración de la dimensión emocional y al desarrollo afectivo promoviendo el diálogo, la virtud y la confianza en el amor misericordioso de Dios. El pleno compromiso que se requiere en el matrimonio cristiano puede ser un fuerte antídoto a la tentación de un individualismo egoísta.

10. En el mundo actual no faltan tendencias culturales que parece que impongan una afectividad sin límites de la que se quieren explorar todos los aspectos, incluso los más complejos. De hecho, la cuestión de la fragilidad afectiva es de gran actualidad: una afectividad narcisista, inestable y cambiante que no siempre ayuda a los sujetos a alcanzar una mayor madurez. Preocupa una cierta difusión de la pornografía y de la comercialización del cuerpo, favorecida entre otras cosas por un uso desequilibrado de Internet, al igual que hay que denunciar la situación de las personas que se ven obligadas a practicar la prostitución. En este contexto, a menudo los cónyuges se sienten inseguros, indecisos y les cuesta encontrar los modos para crecer. Son numerosos los que suelen quedarse en los estadios primarios de la vida emocional y sexual. La crisis de los esposos desestabiliza la familia y a través de las separaciones y los divorcios puede llegar a tener serias consecuencias para los adultos, los hijos y la sociedad, debilitando al individuo y los vínculos sociales. Asimismo, el descenso demográfico, debido a una mentalidad antinatalista y promovido por las políticas mundiales de salud reproductiva, no sólo determina una



situación en la cual el sucederse de las generaciones ya no está asegurado, sino que se corre el riesgo de que con el tiempo lleve a un empobrecimiento económico y a una pérdida de esperanza en el futuro. El avance de las biotecnologías también ha tenido un fuerte impacto sobre la natalidad.

El desafío para la pastoral

11. En este contexto la Iglesia siente la necesidad de decir una palabra de verdad y de esperanza. Es preciso partir de la convicción de que el hombre viene de Dios y, por tanto, de que una reflexión capaz de volver a proponer las grandes preguntas acerca del significado del ser hombres, encontrará un terreno fértil en las expectativas más profundas de la humanidad. Los grandes valores del matrimonio y de la familia cristiana corresponden a la búsqueda que impregna la existencia humana también en este tiempo marcado por el individualismo y el hedonismo. Hay que acoger a las personas con su existencia concreta, saber sostener su búsqueda, alentar el deseo de Dios y la voluntad de sentirse plenamente parte de la Iglesia, incluso en quien ha experimentado el fracaso o se encuentra en las situaciones más disparatadas. El mensaje cristiano siempre lleva en sí mismo la realidad y la dinámica de la misericordia y de la verdad, que en Cristo convergen.

II Parte

La mirada fija en Cristo: el Evangelio de la familia

La mirada fija en Jesús y la pedagogía divina en la historia de la salvación

12. A fin de «verificar nuestro paso en el terreno de los desafíos contemporáneos, la condición decisiva es mantener fija la mirada en Jesucristo, detenerse en la contemplación y en la adoración de su rostro [...]. En efecto, cada vez que volvemos a la fuente de la experiencia cristiana se abren

caminos nuevos y posibilidades inesperadas» (Papa Francisco, *Discurso del 4 de octubre de 2014*). Jesús miró a las mujeres y a los hombres con los que se encontró con amor y ternura, acompañando sus pasos con verdad, paciencia y misericordia, al anunciar las exigencias del Reino de Dios.

13. Puesto que el orden de la creación está determinado por la orientación a Cristo, hay que distinguir sin separar los diversos grados mediante los cuales Dios comunica a la humanidad la gracia de la alianza. En razón de la pedagogía divina, según la cual el orden de la creación evoluciona en el de la redención mediante etapas sucesivas, es necesario comprender la novedad del sacramento nupcial cristiano en continuidad con el matrimonio natural de los orígenes. Así aquí se entiende el modo de actuar salvífico de Dios, tanto en la creación como en la vida cristiana. En la creación: puesto que todas las cosas fueron creadas por medio de Cristo y para Cristo (cfr. *Col 1,16*), los cristianos deben «descubrir gozosa y respetuosamente las semillas del Verbo latentes en ellas; pero, al mismo tiempo, deben estar atentos a la profunda transformación que se produce entre las gentes» (*Ad Gentes*, 11). En la vida cristiana: en cuanto con el bautismo el creyente es introducido en la Iglesia mediante la Iglesia doméstica, que es su familia, él emprende ese «proceso dinámico, que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios» (*Familiaris Consortio*, 9), mediante la conversión continua al amor que salva del pecado y dona plenitud de vida.

14. Jesús mismo, refiriéndose al designio primigenio sobre el hombre y la mujer, reafirma la unión indisoluble entre ellos, si bien diciendo que «por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero, al principio, no era así» (*Mt 19,8*). La indisolubilidad del matrimonio («Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» *Mt 19,6*), no hay que

entenderla ante todo como un “yugo” impuesto a los hombres sino como un “don” hecho a las personas unidas en matrimonio. De ese modo, Jesús muestra que la condescendencia divina acompaña siempre el camino humano, sana y transforma el corazón endurecido con su gracia, orientándolo hacia su principio, a través del camino de la cruz. De los Evangelios emerge claramente el ejemplo de Jesús, que es paradigmático para la Iglesia. Jesús, en efecto, asumió una familia, inició sus milagros en la fiesta nupcial en Caná, anunció el mensaje concerniente al significado del matrimonio como plenitud de la revelación que recupera el proyecto originario de Dios (cfr. *Mt* 19,3). Sin embargo, al mismo tiempo puso en práctica la doctrina enseñada, manifestando así el verdadero significado de la misericordia. Esto se ve claramente en los encuentros con la samaritana (cfr. *Jn* 4,1-30) y con la adúltera (cfr. *Jn* 8,1-11) en los que Jesús, con una actitud de amor hacia la persona pecadora, lleva al arrepentimiento y a la conversión («Anda, y en adelante no peques más»), condición para el perdón.

La familia en el designio salvífico de Dios

15. Las palabras de vida eterna que Jesús dejó a sus discípulos comprendían la enseñanza sobre el matrimonio y la familia. Esta enseñanza de Jesús nos permite distinguir tres etapas fundamentales en el proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia. Al inicio, está la familia de los orígenes, cuando Dios creador instituyó el matrimonio primordial entre Adán y Eva, como sólido fundamento de la familia. Dios no sólo creó al ser humano hombre y mujer (cfr. *Gén* 1,27), sino que los bendijo para que fueran fecundos y se multiplicaran (cfr. *Gén* 1,28). Por esto, «abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (*Gén* 2,24). Esta unión, dañada por el pecado, se convirtió en la forma histórica de matrimonio en el Pueblo

de Dios, por lo cual Moisés concedió la posibilidad de escribir un acta de divorcio (cfr. *Dt* 24, 1ss). Dicha forma era predominante en tiempos de Jesús. Con su venida y la reconciliación del mundo caído gracias a la redención que Él obró, terminó la era inaugurada con Moisés.

16. Jesús, que reconcilió cada cosa en sí misma, volvió a llevar el matrimonio y la familia a su forma original (cfr. *Mc* 10,1-12). La familia y el matrimonio fueron redimidos por Cristo (cfr. *Ef* 5,21-32), restaurados a imagen de la Santísima Trinidad, misterio del que brota todo amor verdadero. La alianza esponsal, inaugurada en la creación y revelada en la historia de la salvación, recibe la plena revelación de su significado en Cristo y en su Iglesia. De Cristo mediante la Iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia necesaria para testimoniar el amor de Dios y vivir la vida de comunión. El Evangelio de la familia atraviesa la historia del mundo desde la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (cfr. *Gén* 1, 26-27) hasta el cumplimiento del misterio de la Alianza en Cristo al final de los siglos con las bodas del Cordero (cfr. *Ap* 19,9; Juan Pablo II, *Catequesis sobre el amor humano*).

La familia en los documentos de la Iglesia

17. «A lo largo de los siglos, la Iglesia no ha dejado de ofrecer su enseñanza constante sobre el matrimonio y la familia. Una de las expresiones más altas de este Magisterio la propuso el Concilio Ecuménico Vaticano II, en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, que dedica un capítulo entero a la promoción de la dignidad del matrimonio y la familia (cfr. *Gaudium et Spes*, 47-52). Define el matrimonio como comunidad de vida y de amor (cfr. *Gaudium et Spes*, 48), poniendo el amor en el centro de la familia, mostrando, al mismo tiempo, la verdad de ese amor frente a las diversas formas de reduccionismo presentes en la cul-



tura contemporánea. El “verdadero amor entre marido y mujer” (*Gaudium et Spes*, 49) implica la entrega mutua, incluye e integra la dimensión sexual y la afectividad, conformemente al designio divino (cfr. *Gaudium et Spes*, 48-49). Además, *Gaudium et Spes* 48 subraya el arraigo en Cristo de los esposos: Cristo Señor “sale al encuentro de los esposos cristianos en el sacramento del matrimonio”, y permanece con ellos. En la encarnación, Él asume el amor humano, lo purifica, lo lleva a plenitud, y dona a los esposos, con su Espíritu, la capacidad de vivirlo, impregnando toda su vida de fe, esperanza y caridad. De este modo, los esposos son consagrados y, mediante una gracia propia, edifican el Cuerpo de Cristo y constituyen una Iglesia doméstica (cfr. *Lumen Gentium*, 11), de manera que la Iglesia, para comprender plenamente su misterio, mira a la familia cristiana, que lo manifiesta de modo genuino» (*Instrumentum Laboris*, 4).

18. «Siguiendo las huellas del Concilio Vaticano II, el Magisterio pontificio ha ido profundizando la doctrina sobre el matrimonio y la familia. En particular Pablo VI, con la Encíclica *Humanae Vitae*, puso de relieve el vínculo íntimo entre amor conyugal y engendramiento de la vida. San Juan Pablo II dedicó especial atención a la familia mediante sus catequesis sobre el amor humano, la Carta a las familias (*Gratissimam Sane*) y sobre todo con la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*. En esos documentos, el Pontífice definió a la familia “vía de la Iglesia”; ofreció una visión de conjunto sobre la vocación al amor del hombre y la mujer; propuso las líneas fundamentales para la pastoral de la familia y para la presencia de la familia en la sociedad. En particular, tratando de la caridad conyugal (cfr. *Familiaris Consortio*, 13), describió el modo como los cónyuges, en su mutuo amor, reciben el don del Espíritu de Cristo y viven su llamada a la santidad» (*Instrumentum Laboris*, 5).

19. «Benedicto XVI, en la Encíclica *Deus Caritas Est*, retomó el tema de la verdad del amor entre hombre y mujer, que se ilumina plenamente sólo a la luz del amor de Cristo crucificado (cfr. *Deus Caritas Est*, 2). Él recalca que: “El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano” (*Deus Caritas Est*, 11). Además, en la Encíclica *Caritas in Veritate*, pone de relieve la importancia del amor como principio de vida en la sociedad (cfr. *Caritas in Veritate*, 44), lugar en el que se aprende la experiencia del bien común» (*Instrumentum Laboris*, 6).

20. «El Papa Francisco, en la Encíclica *Lumen Fidei*, al afrontar el vínculo entre la familia y la fe, escribe: “El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades” (*Lumen Fidei*, 53)» (*Instrumentum Laboris*, 7).

La indisolubilidad del matrimonio y el gozo de vivir juntos

21. El don recíproco constitutivo del matrimonio sacramental arraiga en la gracia del bautismo, que establece la alianza fundamental de toda persona con Cristo en la Iglesia. En la acogida mutua y con la gracia de Cristo los novios se prometen entrega total, fidelidad y apertura a la vida, y además reconocen como elementos constitutivos del matrimonio los dones que Dios les ofrece, tomando en serio su mutuo compromiso, en su nombre y frente a la Iglesia. Ahora bien, la fe permite asumir los bienes del matrimonio como compromisos que se pueden sostener mejor mediante la ayuda

de la gracia del sacramento. Dios consagra el amor de los esposos y confirma su indisolubilidad, ofreciéndoles la ayuda para vivir la fidelidad, la integración recíproca y la apertura a la vida. Por tanto, la mirada de la Iglesia se dirige a los esposos como al corazón de toda la familia, que a su vez dirige su mirada hacia Jesús.

22. En la misma perspectiva, haciendo nuestra la enseñanza del Apóstol según el cual todo fue creado por Cristo y para Cristo (cfr. *Col 1,16*), el Concilio Vaticano II quiso expresar su estima por el matrimonio natural y por los elementos válidos presentes en las otras religiones (cfr. *Nostra Aetate*, 2) y en las culturas, a pesar de sus límites e insuficiencias (cfr. *Redemptoris Missio*, 55). La presencia de los *semina Verbi* en las culturas (cfr. *Ad Gentes*, 11) también se podría aplicar, en ciertos aspectos, a la realidad matrimonial y familiar de numerosas culturas y de personas no cristianas. Por tanto, también hay elementos válidos en algunas formas fuera del matrimonio cristiano –siempre fundado en la relación estable y verdadera entre un hombre y una mujer–, que en cualquier caso consideramos orientadas a éste. Con la mirada puesta en la sabiduría humana de pueblos y culturas, la Iglesia reconoce también esta familia como la célula básica necesaria y fecunda de la convivencia humana.

Verdad y belleza de la familia y misericordia para con las familias heridas y frágiles

23. Con íntimo gozo y profunda consolación, la Iglesia mira a las familias que permanecen fieles a las enseñanzas del Evangelio, agradeciéndoles el testimonio que dan y alentándolas. Gracias a ellas, en efecto, se hace creíble la belleza del matrimonio indisoluble y fiel para siempre. En la familia, «que se podría llamar Iglesia doméstica» (*Lumen Gentium*, 11), madura la primera experiencia eclesial de la comunión entre personas, en la que se refleja, por gracia, el

misterio de la Santa Trinidad. «Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de la propia vida» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1657). En esto la Santa Familia de Nazaret es el modelo admirable, en cuya escuela «se comprende la necesidad de tener una disciplina espiritual, si se quiere seguir la doctrina del Evangelio y llegar a ser discípulos de Cristo» (Pablo VI, *Discurso en Nazaret*, 5 de enero de 1964). El Evangelio de la familia, alimenta también estas semillas que todavía esperan madurar, y tiene que hacerse cargo de los árboles que han perdido vitalidad y necesitan que no se les descuide.

24. La Iglesia, maestra segura y madre atenta, aunque reconozca que para los bautizados no hay otro vínculo nupcial que no sea el sacramental, y que toda ruptura de éste va contra la voluntad de Dios, también es consciente de la fragilidad de muchos de sus hijos, a los que les cuesta el camino de la fe. «Por lo tanto, sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día. [...] Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades. A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas» (*Evangelii Gaudium*, 44).

25. Respecto a un enfoque pastoral dirigido a las personas que han contraído matrimonio civil, que son divorciados y vuelven a casar, o que simplemente conviven, compete a la Iglesia revelarles la divina pedagogía de la gracia en sus vidas y ayudarles a alcanzar la plenitud del designio que Dios tiene para ellos. Siguiendo la mirada



de Cristo, cuya luz alumbra a todo hombre (cfr. *Jn* 1,9; *Gaudium et Spes*, 22) la Iglesia mira con amor a quienes participan en su vida de modo incompleto, reconociendo que la gracia de Dios también obra en sus vidas, dándoles la valentía para hacer el bien, para hacerse cargo con amor el uno del otro y estar al servicio de la comunidad en la que viven y trabajan.

26. La Iglesia guarda con preocupación a la desconfianza de tantos jóvenes hacia el compromiso conyugal, sufre por la precipitación con la que tantos fieles deciden poner fin al vínculo asumido, instaurando otro. Estos fieles, que forman parte de la Iglesia, necesitan una atención pastoral misericordiosa y alentadora, distinguiendo adecuadamente las situaciones. Es preciso alentar a los jóvenes bautizados a no dudar ante la riqueza que el sacramento del matrimonio procura a sus proyectos de amor, con la fuerza del sostén que reciben de la gracia de Cristo y de la posibilidad de participar plenamente en la vida de la Iglesia.

27. En ese sentido, una dimensión nueva de la pastoral familiar hodierna consiste en prestar atención a la realidad de los matrimonios civiles entre hombre y mujer, a los matrimonios tradicionales y, salvando las debidas diferencias, también a las convivencias. Cuando la unión alcanza una estabilidad notable mediante un vínculo público, está connotada de afecto profundo, de responsabilidad por la prole, de capacidad de superar las pruebas, puede ser vista como una ocasión de acompañamiento en la evolución hacia el sacramento del matrimonio. En cambio, con mucha frecuencia, la convivencia no se establece con vistas a un posible futuro matrimonio, sino más bien sin ninguna intención de entablar una relación institucional.

28. Conforme a la mirada misericordiosa de Jesús, la Iglesia debe acompañar con atención y cuidado a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extra-

viado, dándoles de nuevo confianza y esperanza, como la luz del faro de un puerto o de una antorcha llevada en medio de la gente para iluminar a quienes han perdido el rumbo o se encuentran en medio de la tempestad. Conscientes de que la mayor misericordia es decir la verdad con amor, vayamos más allá de la compasión. El amor misericordioso, al igual que atrae y une, transforma y eleva. Invita a la conversión. Así entendemos la enseñanza del Señor, que no condena a la mujer adúltera, pero le pide que no peque más (cfr. *Jn* 8,1-11).

III Parte

La confrontación: perspectivas pastorales

Anunciar el Evangelio de la familia hoy, en los diversos contextos

29. El diálogo sinodal se detuvo en algunas cuestiones pastorales más urgentes que encomendar a la concretización en cada una de las Iglesias locales, en la comunión *cum Petro et sub Petro*. El anuncio del Evangelio de la familia constituye una urgencia para la nueva evangelización. La Iglesia está llamada a darlo con ternura de madre y claridad de maestra (cfr. *Ef* 4,15), en fidelidad a la *kenosi* misericordiosa de Cristo. La verdad se encarna en la fragilidad humana no para condenarla, sino para salvarla (cfr. *Jn* 3,16 -17).

30. Evangelizar es responsabilidad de todo el pueblo de Dios, cada uno según su propio ministerio y carisma. Sin el testimonio gozoso de los cónyuges y de las familias, Iglesias domésticas, el anuncio, aunque fuese correcto, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras que caracteriza nuestra sociedad (cfr. *Novo Millennio Ineunte*, 50). Los Padres sinodales hicieron hincapié en más de una ocasión en que las familias católicas, en virtud de la gracia del sacramento nupcial, están llamadas a ser sujetos activos de la pastoral familiar.

31. Es decisivo resaltar la primacía de la gracia y, por tanto, las posibilidades que el Espíritu dona en el sacramento. Se trata de hacer experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que «llena el corazón y la vida entera», porque en Cristo somos «liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento» (*Evangelii Gaudium*, 1). A la luz de la parábola del sembrador (cfr. *Mt* 13,3-9), nuestra tarea es cooperar en la siembra: lo demás es obra de Dios. Tampoco hay que olvidar que la Iglesia que predica sobre la familia es signo de contradicción.

32. Esto exige a toda la Iglesia una conversión misionera: es necesario no quedarse en un anuncio meramente teórico y desvinculado de los problemas reales de las personas. Nunca hay que olvidar que la crisis de la fe ha conllevado una crisis del matrimonio y de la familia y, como consecuencia, a menudo se ha interrumpido incluso la transmisión de la fe de padres a hijos. Ante una fe fuerte la imposición de algunas perspectivas culturales que debilitan la familia y el matrimonio no tiene incidencia.

33. Asimismo, se requiere la conversión del lenguaje a fin de que resulte efectivamente significativo. El anuncio debe hacer experimentar que el Evangelio de la familia responde a las expectativas más profundas de la persona humana: a su dignidad y a la realización plena en la reciprocidad, en la comunión y en la fecundidad. No se trata solamente de presentar una normativa, sino de proponer valores, respondiendo a la necesidad que se constata hoy, incluso en los países más secularizados, de tales valores.

34. La Palabra de Dios es fuente de vida y espiritualidad para la familia. Toda la pastoral familiar deberá dejarse modelar interiormente y formar a los miembros de la Iglesia doméstica mediante la lectura orante y eclesial de la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios no sólo es una buena nueva para la vida privada de las personas, sino también

un criterio de juicio y una luz para el discernimiento de los diversos desafíos que deben afrontar los cónyuges y las familias.

35. Al mismo tiempo, muchos Padres sinodales han insistido en un enfoque más positivo respecto a las riquezas de las diferentes experiencias religiosas, sin acallar las dificultades. En estas diversas realidades religiosas y en la gran diversidad cultural que caracteriza a las naciones es oportuno apreciar primero las posibilidades positivas y a la luz de éstas valorar los límites y carencias.

36. El matrimonio cristiano es una vocación que se acoge con una adecuada preparación en un itinerario de fe, con un discernimiento maduro, y no hay que considerarlo sólo como una tradición cultural o una exigencia social o jurídica. Por tanto, es preciso realizar itinerarios que acompañen a la persona y a los esposos de modo que a la comunicación de los contenidos de la fe se una la experiencia de vida ofrecida por toda la comunidad eclesial.

37. Se ha recordado repetidamente la necesidad de una renovación radical de la praxis pastoral a la luz del Evangelio de la familia, superando los enfoques individualistas que todavía la caracterizan. Por esto, se ha insistido en varias ocasiones sobre la renovación de la formación de los presbíteros, los diáconos, los catequistas y los demás agentes pastorales, mediante una mayor implicación de las mismas familias.

38. Asimismo se ha subrayado la necesidad de una evangelización que denuncie con franqueza los condicionamientos culturales, sociales, políticos y económicos, como el espacio excesivo concedido a la lógica de mercado, que impiden una auténtica vida familiar, determinando discriminaciones, pobreza, exclusiones y violencia. Para ello, hay que entablar un diálogo y una cooperación con las estructuras sociales, así como alentar y sostener a los laicos que se comprometen, como cristianos, en el ámbito cultural y sociopolítico.



Guiar a los prometidos en el camino de preparación al matrimonio

39. La compleja realidad social y los desafíos que la familia está llamada a afrontar hoy requieren un compromiso mayor de toda la comunidad cristiana para la preparación de los prometidos al matrimonio. Es preciso recordar la importancia de las virtudes. Entre éstas, la castidad resulta condición preciosa para el crecimiento genuino del amor interpersonal. Respecto a esta necesidad, los Padres sinodales eran concordes en subrayar la exigencia de una mayor implicación de toda la comunidad, privilegiando el testimonio de las familias, además de un arraigo de la preparación al matrimonio en el camino de iniciación cristiana, haciendo hincapié en el nexo del matrimonio con el bautismo y los otros sacramentos. Del mismo modo, se puso de relieve la necesidad de programas específicos para la preparación próxima al matrimonio que sean una auténtica experiencia de participación en la vida eclesial y profundicen en los diversos aspectos de la vida familiar.

Acompañar en los primeros años de la vida matrimonial

40. Los primeros años de matrimonio son un período vital y delicado durante el cual los cónyuges crecen en la conciencia de los desafíos y del significado del matrimonio. De aquí la exigencia de un acompañamiento pastoral que continúe después de la celebración del sacramento (cfr. *Familiaris Consortio*, parte III). Resulta de gran importancia en esta pastoral la presencia de esposos con experiencia. La parroquia se considera el lugar donde los cónyuges expertos pueden ofrecer su disponibilidad a ayudar a los más jóvenes, con el eventual apoyo de asociaciones, movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Hay que alentar a los esposos a una actitud fundamental de acogida del gran don de los hijos. Es preciso resaltar la importancia de la espiritualidad familiar, de la oración y de la partici-

pación en la Eucaristía dominical, alentando a los cónyuges a reunirse regularmente para que crezca la vida espiritual y la solidaridad en las exigencias concretas de la vida. Liturgias, prácticas de devoción y Eucaristías celebradas para las familias, sobre todo en el aniversario del matrimonio, se citaron como ocasiones vitales para favorecer la evangelización mediante la familia.

Solicitud pastoral por quienes viven en el matrimonio civil o en convivencias

41. El Sínodo anuncia y promueve el matrimonio cristiano, a la vez que alienta el discernimiento pastoral de las situaciones de tantas personas que ya no viven esta realidad. Es importante entrar en diálogo pastoral con ellas a fin de poner de relieve los elementos de su vida que puedan llevar a una mayor apertura al Evangelio del matrimonio en su plenitud. Los pastores deben identificar elementos que favorezcan la evangelización y el crecimiento humano y espiritual. Una sensibilidad nueva de la pastoral hodierna, consiste en identificar los elementos positivos presentes en los matrimonios civiles y, salvadas las debidas diferencias, en las convivencias. Es preciso que en la propuesta eclesial, aun afirmando con claridad el mensaje cristiano, indiquemos también los elementos constructivos en aquellas situaciones que todavía no corresponden o ya no corresponden a dicho mensaje.

42. Se observó también que en numerosos países un «creciente número de parejas conviven *ad experimentum*, sin matrimonio ni canónico, ni civil» (*Instrumentum Laboris*, 81). En algunos países esto sucede especialmente en el matrimonio tradicional, concertado entre familias y con frecuencia celebrado en diversas etapas. En otros países, en cambio, crece continuamente el número de quienes después de haber vivido juntos durante largo tiempo piden la celebración del matrimonio en la Iglesia. La simple convivencia a menudo se elige a causa de la mentalidad ge-

neral contraria a las instituciones y a los compromisos definitivos, pero también porque se espera adquirir una mayor seguridad existencial (trabajo y salario fijo). En otros países, por último, las uniones de hecho son muy numerosas, no sólo por el rechazo de los valores de la familia y del matrimonio, sino sobre todo por el hecho de que casarse se considera un lujo, por las condiciones sociales, de modo que la miseria material impulsa a vivir uniones de hecho.

43. Es preciso afrontar todas estas situaciones de manera constructiva, tratando de transformarlas en oportunidad de camino hacia la plenitud del matrimonio y de la familia a la luz del Evangelio. Se trata de acogerlas y acompañarlas con paciencia y delicadeza. Para ello es importante el testimonio atractivo de auténticas familias cristianas, como sujetos de la evangelización de la familia.

Cuidar de las familias heridas (separados, divorciados no vueltos a casar, divorciados vueltos a casar, familias monoparentales)

44. Cuando los esposos experimentan problemas en sus relaciones, deben poder contar con la ayuda y el acompañamiento de la Iglesia. La pastoral de la caridad y la misericordia tratan de recuperar a las personas y las relaciones. La experiencia muestra que, con una ayuda adecuada y con la acción de reconciliación de la gracia, un gran porcentaje de crisis matrimoniales se superan de manera satisfactoria. Saber perdonar y sentirse perdonados es una experiencia fundamental en la vida familiar. El perdón entre los esposos permite experimentar un amor que es para siempre y no acaba nunca (cfr. *1 Cor* 13,8). Sin embargo, a veces resulta difícil para quien ha recibido el perdón de Dios tener la fuerza para ofrecer un perdón auténtico que regenere a la persona.

45. En el Sínodo resonó con claridad la necesidad de opciones pastorales valien-

tes. Reconfirmando con fuerza la fidelidad al Evangelio de la familia y reconociendo que separación y divorcio siempre son una herida que provoca profundos sufrimientos para los cónyuges que los viven y para los hijos, los Padres sinodales señalaron la urgencia de caminos pastorales nuevos, que partan de la realidad efectiva de las fragilidades familiares, sabiendo que con frecuencia más bien son “soportadas” con sufrimiento que elegidas en plena libertad. Se trata de situaciones diversas por factores tanto personales como culturales y socioeconómicos. Hace falta una mirada que discierna bien las situaciones, como sugería san Juan Pablo II (cfr. *Familiaris Consortio*, 84).

46. Ante todo, hay que escuchar a cada familia con respeto y amor, haciéndose compañeros de camino como Cristo con los discípulos en el camino de Emaús. Valen especialmente para estas situaciones las palabras del Papa Francisco: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este “arte del acompañamiento”, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cfr. *Ex* 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (*Evangelii Gaudium*, 169).

47. Un discernimiento particular es indispensable para acompañar pastoralmente a los separados, los divorciados, los abandonados. Hay que acoger y valorar especialmente el dolor de quienes han sufrido injustamente la separación, el divorcio o el abandono, o bien, se han visto obligados por los maltratos del cónyuge a romper la convivencia. El perdón por la injusticia sufrida no es fácil, pero es un camino que la gracia hace posible. De aquí la necesidad de una pastoral de la reconciliación y de la mediación, a través de centros de escucha especializados que habría que establecer en



las diócesis. Asimismo, siempre hay que subrayar que es indispensable hacerse cargo de manera leal y constructiva de las consecuencias de la separación o del divorcio sobre los hijos, en cualquier caso víctimas inocentes de la situación. Los hijos no pueden ser un “objeto” que contenderse y hay que buscar las mejores formas para que puedan superar el trauma de la escisión familiar y crecer de la manera más serena posible. En cada caso la Iglesia siempre deberá poner de relieve la injusticia que con mucha frecuencia deriva de la situación del divorcio. Hay que prestar especial atención al acompañamiento de las familias monoparentales; en particular, hay que ayudar a las mujeres que deben llevar adelante solas la responsabilidad de la casa y la educación de los hijos.

48. Un gran número de los Padres subrayó la necesidad de hacer más accesibles y ágiles, posiblemente totalmente gratuitos, los procedimientos para el reconocimiento de los casos de nulidad. Entre las propuestas se indicaron: dejar atrás la necesidad de la doble sentencia conforme; la posibilidad de determinar una vía administrativa bajo la responsabilidad del Obispo diocesano; un juicio sumario a poner en marcha en los casos de nulidad notoria. Sin embargo, algunos Padres se manifiestan contrarios a estas propuestas porque no garantizarían un juicio fiable. Cabe recalcar que en todos estos casos se trata de comprobación de la verdad acerca de la validez del vínculo. Según otras propuestas, habría que considerar la posibilidad de dar relevancia al rol de la fe de los prometidos en orden a la validez del sacramento del matrimonio, teniendo presente que entre bautizados todos los matrimonios válidos son sacramento.

49. Acerca de las causas matrimoniales, la agilización del procedimiento –requerido por muchos– además de la preparación de suficientes agentes, clérigos y laicos con dedicación prioritaria, exige resaltar la responsabilidad del Obispo dioce-

sano, quien en su diócesis podría encargar a consultores debidamente preparados que aconsejaran gratuitamente a las partes acerca de la validez de su matrimonio. Dicha función puede ser desempeñada por una oficina o por personas calificadas (cfr. *Dignitas Connubii*, art. 113, 1).

50. Hay que alentar a las personas divorciadas que no se han vuelto a casar –que a menudo son testigos de la fidelidad matrimonial– a encontrar en la Eucaristía el alimento que las sostenga en su estado. La comunidad local y los Pastores deben acompañar a estas personas con solicitud, sobre todo cuando hay hijos o su situación de pobreza es grave.

51. Las situaciones de los divorciados vueltos a casar también exigen un atento discernimiento y un acompañamiento con gran respeto, evitando todo lenguaje y actitud que los haga sentir discriminados y promoviendo su participación en la vida de la comunidad. Hacerse cargo de ellos, para la comunidad cristiana no implica un debilitamiento de su fe y de su testimonio acerca de la indisolubilidad matrimonial, es más, en ese cuidado expresa precisamente su caridad.

52. Se reflexionó sobre la posibilidad de que los divorciados y vueltos a casar accediesen a los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. Varios Padres sinodales insistieron en favor de la disciplina actual, en virtud de la relación constitutiva entre la participación en la Eucaristía y la comunión con la Iglesia y su enseñanza sobre el matrimonio indisoluble. Otros se expresaron en favor de una acogida no generalizada a la mesa eucarística, en algunas situaciones particulares y con condiciones bien precisas, sobre todo cuando se trata de casos irreversibles y vinculados a obligaciones morales para con los hijos, quienes terminarían por padecer injustos sufrimientos. El eventual acceso a los sacramentos debería ir precedido de un camino penitencial bajo la responsabilidad

del Obispo diocesano. Todavía es necesario profundizar la cuestión, teniendo bien presente la distinción entre situación objetiva de pecado y circunstancias atenuantes, dado que «la imputabilidad y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas» a causa de diversos «factores psíquicos o sociales» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1735).

53. Algunos Padres sostuvieron que las personas divorciadas y vueltas a casar o convivientes pueden recurrir provechosamente a la comunión espiritual. Otros Padres se preguntaron porque entonces no pueden acceder a la comunión sacramental. Se requiere, por tanto, una profundización de la temática que haga emerger la peculiaridad de las dos formas y su conexión con la teología del matrimonio.

54. Las intervenciones de los Padres sinodales hicieron referencia a menudo a las problemáticas relativas a los matrimonios mixtos. La diversidad de la disciplina matrimonial de las Iglesias ortodoxas en algunos contextos plantea problemas acerca de los cuales es necesario reflexionar en ámbito ecuménico. Análogamente para los matrimonios interreligiosos será importante la contribución del diálogo con las religiones.

La atención pastoral por las personas con orientación homosexual

55. Algunas familias viven la experiencia de tener en su seno personas con orientación homosexual. Al respecto, la Asamblea se interrogó sobre qué atención pastoral es oportuna frente a esta situación, refiriéndose a lo que enseña la Iglesia: «No existe ningún fundamento para asimilar o establecer analogías, ni siquiera remotas, entre las uniones homosexuales y el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia». No obstante, los hombres y mujeres con tendencias homosexuales deben ser acogidos con respeto y delicadeza. «Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discrimina-

ción injusta» (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Consideraciones acerca de los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales*, 4).

56. Es del todo inaceptable que los Pastores de la Iglesia sufran presiones en esta materia y que los organismos internacionales condicionen las ayudas financieras a los países pobres a la introducción de leyes que instituyan el “matrimonio” entre personas del mismo sexo.

La transmisión de la vida y el desafío de la disminución de la natalidad

57. No es difícil constatar que se está difundiendo una mentalidad que reduce la generación de la vida a una variable de los proyectos individuales o de los cónyuges. Los factores de orden económico ejercen un peso a veces determinante, contribuyendo a la fuerte disminución de la natalidad que debilita el tejido social, compromete la relación entre las generaciones y hace más incierta la mirada sobre el futuro. La apertura a la vida es exigencia intrínseca del amor conyugal. En esta perspectiva, la Iglesia sostiene a las familias que acogen, educan y rodean con su afecto a los hijos diversamente hábiles.

58. También en este ámbito es necesario partir de la escucha de las personas y dar razón de la belleza y de la verdad de una apertura incondicional a la vida, necesaria para que el amor humano sea vivido en plenitud. Sobre esta base puede apoyarse una enseñanza adecuada sobre los métodos naturales para la procreación responsable. Dicha enseñanza ayuda a vivir de manera armoniosa y consciente la comunión entre los cónyuges, en todas sus dimensiones, junto a la responsabilidad generativa. Es preciso redescubrir el mensaje de la Encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI, que hace hincapié en la necesidad de respetar la dignidad de la persona en la valoración moral de los métodos de regulación de la natali-



dad. La adopción de niños, huérfanos y abandonados, acogidos como hijos propios, es una forma específica de apostolado familiar (cfr. *Apostolicam Actuositatem*, 11), repetidamente recordada y alentada por el magisterio (cfr. *Familiaris Consortio*, 41; *Evangelium Vitae*, 93). La opción de la adopción y de la acogida expresa una fecundidad particular de la experiencia conyugal, no sólo cuando se ve marcada por la esterilidad. Esta opción es signo elocuente del amor familiar, ocasión para testimoniar la propia fe y devolver dignidad filial a quien ha sido privado de ella.

59. Es necesario ayudar a vivir la afectividad, también en el vínculo conyugal, como un camino de maduración, siempre en la más profunda acogida del otro y en una entrega cada vez más plena. En ese sentido, cabe subrayar la necesidad de ofrecer itinerarios formativos que alimenten la vida conyugal y la importancia de un laicado que ofrezca un acompañamiento a partir de un testimonio vivo. Es de gran ayuda el ejemplo de un amor fiel y profundo lleno de ternura y respeto, capaz de crecer en el tiempo y que en su apertura concreta a la generación de la vida haga experiencia de un misterio que nos trasciende.

El desafío de la educación y el rol de la familia en la evangelización

60. Uno de los desafíos fundamentales frente al que se encuentran las familias de hoy es seguramente el desafío educativo, todavía más arduo y complejo a causa de la realidad cultural actual y de la gran influencia de los medios de comunicación. Hay que tener en debida cuenta las exigencias y expectativas de familias capaces de ser en la vida cotidiana, lugares de crecimiento, de concreta y esencial transmisión de las virtudes que dan forma a la existencia. Esto indica que los padres puedan elegir libremente el tipo de educación que dar a sus hijos según sus convicciones.

61. La Iglesia desempeña un rol precioso de apoyo a las familias, partiendo de la iniciación cristiana, a través de comunidades acogedoras. Se le pide, hoy más que nunca, tanto en las situaciones complejas como en las ordinarias, que sostenga a los padres en su empeño educativo, acompañando a los niños, muchachos y jóvenes en su crecimiento mediante itinerarios personalizados, que introduzcan al sentido pleno de la vida y susciten decisiones y responsabilidad, vividas a la luz del Evangelio. María, en su ternura, misericordia, sensibilidad materna puede alimentar el hambre de humanidad y vida; por eso la invocan las familias y el pueblo cristiano. La pastoral y una devoción mariana son un punto de partida oportuno para anunciar el Evangelio de la familia.

Conclusión

62. Las reflexiones propuestas, fruto del trabajo sinodal que tuvo lugar en un clima de gran libertad y en un estilo de escucha mutua, desean plantear cuestiones e indicar perspectivas que deberán ser maduradas y precisadas por la reflexión de las Iglesias locales durante el año que nos separa de la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos prevista para octubre de 2015, dedicada a la vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo. No se trata de decisiones tomadas ni de perspectivas fáciles. Sin embargo, el camino colegial de los Obispos y la implicación de todo el pueblo de Dios bajo la acción del Espíritu Santo, con la mirada puesta en el modelo de la Santa Familia, podrán guiarnos a encontrar caminos de verdad y de misericordia para todos. Es el deseo que nos expresó el Papa Francisco desde el inicio de nuestros trabajos, invitándonos a la valentía de la fe y a la acogida humilde y honrada de la verdad en la caridad.

Preguntas sobre la recepción y la profundización de la *Relatio Synodi*

Pregunta previa referida a todas las secciones de la *Relatio Synodi*

*¿La descripción de la realidad de la familia presente en la *Relatio Synodi* corresponde a lo que se observa en la Iglesia y en la sociedad de hoy? ¿qué aspectos ausentes pueden integrarse?*

Primera parte

La escucha: el contexto y los desafíos de la familia

Tal como se indica en la introducción (núms. 1-4), el Sínodo extraordinario deseaba dirigirse a todas las familias del mundo, quería participar de sus alegrías, fatigas y esperanzas. A las numerosas familias cristianas fieles a su vocación, el Sínodo dirigió una mirada especial de reconocimiento, alentándolas a participar todavía con más decisión en esta hora de la "Iglesia en salida", redescubriéndose como sujeto imprescindible de la evangelización, sobre todo cuando se trata de alimentar para ellas mismas y para las familias con dificultades el "deseo de familia", que permanece siempre vivo y que es el fundamento de la convicción de cuán necesario es "volver a partir de la familia" para anunciar con eficacia el núcleo del Evangelio.

El renovado camino trazado por el Sínodo extraordinario se inserta en el contexto eclesial más amplio indicado en la exhortación *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco, es decir, partiendo de las "periferias existenciales", con una pastoral caracterizada por la "cultura del encuentro", capaz de reconocer la obra libre del Señor incluso fuera de nuestros esquemas habituales y de asumir, sin avergonzarse, la condición de "hospital de campo", tan beneficiosa para al anuncio de la misericordia de Dios. A dichos desafíos responden los números de la primera parte de la *Relatio Synodi* donde están expuestos los aspectos que forman el marco de referencia más concreto sobre la situación real de las familias dentro del cual proseguir la reflexión.

Las preguntas que se proponen a continuación, con expresa referencia a los aspectos de la primera parte de la *Relatio Synodi*, desean facilitar el debido realismo en la reflexión de cada episcopado, evitando que sus respuestas puedan ser dadas según esquemas y perspectivas propias de una pastoral meramente aplicativa de la doctrina, que no respetaría las conclusiones de la Asamblea sinodal extraordinaria, y que alejaría su reflexión del camino ya trazado.

El contexto sociocultural (núms. 5-8)

1. *¿Cuáles son las iniciativas en acto y las programadas respecto a los desafíos que plantean a la familia las contradicciones culturales (cfr. núms. 6-7): aquellas iniciativas orientadas a despertar la presencia de Dios en la vida de las familias; aquellas dirigidas a educar y establecer relaciones interpersonales sólidas; aquellas que favorecen políticas sociales y económicas útiles a la familia; aquellas que alivian las dificultades relacionadas con la atención a los niños, los ancianos y los familiares enfermos; aquellas que afrontan el contexto cultural más específico en el que se compromete la Iglesia local?*

2. *¿Qué instrumentos de análisis se están empleando, y cuáles son los resultados más significativos respecto a los aspectos (positivos y negativos) del cambio antropológico cultural? (cfr. núm. 5). Entre tales resultados ¿se percibe la posibilidad de encontrar elementos comunes en el pluralismo cultural?*

3. *Además de anunciar y denunciar, ¿cuáles son las modalidades elegidas para estar presentes como Iglesia junto a las familias en las situaciones extremas? (cfr. núm.*



8). *¿Cuáles son las estrategias educativas para prevenirlas? ¿Qué se puede hacer para sostener y reforzar las familias creyentes, fieles al vínculo?*

4. *¿Cómo la acción pastoral de la Iglesia reacciona ante la difusión del relativismo cultural en la sociedad secularizada y ante el consiguiente rechazo de parte de muchas personas del modelo de familia formado por un hombre y una mujer unidos en el vínculo matrimonial y abierto a la procreación?*

La importancia de la vida afectiva (núms. 9-10)

5. *¿De qué modo, con qué actividades las familias cristianas contribuyen a testimoniar a las nuevas generaciones el progreso en la maduración afectiva? (cfr. núms. 9-10). ¿Cómo se podría mejorar la formación de los ministros ordenados respecto a estos temas? ¿Qué figuras de agentes de pastoral específicamente calificados se consideran más urgentes?*

El desafío para la pastoral (núm. 11)

6. *¿En qué proporción, y con qué medios, la pastoral familiar ordinaria se dirige a las personas lejanas? (cfr. núm. 11). ¿Qué líneas operativas se han predispuesto para suscitar y valorizar el "deseo de familia" que el Creador sembró en el corazón de cada persona, y está presente especialmente en los jóvenes, incluso en quien se encuentra en situaciones de familias no correspondientes a la visión cristiana? ¿Qué respuesta efectiva se tiene de la misión dirigida a ellos? Entre los no bautizados ¿cuán fuerte es la presencia de matrimonios naturales, incluso en relación al deseo de familia de los jóvenes?*

II Parte

La mirada fija en Cristo: el Evangelio de la familia

El Evangelio de la familia, que la Iglesia ha custodiado fielmente en la línea de la Revelación cristiana escrita y transmitida, exige ser anunciado en el mundo actual con

renovada alegría y esperanza, dirigiendo constantemente la mirada a Jesucristo. La vocación y la misión de la familia se configuran plenamente en el orden de la creación que evoluciona en el de la redención, sintetizado así en el deseo del Concilio: «Los propios cónyuges, finalmente, hechos a imagen de Dios vivo y constituidos en el verdadero orden de personas, vivan unidos, con el mismo cariño, modo de pensar idéntico y mutua santidad, para que, habiendo seguido a Cristo, principio de vida, en los gozos y sacrificios de su vocación por medio de su fiel amor, sean testigos de aquel misterio de amor que el Señor con su muerte y resurrección reveló al mundo» (*Gaudium et Spes*, 52; cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1533-1535).

Desde esta óptica, la finalidad de las preguntas que derivan de la *Relatio Synodi* es suscitar respuestas fieles y valientes en los Pastores y en el pueblo de Dios para un renovado anuncio del Evangelio de la familia.

La mirada fija en Jesús y la pedagogía divina en la historia de la salvación (núms. 12-14)

Aceptando la invitación del Papa Francisco, la Iglesia mira a Cristo en su permanente verdad e inagotable novedad, que ilumina también a cada familia. «Cristo es el "Evangelio eterno" (*Ap* 14,6), y es "el mismo ayer y hoy y para siempre" (*Hb* 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad» (*Evangelii Gaudium*, 11).

7. *La mirada fija en Cristo abre nuevas posibilidades. «En efecto, cada vez que volvemos a la fuente de la experiencia cristiana se abren caminos nuevos y posibilidades inesperadas» (núm. 12). ¿Cómo se utiliza la enseñanza de la Sagrada Escritura en la acción pastoral con las familias? ¿En qué medida esta mirada alimenta una pastoral familiar valiente y fiel?*

8. *¿Cuáles son los valores del matrimonio y de la familia que ven realizados en*

sus vidas los jóvenes y los cónyuges? ¿Y en qué forma? ¿Hay valores que podamos poner de relieve? (cfr. núm. 13) ¿Qué dimensiones de pecado hay que evitar y superar?

9. *¿Qué pedagogía humana es preciso considerar –en sintonía con la pedagogía divina– para comprender mejor qué se le pide a la pastoral de la Iglesia frente a la maduración de la vida de la pareja, hacia el futuro matrimonio? (cfr. núm. 13)*

10. *¿Qué hacer para mostrar la grandeza y belleza del don de la indisolubilidad, a fin de suscitar el deseo de vivirla y de construirla cada vez más? (cfr. núm. 14)*

11. *¿De qué modo se podría ayudar a comprender que la relación con Dios permite vencer las fragilidades inscritas también en las relaciones conyugales? (cfr. núm. 14). ¿Cómo testimoniar que la bendición de Dios acompaña todo verdadero matrimonio? ¿Cómo manifestar que la gracia del sacramento sostiene los esposos en todo el camino de su vida?*

La familia en el designio salvífico de Dios (núms. 15-16)

La vocación creatural al amor entre hombre y mujer recibe su forma completa del evento pascual de Cristo Señor, que se entrega sin reservas, haciendo de la Iglesia su Cuerpo místico. El matrimonio cristiano –que se alimenta de la gracia de Cristo– se convierte así, para aquellos que están llamados a esta vocación, en el camino que transitan hacia la perfección del amor, que es la santidad.

12. *¿Cómo se podría hacer comprender que el matrimonio cristiano corresponde a la disposición originaria de Dios y, por tanto, es una experiencia de plenitud y no de límite? (cfr. núm. 13)*

13. *¿Cómo concebir la familia como “Iglesia doméstica” (cfr. LG 11), sujeto y objeto de la acción evangelizadora al servicio del Reino de Dios?*

14. *¿Cómo promover la conciencia del compromiso misionero de la familia?*

La familia en los documentos de la Iglesia (núms. 17-20)

El Pueblo de Dios debería conocer mejor el magisterio eclesial en toda su riqueza. La espiritualidad conyugal se nutre de la enseñanza constante de los Pastores, que cuidan de su rebaño, y madura gracias a la escucha incesante de la Palabra de Dios, de los sacramentos de la fe y de la caridad.

15. *La familia cristiana vive ante la mirada amorosa del Señor y en la relación con Él crece como verdadera comunidad de vida y de amor. ¿Cómo desarrollar la espiritualidad de la familia, y cómo ayudar a las familias a ser lugar de vida nueva en Cristo? (cfr. núm. 21)*

16. *¿Cómo desarrollar y promover iniciativas de catequesis que den a conocer y ayuden a vivir las enseñanzas de la Iglesia sobre la familia, favoreciendo la superación de la distancia posible entre lo que se vive y lo que se profesa, y promoviendo caminos de conversión?*

La indisolubilidad del matrimonio y el gozo de vivir juntos (núms. 21-22)

«El genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios y ayudarlos y fortalecerlos en la sublime misión de la paternidad y la maternidad. Por ello los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortificados y como consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios» (*Gaudium et Spes*, 48).



17. *¿Cuáles son las iniciativas para comprender el valor del matrimonio indisoluble y fecundo como camino de plena realización personal? (cfr. núm. 21)*

18. *¿Cómo proponer la familia como lugar, único en muchos aspectos, para realizar la alegría de las personas?*

19. *El Concilio Vaticano II quiso expresar su estima por el matrimonio natural, renovando una antigua tradición eclesial. ¿En qué medida las pastorales diocesanas saben valorizar también esta sabiduría de los pueblos, como fundamental para la cultura y la sociedad común? (cfr. núm. 22).*

Verdad y belleza de la familia y misericordia para con las familias heridas y frágiles (núms. 23-28)

Después de haber considerado la belleza de los matrimonios que proceden bien y de las familias sólidas, y de haber apreciado el testimonio generoso de quienes han permanecido fieles al vínculo aun abandonados por el cónyuge, los pastores reunidos en el Sínodo se preguntaron –de modo abierto y valiente, no sin preocupación y cautela– qué mirada debe tener la Iglesia para los católicos que están unidos sólo con vínculo civil, para los que todavía conviven y para aquellos que, después de un válido matrimonio, se han divorciado y vuelto a casar civilmente.

Conscientes de los límites evidentes y de las imperfecciones presentes en situaciones tan distintas, los Padres asumieron positivamente la perspectiva indicada por el Papa Francisco, según la cual «sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día» (*Evangelii Gaudium*, 44).

20. *¿Cómo ayudar a entender que nadie queda excluido de la misericordia de Dios y cómo expresar esta verdad en la acción pastoral de la Iglesia para con las fa-*

milias, en particular las heridas y frágiles? (cfr. núm. 28)

21. *¿Cómo pueden los fieles mostrar, con las personas que todavía no tienen una plena comprensión del don de amor de Cristo, una actitud de acogida y acompañamiento confiado, sin renunciar nunca al anuncio de las exigencias del Evangelio? (cfr. núm. 24)*

22. *¿Qué se puede hacer para que en las diversas formas de unión –en las cuales pueden descubrirse valores humanos– el hombre y la mujer adviertan el respeto, la confianza y el aliento a crecer en el bien, de parte de la Iglesia y sean ayudados a alcanzar la plenitud del matrimonio cristiano? (cfr. núm. 25)*

III Parte

La confrontación: perspectivas pastorales

Al profundizar la tercera parte de la *Relatio Synodi*, es importante dejarse guiar por el viraje pastoral que el Sínodo extraordinario ha comenzado a delinear, hundiendo sus raíces en el Vaticano II y en el magisterio del Papa Francisco. A las Conferencias Episcopales compete seguir profundizándolo –llamando a participar de la manera más oportuna a todos los componentes eclesiales– y concretizándolo en su contexto específico. Es necesario hacer todo lo posible para que no se vuelva a empezar de cero, sino que se asuma el camino recorrido en el Sínodo extraordinario como punto de partida.

Anunciar el Evangelio de la familia hoy, en los diversos contextos (núms. 29-38)

A la luz de la necesidad de la familia y, al mismo tiempo, de los múltiples y complejos desafíos presentes en nuestro mundo, el Sínodo ha subrayado la importancia de un compromiso renovado para un anuncio, franco y significativo, del Evangelio de la familia.

23. *En la formación de los presbíteros y de otros agentes pastorales ¿cómo se cultiva la dimensión familiar? ¿Se implica a las familias?*

24. *¿Somos conscientes de que la rápida evolución de nuestra sociedad exige una constante atención al lenguaje en la comunicación pastoral? ¿Cómo testimoniar eficazmente la prioridad de la gracia, de manera que la vida familiar se proyecte y se viva como acogida del Espíritu Santo?*

25. *Al anunciar el Evangelio de la familia ¿cómo se pueden crear las condiciones para que cada familia sea como Dios la quiere y sea reconocida socialmente en su dignidad y misión? ¿Qué "conversión pastoral" y qué ulteriores profundizaciones hay que llevar a cabo en esta dirección?*

26. *¿La colaboración al servicio de la familia con las instituciones sociales y políticas, se percibe en toda su importancia? De hecho, ¿cómo se pone en práctica? ¿En qué criterios inspirarse? ¿Qué rol pueden desempeñar en este sentido las asociaciones familiares? ¿Cómo puede sostener dicha colaboración la denuncia franca de los procesos culturales, económicos y políticos que minan la realidad familiar?*

27. *¿Cómo favorecer una relación entre familia, sociedad y política que beneficie a la familia? ¿Cómo promover el sostén a la familia de parte de la comunidad internacional y de los Estados?*

Guiar a los prometidos en el camino de preparación al matrimonio (núms. 39-40)

El Sínodo reconoció los pasos que se han dado en estos últimos años para favorecer una adecuada preparación de los jóvenes al matrimonio. Sin embargo, subrayó la necesidad de un mayor compromiso de toda la comunidad cristiana no sólo en la preparación sino también en los primeros años de vida familiar.

28. *¿Cómo proponer los itinerarios de preparación al matrimonio de forma que pongan de relieve la vocación y la misión de la familia según la fe en Cristo? ¿Se llevan a cabo ofreciendo una auténtica ex-*

periencia eclesial? ¿Cómo renovarlos y mejorarlos?

29. *¿Cómo la catequesis de iniciación cristiana presenta la apertura a la vocación y la misión de la familia? ¿Qué pasos se consideran más urgentes? ¿Cómo proponer la relación entre bautismo, eucaristía y matrimonio? ¿En qué modo poner de relieve el carácter de catecumenado y mistagógico que los itinerarios de preparación al matrimonio asumen a menudo? ¿Cómo lograr que la comunidad participe en esta preparación?*

Acompañar en los primeros años de la vida matrimonial (núm. 40)

30. *Tanto en la preparación como en el acompañamiento de los primeros años de vida matrimonial ¿se valora adecuadamente la importante contribución de testimonio y de sostén que pueden dar familias, asociaciones y movimientos familiares? ¿Qué experiencias positivas se pueden referir en este campo?*

31. *La pastoral de acompañamiento de los cónyuges en los primeros años de vida familiar –se observó en el debate sinodal– necesita un ulterior desarrollo. ¿Cuáles son las iniciativas más significativas ya realizadas? ¿Qué aspectos hay que incrementar a nivel parroquial, a nivel diocesano o en el ámbito de asociaciones y movimientos?*

Solicitud pastoral por quienes viven en el matrimonio civil o en convivencias (núms. 41-43)

En el debate sinodal se recordó la diversidad de situaciones, debida a múltiples factores culturales y económicos, praxis arraigadas en la tradición, dificultad de los jóvenes a tomar decisiones que comprometan para toda la vida.

32. *¿Cuáles deben ser los criterios para un correcto discernimiento pastoral de cada situación a la luz de la enseñanza de la Iglesia, según la cual los elementos constitutivos del matrimonio son unidad, indisolubilidad y apertura a la procreación?*



33. *¿La comunidad cristiana es capaz de comprometerse pastoralmente en estas situaciones? ¿Cómo ayuda a discernir estos elementos positivos y aquellos negativos de la vida de personas unidas en matrimonios civiles a fin de orientarlas y sostenerlas en el camino de crecimiento y de conversión hacia el sacramento del matrimonio? ¿Cómo ayudar a quienes conviven a decidirse por el matrimonio?*

34. *En particular, ¿qué respuestas dar a las problemáticas planteadas por la permanencia de las formas tradicionales de matrimonio a etapas o arreglado entre familias?*

Cuidar de las familias heridas (separados, divorciados no vueltos a casar, divorciados vueltos a casar, familias monoparentales) (núms. 44-54)

En el debate sinodal se puso de relieve la necesidad de una pastoral inspirada en el *arte del acompañamiento*, dando «a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (*Evangelii Gaudium*, 169).

35. *¿La comunidad cristiana está preparada para hacerse cargo de las familias heridas para hacerles experimentar la misericordia del Padre? ¿Cómo comprometerse para eliminar los factores sociales y económicos que a menudo las determinan? ¿Qué pasos se han dado y qué pasos hay que dar para que crezca esta acción y la conciencia misionera que la sostiene?*

36. *¿Cómo promover la definición de líneas pastorales compartidas a nivel de Iglesia particular? ¿Cómo desarrollar al respecto el diálogo entre las diversas Iglesias particulares “cum Petro y sub Petro”?*

37. *¿Cómo hacer más accesibles y ágiles, a ser posible gratuitos, los procedimientos para el reconocimiento de los casos de nulidad? (núm. 48).*

38. *La pastoral sacramental dirigida a los divorciados vueltos a casar necesita una mayor profundización, que valore también la praxis ortodoxa y tenga presente «la distinción entre situación objetiva de pecado y circunstancias atenuantes» (núm. 52). ¿Cuáles son las perspectivas en las que moverse? ¿Qué pasos se pueden dar? ¿Qué sugerencias para eludir formas de impedimentos no debidas o no necesarias?*

39. *¿La normativa actual permite dar respuestas válidas a los desafíos que plantean los matrimonios mixtos y los interconfesionales? ¿Hace falta tener en cuenta otros elementos?*

La atención pastoral por las personas con tendencia homosexual (núms. 55-56)

La atención pastoral por las personas con tendencia homosexual plantea hoy nuevos desafíos, debidos también a la manera en que se proponen socialmente sus derechos.

40. *¿Cómo dirige la comunidad cristiana su atención pastoral a las familias en las que hay personas con tendencia homosexual? Evitando toda injusta discriminación, ¿de qué modo ofrecer el cuidado a las personas en estas situaciones a la luz del Evangelio? ¿Cómo proponerles las exigencias de la voluntad de Dios en su situación?*

La transmisión de la vida y el desafío de la disminución de la natalidad (núms. 57-59)

La transmisión de la vida es un elemento fundamental de la vocación-misión de la familia: «En el deber de transmitir la vida humana y de educarla, lo cual hay que considerar como su propia misión, los cónyuges saben que son cooperadores del amor de Dios Creador y como sus intérpretes» (*Gaudium et spes*, 50).

41. *¿Cuáles son los pasos más significativos que se han dado para anunciar y promover eficazmente la apertura a la vida y*

la belleza y la dignidad humana de ser madre o padre, a la luz por ejemplo de la *Humanae Vitae* del beato Paolo VI? ¿Cómo promover el diálogo con las ciencias y las tecnologías biomédicas de manera que se respete la ecología humana del engendrar?

42. *Una maternidad/paternidad generosa necesita estructuras e instrumentos. ¿La comunidad cristiana vive una efectiva solidaridad y subsidiaridad? ¿Cómo? ¿Es valiente en la propuesta de soluciones válidas también a nivel sociopolítico? ¿Cómo alentar a la adopción y la acogida como signo altísimo de generosidad fecunda? ¿Cómo promover el cuidado y el respeto de los jóvenes?*

43. *El cristiano vive la maternidad/paternidad como respuesta a una vocación. ¿En la catequesis se subraya suficientemente esta vocación? ¿Qué itinerarios formativos se proponen a fin de que dicha vocación guíe efectivamente las conciencias de los es-*

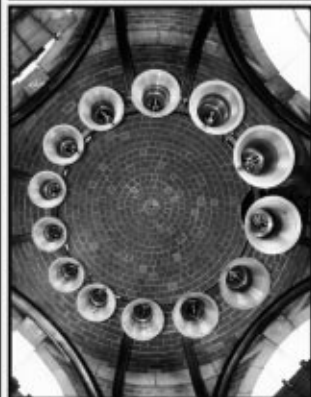
posos? ¿Se tiene conciencia de las graves consecuencias de los cambios demográficos?

44. *¿Cómo lucha la Iglesia contra la plaga del aborto, promoviendo una cultura de la vida eficaz?*

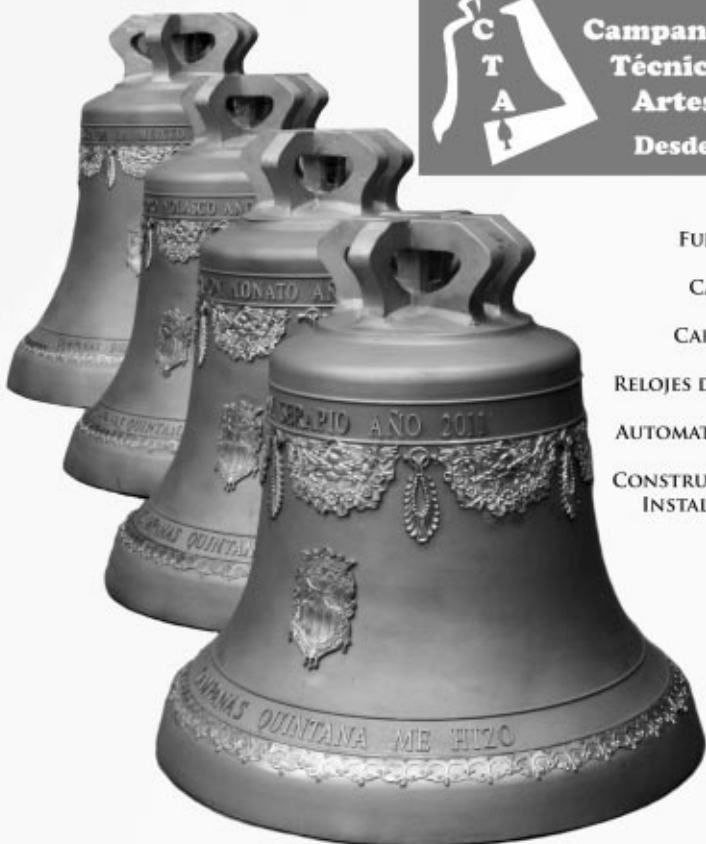
El desafío de la educación y el rol de la familia en la evangelización (núms. 60-61)

45. *Llevar adelante la misión educadora no siempre es sencillo para los padres: ¿encuentran solidaridad y sostén en la comunidad cristiana? ¿Qué itinerarios formativos hay que sugerir? ¿Qué pasos hay que dar para que la tarea educativa de los padres sea reconocida también a nivel sociopolítico?*

46. *¿Cómo promover en los padres y en la familia cristiana la conciencia del deber de la transmisión de la fe como dimensión intrínseca a la misma identidad cristiana?*



**Campaneros
Técnicos
Artesanos
Desde 1637**



FUNDICIÓN
CAMPAÑAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

16  37
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.net

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

